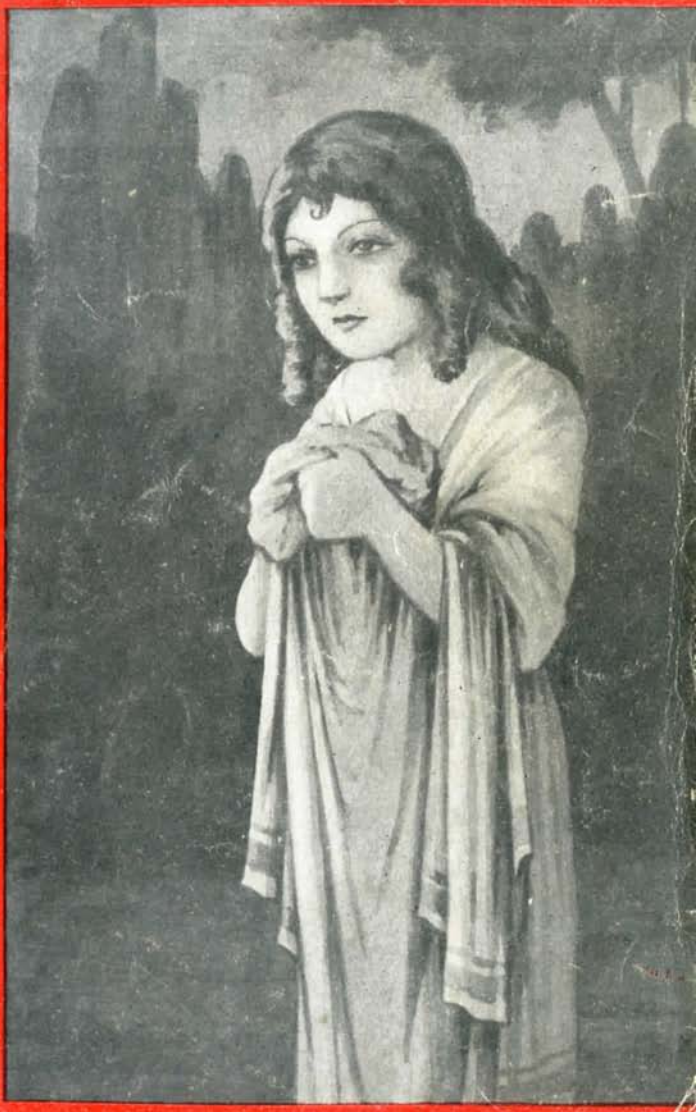
TEMAS SEXUALES

A. MARTIN
DE LUCENAY

# La castidad



1'25 PTS.

# TEMAS SEXUALES

BIBLIOTECA DE DIVULGACIÓN SEXUAL

12

A. MARTIN DE LUCENAY

# LA CASTIDAD

Religión y castidad.--¿Dónde está la castidad?--Castidad y amor en pugna.--El erotismo de los castos.--Misión de la voluntad.--La venganza de la naturaleza.



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.--APARTADO: 8025.--MADRID

PRIMERA EDICIÓN
MARZO 1933

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

ERNESTO GIMÉNEZ, S. A.—HUERTAS, 14 Y 16

# PROLOGO DEL TEMA

*QUE es la castidad? A esta pregunta podemos contestar diciendo, simplemente, que es la abstención voluntaria del individuo de todo placer sexual. Este sería el ideal perfecto de la castidad, puesto que no se inspiraba ni en ejemplos ni en presiones externas, sino que no pasaba de ser una manifestación espontánea de la voluntad del sujeto, con miras, acaso, a otros ideales que él considerase más elevados.*

*La castidad, según el concepto ascético, debiera ser el amor sin el contacto carnal: castidad y ascetismo son sinónimos. Pero esa teoría resulta francamente inadmisible y desprovista de bases racionales, porque el instinto sexual es una manifestación naturalísima de todos los seres, a la cual el hombre tiene un derecho natural y congénito, esto es, que nace con él, que fué creado, si queremos decirlo así, por Dios. Luego la castidad concebida en términos tan absolutos, hay que rechazarla, con la máxima energía, como una doctrina destructora e inmoral.*

*Además, teniendo en cuenta que la castidad absoluta implica no sólo la prohibición de la práctica sexual, sino hasta la ignorancia completa de esos placeres, ¿es posible, en estos tiempos, sostener ese ideal sin que tarde mucho tiempo en derrumbarse? Ya hemos visto en los volúmenes anteriores qué es el instinto de reproducción, qué es el impulso sexual, cómo el amor es un sentimiento íntimo que no necesita de otras excitaciones que la propia naturaleza para demandar un método natural de satisfacción. Y, después de esto, ¿podemos abrigar alguna esperanza en cuanto al imperio de la castidad como doctrina autónoma, esto es, como propia disposición del temperamento?...*

*Pero aunque así fuera, esa castidad no encerraría ningún mérito: la castidad consistiría, precisamente, en ir contra los impulsos naturales, para, al fin del martirio, lograr un ideal superior, algo más insigne, más grande y más elevado. Ahora bien: al ignorar por completo los placeres del sexo, pero todos los placeres en absoluto, ¿cómo es posible defenderse, en tal caso, de una asechanza cuya naturaleza se ignora, en forma, en volumen y en sentido?...*

*Estos son los extremos exagerados de la castidad, y en este tono hemos traído hasta aquí nuestra discusión. Y desde luego es justo confesar, que si esas doctrinas ejercieron su influencia en ciertas épocas de la Humanidad, no dejaron de surtir efectos beneficiosos, como veremos más adelante, porque su base, a pesar de parecer pueril y elemental, no deja de tener una consistencia y un fundamento espiritual digno de la máxima estimación.*

*Puede decirse que las doctrinas ascéticas tenían un lado evidentemente útil, y otro sólo ficticio y convencional. Los legisladores, muy inteligentes, no sólo legislaban, sino que no admitían réplicas de quienes pudieran ser igual o más inteligentes que ellos. Por otra parte, estas normas no se dictaban para la minoría docta que ya estuviese en condiciones de entablar una competencia polémica y crítica: se hablaba a la mayoría indocta, a la gran masa, a los menos cultos, los cuales, por razón de su incultura, habían de estar más sujetos a los vicios y pasiones que a toda costa era preciso atajar para impedir el derrumbamiento de la Humanidad en la que todos los vicios, y muy especialmente los placeres del sexo, parecían haber anulado la conciencia primitiva de los tiempos más puros.*

*Concedemos, pues, a las doctrinas ascéticas, este mérito indiscutible; pero reconozcamos también, aunque sensible sea confesarlo, que los conceptos modernos han dado al traste con aquellos frenos y barreras que unos hombres levantaron para contener los impulsos de otros hombres.*

# RELIGION Y CASTIDAD

**El concepto de castidad.--Los santos.--Razones. Influencia del cristianismo.—¡Duro con los paganos!—Tormentos insoportables.—Las juergas en los conventos.—San Vitelio y las prostitutas. Las santas mujeres y los ardores de su sexo. Santos y vírgenes que se acuestan juntos.—Vírgenes de cuarenta años.—Contra la ley, la trampa.--Una explicación.--El fracaso de los ascetas.**

Se asegura por muchos sectores de opinión que la castidad ha tenido siempre una importancia suprema que ejerció poderosamente su influencia en las distintas organizaciones cultas e incultas de la Humanidad. Se habla de las teorías y prácticas de la "castidad" desde un punto de vista natural y normal, lo mismo que se pudiera enjuiciar acerca de los hechos reales y materiales, como, por ejemplo, de los fenómenos de la procreación, en cuyas causas fundamentales no cabe discusión alguna.

Se ha dicho que sin castidad es absolutamente imposible dignificar el amor sexual y conservarlo en tal estado de bella pureza. Se ha afirmado, hasta con insistencia, que aquellas sociedades en que no se concede a la "castidad" todo su prestigio, se colocan en el sendero fatal que conduce al abismo de su degeneración, y se ha atribuído a la sola palabra la máxima representación de un ideal sobre el que descansa el peso formidable de toda la perfección humana.

Pero este concepto, ¿hasta qué punto podemos admitirle materializado? Si se hablase del "ideal de la castidad", yo, respetuosamente, me inclinaría ante su evidencia; mas querer hacer un monumento con una frase, me ha parecido siempre, por lo menos, quimérico y descabellado.

Hacer el elogio de la castidad hasta ese extremo desproporcionado, no es misión de los fisiólogos, ni de los psicólogos siquiera: es función de novelistas, poetas y teólogos, porque los individuos que forman

estas clases respetables, más que satisfacer una necesidad de su espíritu, suelen lograr una ecuación utilitaria. ¡Pero que no le digan a un médico que esa castidad hermética es útil para la Humanidad!

Y es que nuestro escepticismo no nos permite pasar de aquí. Cuando observamos la vida de un santo que ha sido casto, pero casto hasta el suicidio, resulta que siempre hubo de luchar contra el demonio de la carne, contra las tentaciones, contra su instinto natural, dicho en una palabra. Si salió airoso de la empresa y así sirvió a un ideal, ¿puede decirse que cumplió al pie de la letra los mandamientos sublimes de su Maestro, y, aparte de todo, con las exigencias de las leyes naturales? La castidad, ese suplicio de la carne y del espíritu, no obedecía siempre a móviles altruistas, sino que ello era el precio de los placeres infinitos de la otra vida que sería eterna. Aquí de la extraña voluptuosidad de los castos; una especie de "galanteo" o de "coqueteo" que, evidentemente, tenía por finalidad exclusiva hacer más anhelados los goces futuros.

No es posible, por tanto, negar que el ascetismo tiene un motivo sexual. Pero tampoco es justo decir que esa virtud sea peculiar del Cristianismo, ya que en el origen de estas interpretaciones reside el poso de muy ardientes sentimientos de todas las religiones. Se explica esto, porque siendo la religión el anhelo de lo más perfecto e ideal, el instinto del sexo y todo cuanto con él se relaciona ha de constituir el obstáculo más difícil de vencer, puesto que no hay duda que nada existe para evidenciar la desarmonía de la existencia como los fenómenos naturales de la vida sexual.

Sólo por esto, amén de otras múltiples ventajas, la castidad *relativa*, y nunca el ascetismo *absoluto*, tendría en sí muy insignes motivos de respeto. Se nos ofrece, en primer lugar, una base biológica muy digna de atención, como es, por ejemplo, el desarrollo del impulso sexual antes de que el cuerpo haya alcanzado su madurez o su aptitud procreadora. Los fenómenos de la masturbación, de las perversiones sexuales precoces, de la temprana atracción de la carne, son motivos más que suficientes para proclamar las excelencias del ideal ascético inventando en su torno pecados y anatemas, que al ir asociados con la idea religiosa, siendo religiosas esas personas, no cabe duda que habían de llevar consigo la esencia de una moral indiscutible.

Por otra parte, la menstruación, fenómeno doloroso que, cuando es así, ha de dar por resultado una inhibición más o menos duradera de los deseos sexuales, era otra de las bases sobre que se asentaba el ideal ascético. Además, teniendo en cuenta que muchos pueblos consideraron a la menstruación como algo impuro y maligno, opinión que aun sigue extendida entre algunas clases sociales civilizadas, sentimiento mucho más antiguo que la implantación de las doctrinas ascéticas, es fácil de comprender que ese elemento antiestético que el desarreglo menstrual lleva consigo pudiera representar un motivo inicial de aversión sexual fácilmente traducible en un desequilibrio lógico de la armonía de los cónyuges capaz de proyectar su reflejo sobre la estructura social de los pueblos.



Según Metschnikof, en esta desarmonía sexual, que dura desde la más tierna edad hasta la más avanzada, reside el origen de muchos males, por lo que las religiones, que a pesar de ser divinas no dejan de fundarse en principios humanos, "juzgan con severidad las funciones de los sexos y las condenan, y al propio tiempo preconizan la abstención del coito como el medio más adecuado para la formación ideal y armónica de la vida".

En efecto, no es posible negar veracidad a las consecuencias de tales hechos, siendo preciso añadir también que, desde los tiempos más remotos, el hombre advirtió el contraste que existe entre el espíritu y la materia. Siendo lo sexual la manifestación más destacada de la sensibilidad, esto es, de la existencia material, lógico es admitir que ello fuese el polo opuesto de lo espiritual y que contra aquél se entablase una lucha denodada, hasta aniquilarle y vencerle, para que de tal forma se hiciese posible que el espíritu resplandeciese libre de todos los temores. No olvidemos que el apetito carnal de nuestros primeros padres trajo como consecuencia, según las religiones, la infelicidad, la enfermedad y la muerte, que son los azotes del género humano, y, por extensión, aunque ello no deje de parecernos una divina injusticia, de todos los seres que habitan la tierra. Calcúlese, pues, los efectos que estas doctrinas causarían en el ánimo de aquellas gentes, cuando la ciencia no era nada al lado de la sabiduría teológica, y así llegaremos a comprender que las prescripciones de la castidad alcanzasen triunfos que actualmente no es posible que tengan imitación en idénticas proporciones.

En cuanto a la influencia del cristianismo, tal vez la secta religosa más adicta al "ideal" de la castidad, ya que no a la castidad misma, se hizo notar por el hecho de que llegó a sustituir todos los ideales anteriores por la implantación de sus doctrinas, que primero fueron acatadas por las sociedades europeas y más tarde se extendieron al orbe entero. Dice Ellis que la castidad se manifestó en el cristianismo primitivo de dos maneras distintas, y, además, opuestas. "Por una parte—dice—, tomó forma severa y práctica, que fué la que adop-

taron aquellos hombres vigorosos y sanos, convencidos por la Iglesia de que llevaban una vida pecaminosa, en medio de la sociedad libertina de aquellos tiempos, y después de sostener luchas titánicas con esa misma sociedad y con sus propios gustos y costumbres, se retiraban para siempre del mundo y buscaban en la soledad y la oración la tranquilidad de sus espíritus."

¿Pero cuál fué el resultado de la implantación de la doctrina y qué efectos útiles puede decirse que se consiguieron?... Vulgarizando la idea podemos decir que la castidad fué una "cabezonada" de los teólogos cristianos, puesto que de lo que se trataba era de ir contra el paganismo, la vieja religión con la cual se había entablado competencia. El caso era llevar la contraria a los paganos: si éstos eran dados a las diversiones, los cristianos no podían por menos de lograr otras satisfacciones materiales y espirituales a fin de evidenciar el contraste: si aquéllos adoraban el desnudo, éstos tenían el deber de vestirse; si comían, los cristianos tenían que ayunar. Y, sobre todo, al considerar el paganismo que la libertad y la indulgencia sexual no merecían la pena de ser discutidos, los cristianos hubieron de discutirlas y condenarlas con la máxima acritud.

En contraste, ya sabemos que todo aquello que tratamos de reprimir en nuestros sentimientos, basta que se ponga el empeño más acendrado en conseguirlo para que llegue, forzosamente, a convertirse en una obsesión. Esta obsesión sexual no podía, por lo tanto, apartarse de los conceptos cristianos; la virtud degeneraba en vicio. Naturalmente, puesto que paganos o cristianos, libertinos o ascetas, aquellos individuos no dejaban por ello de estar formados de materia humana, el sistema nervioso llegaba a adquirir la sensibilidad máxima en el aspecto sexual. Esas visiones eróticas de que nos hablan Santa Teresa, San Jerónimo, San Benito, San Francisco y otros más, esas tentaciones de la carne, sus mortificaciones con cilicios, espinas y cadenas, hasta la castración religiosa, ¿qué son sino la prueba evidentísima de que las ansias innaturales y artificiosas de castidad absoluta habían de estrellarse contra las inviolables murallas del instinto? Luego tales mortificaciones no eran más que verdaderas depravaciones, puesto que con ello se conseguía otro "placer" espiritual, como le ocurría a la citada Santa de Avila. Luego el ascetismo de aquellos místicos no era más que el medio de procurarse los placeres de la sexualidad quizás con resultados de mayor intensidad erótica que los que se obtienen en el contacto normal de una mujer y un hombre que se aman.

Las Sagradas Escrituras no sólo recomendaban esta forma de castración espiritual, sino que también se prescribía la castración física, lo que, científicamente, no acababa de ser un procedimiento completo para obligarse de por vida a la renunciación a los goces carnales: el sexo sólo muere con el individuo. Por eso los sueños de los santos, como naturalmente, escapaban de los límites de la esfera de acción voluntaria, adquirían a veces proporciones monstruosas: toda su sexualidad, tan bárbaramente disciplinada, tenía sus manifestaciones intensamente voluptuosas en las horas en que el cuerpo y el espíritu de los que son normales se entregan al descanso. Lo mismo que sucede en la pubertad o con la abstinencia, cuando los placeres autoeróticos son la expresión de la naturaleza insatisfecha, ocurría con los castos varones del viejo cristianismo. Sus violencias sexuales se traducían en fuertes ataques de lujuria, que encontraba sus satisfacciones en los disciplinazos, como ocurre y ha ocurrido siempre con los flagelantes sádicos y masoquistas.



San Jerónimo escribía a una virgen cartas por este estilo: "¡Cuántas y cuántas veces, en el destierro, en esa vasta soledad que, abrasada por el sol ofrece tan horrible morada a los monjes, he imaginado a veces encontrame en medio de los placeres y deleites de Roma! Estaba solo, pues mi corazón se hallaba sumido en la más profunda amargura. Mis miembros se cubrían de un saco y mi cutis estaba tostado como el de un etíope. Todos los días lloraba y gemía, y si el sueño y el cansancio lograban dominarme, mi cuerpo descansaba sobre el duro suelo. No he de hablar de mis comidas y bebidas, pues sabido es que, en el desierto, los mismos enfermos no tienen más que agua para apagar su sed, y la comida guisada y condimentada es un lujo casi desconocido. Pues bien: yo, que por temor al infierno me había condenado a vivir en aquella prisión, compañero de escorpiones y animales salvajes, vivía a veces, en imaginación, rodeado de mujeres. Mi rostro estaba demacrado por los ayunos, pero a mi cuerpo, escuálido y frío, le consumía el más terrible deseo; los fuegos de la lujuria revivían en mí, que parecía inerte y muerto. Entonces, abandonado de todos, privado de todo consuelo, me eché a los pies de Jesús, y lavándolos con mis lágrimas y secándolos con mis cabellos, logré subyugar mi carne rebelde con largos ayunos y abstinencias. Recuerdo que más de una vez pasé la noche entera dando gemidos y golpeando mi pecho, hasta que Dios se sirvió enviarme su santa paz."

Todo esto es posible que le sucediera al santo, uno de los más sabios y honrados apologistas del cristianismo. Admitiendo en absoluto todo ese poder maravilloso de su fuerza de voluntad—uno de los fun-

damentos esenciales del ascetismo—, y no ignorando tampoco la estrecha, la íntima relación que existe entre la sexualidad y el espíritu, entre el alma y la materia, tratemos de explicar la razón, desde el punto de vista de la vulgarización científica, de esos hechos de que nos habla el santo. En primer lugar, era esto: un santo. Creyente convencido, puesto que su fe en algo superior, en la existencia del paraíso—ya que todo lo hacía "por temor al infierno"—, representaba una potencia vigorosa para sobreponerse al influjo de las feroces tentaciones de la carne, del pecado, de lo que le impediría no caer en los abismos infernales que tanto le aterrorizaban. Pero, aun así y todo, esa fuerza artificial que es la voluntad, se equilibraba en potencia con la otra fuerza instintiva y natural que es la consciencia del sexo: era una batalla sorda y brutal entre dos poderes grandiosos.

Intimamente convencido de que los placeres terrenales—ya que sabía de lo perecedero del cuerpo y creía ciegamente en la inmortalidad del alma—son efímeros y temporales y que la vida material no es más que un período de prueba del temple de las almas, tenía la ambición egoísta, libre de todo altruísmo terrenal, de lograr los máximos deleites que le ofrecía el cielo. Yo creo que si nuestro concepto de la vida fuese lo simplista y, ¿por qué no decirlo?, lo puro que era para aquellos hombres y en aquellos tiempos, tiempos en que la fe lo era todo y la religión constituía el más bello refugio para el cuerpo y el alma, hoy mismo el ideal ascético sería todo el eje de nuestra existencia. Pero las creencias se han desarraigado, se han disuelto en el cáustico de otras realidades, han sido destruídas por la piqueta demoledora de la civilización y su insigne aliada la Ciencia.

No obstante, se sigue creyendo en el cielo; pero el ascetismo no es el único ni tampoco el mejor camino para llegar a él: hoy es posible llegar a Dios después de haber pasado por el demonio de la carne... Y si queda algún asceta, todavía concedo a esta castidad méritos más relevantes que a la de aquellos otros, porque las excitaciones son más abundantes, las tentaciones son más violentas y el temple de la voluntad, por lo tanto, ha de ser más duro y más eficaz que entre los primitivos cristianos. Ahora bien: ¿existe este tipo de castos?... Ya veremos que sí más adelante; pero también veremos a qué extremos perversos puede llevarles su castidad.

No obstante, este concepto absoluto de la castidad fué modificándose paulatinamente hasta adquirir formas más humanas, más a tono con las reglas naturales; pero esto es relativamente reciente, aunque, ello no obstante, en la época actual hay espíritus que siguen sometidos a la fuerza de atracción del ideal ascético, como puede observarse en las concepciones literarias de muchos autores contemporáneos. Ahora bien, parece que su vida particular no está muy a tono con los ideales que propugnan.



La primera modificación "revolucionaria" que se llevó a efecto, consistió en la fundación de conventos y monasterios como domicilio de las Ordenes religiosas creadas en la Edad Media. Pero lo más curioso era que, mientras por una parte se predicaba la abstinencia sexual absoluta, se creía que los excesos sexuales no constituían en ningún caso un obstáculo insuperable para la salvación de las almas, ya que éstas seguían viviendo, pese a la muerte del cuerpo. Por eso, en el lenguaje libertino, al decir de Bloch, las casas de prostitución se denominaban "abadías", pues en esos conventos y monasterios frailes y monjas se entregaban a las más desenfrenadas dedicaciones sexuales.

Entre los verdaderos idealistas de la castidad, aquellos santos que se martirizaban tan "piadosamente", se observaba un interés decidido por todo cuanto se relacionase con la vida sexual desordenada, como la existencia de las prostitutas y la de los impíos, que practicaban toda clase de depravaciones. Los santos citados acosumbraban a entrar en los burdeles tratando de convencer a las prostitutas de que su vida no era el camino más corto ni recto para llegar a la diestra de Dios, aunque, si querían, convirtiéndose y arrepintiéndose era posible lograr la ruta de los elegidos. Se dice que San Vitelio visitaba todas las noches los distintos burdeles de una ciudad, y después de conversar con las jóvenes cortesanas haciéndoles toda clase de piadosas recomendaciones, les daba dinero para que pudiesen subvenir a sus necesidades sin tener que entregarse a la lujuria de los hombres, y después rezaba para implorar del cielo que las abriese y dejase expeditos los caminos de la conversión.

Esto es ya una modalidad del ideal romántico de la castidad. No cabe duda que la Iglesia, que en los primeros siglos del cristianismo combatía tan acerbamente los excesos sexuales de los paganos, llegó en su oposición, con tal de "salirse con la suya", a crear un erotismo francamente pintoresco, y, al parecer, incompatible con los verdaderos ideales puros, pero que, en el fondo, no era más que el reto descarado, enérgico y audaz, a las leyes poderosas de la naturaleza, en lo que tornaba a evidenciarse la inmoralidad que encierra el solo hecho de enfrentarse con esas leyes.

Si las excitaciones de la vida normal eran pocas, aun era preciso

añadir otras nuevas causas, artificiosamente preparadas, para probar su resistencia, el temple heroico de aquellas voluntades de diamante. No era abstante una excitación que a Santa Magdalena la obligaba a revolcarse entre zarzales y cardos espinosos hasta ver su cuerpo cubierto de sangre con el fin de acallar las voces de su instinto, que la reclamaba satisfacciones legítimas; ni las que a aquellos santos varones obligaba a tener en la celda una tinaja de agua fría para sumergirse en ella en el momento en que el sexo les reclamase sus fueros imperdonables; ni las que a Santa Angela le obligaban a colocar carbones encendidos sobre los órganos genitales, con la esperanza de que aquel fuego superase en intensidad al otro fuego erótico que abrasaba sus entrañas... Era preciso más aún. Por eso un obispo llegó hasta el extremo de rodearse de mujeres jóvenes, bellas y fáciles, completamente desnudas, para probar hasta qué límites llegaba su casta resistencia a tan violentas atracciones.

Todo esto era bien poco, pues parece que se había llegado a adquirir cierta insensibilidad a fuerza de habituarse a desdeñar motivos de tanta sugestión. Y el límite, el verdadero colmo del erotismo ascético, tuvo lugar cuando ya, no sólo se huía de la mujer, sino que se buscaba su contacto más íntimo. Pero dejemos a San Crisóstomo que nos lo cuente:

"Nuestros padres—empieza diciendo el santo—sólo conocían dos formas de intimidad sexual: la del matrimonio y la de la fornicación. Ahora conocemos una tercera forma: los hombres introducen dentro de sus casas a jóvenes doncellas, y allí las guardan, respetando en absoluto su virginidad. "¿Cuál es la razón de esto?"—pregunta—. Y añade: "Paréceme a mí que la vida en común con una mujer siempre tiene que resultar bella y dulce, independientemente de toda unión conyugal y comercio carnal. Así pienso yo, y tal vez piensen lo mismo esos hombres de que hablo. Ciertamente no arriesgarían su fama, ni darían motivo a tales escándalos, si este placer no fuera violento y apetecible en extremo... Tal vez os sorprenda que en esto puede existir placer mucho más intenso que el que procura la comunicación sexual; pero cuando os dé pruebas de lo razonada que es esta teoría que sostienen, os convenceréis que saben lo que hacen y que yo tengo razón en lo que digo. La ausencia de ese deseo no cumplido en el matrimonio conduce a veces al hastío, y, aparte de esto, la unión sexual, la preñez, el parto, la lactancia, la educación y cuidado de los hijos, y todas las amarguras y preocupaciones que a estas cosas acompañan, pronto destruyen la juventud y amortiguan el placer. La virgen, en cambio, está libre de estos inconvenientes: puede fácilmente conservar largo tiempo todo su vigor y juventud, de tal modo, que la virgen de cuarenta años puede competir favorablemente con la virgen casadera. Una pasión doblemente fuerte arde en el corazón de aquel que vive con la virgen, pues la satisfacción del deseo no extingue la llama ardiente de su anhelo ni resta fuerza ni brillantez a su amor."



Pero todo esto es muy discutible, y, además, falso. Creo, como San Crisóstomo, que ese placer de acostarse con una virgen a la que no se debe desflorar, con la que no es lícito tener comercio carnal, es un deleite "violento y apetecible en extremo", tal vez más violento, aunque menos apetecible, que el conjunto de hechos que, al final de todo, se traducen en la virgen en la consecuencia de que ha de dejar de serlo. Que la posesión puede ser en algunos casos de mala educación sexual; que la muerte del amor mismo, tampoco deja lugar a dudas; pero el erotismo de estos ascetas había de satisfacerse yendo por caminos extraviados, creo que no es posible negarlo, puesto que el santo afirma que en esa forma de castidad puede existir un placer "mucho más intenso" que el contacto o la penetración normal.

Los teólogos hablan de la *delectatio amorosa*, algo muy parecido al coito psíquico de que hemos hablado en otra ocasión. Este deleite sexual, que se caracteriza por la emisión de flúidos lubrificantes sin llegar al orgasmo, no cabe duda que es una fórmula refinada: es el placer exquisito de la tumescencia, el juego amoroso de excitación que, sabiamente practicado, puede hacer innecesaria la máxima intimidad de los sexos para conseguir una satisfacción correcta del impulso sexual. ¿Será esto lo que quiere decir San Crisóstomo? Y si así fuera —yo creo que así ha de ser—, ¿qué juicio puede formarse de tan convencional método ascético cuyas emociones eróticas sobrepasan en intensidad a esos placeres que se trata de aniquilar?... La respuesta estimo que huelga.

Pasando por alto otras afirmaciones que hace, hay que reconocer que el santo se ha colocado en una actitud de máxima sinceridad si observamos que demuestra un desconocimiento absoluto de las leyes de la naturaleza. De otra forma, es inadmisible la aseveración de que la virgen puede conservar largo tiempo su castidad al no tener noticia de los placeres sexuales. Si se acuerda de lo que le ocurrió a Eva, aparte símbolos incompletos de manzanas ni serpientes, y eso que el Creador era todopoderoso, comprobará San Crisóstomo que la iniciativa no partió de Adán, sino de su compañera, la cual no podía ba-

sarse en ejemplos ni excitaciones de nadie, más que en las de su propia naturaleza, ya que a la sazón eran los únicos seres racionales que pisaban la tierra. Ni en los tiempos primitivos del cristianismo, ni en estos novísimos del comunismo libertario, las vírgenes han sido tales, desde el punto de vista de la apreciación espiritual, aunque se hayan obstinado en conservar el signo físico, uno de los ideales egoístas de la castidad que el sexo masculino quiere para el otro sexo.

Nos encontraríamos, pues, con que ya no sólo la naturaleza, como le sucedió a Eva, sino la misma obsesión de la abstinencia sexual, llegado ese momento de intimidad, hasta el extremo de dormir juntos en el mismo lecho, induciría a la virgen a dejar de serlo cuanto antes mejor, a no ser que tuviese bastante con otras satisfacciones distintas a las que hemos de considerar como perfectamente naturales.

En el punto final, ¿cómo es posible que una virgen de cuarenta años pueda competir "favorablemente" con una de dieciocho o veinte? San Crisóstomo estaba ayuno de los conocimientos más elementales de la sexualidad, lo que, no obstante, le honraba. No es posible evidenciar mayor ignorancia en menos palabras, ni es fácil que por escrito puedan cometerse mayores atentados contra la biología. Más adelante, procuraremos citar casos de vírgenes, no de cuarenta años, sino de veinticinco en adelante, y así nos daremos cuenta de los enormes estragos causados por esas castidades voluntarias o forzadas, y hasta de los abominables crímenes que son capaces de cometer las castas.

A pesar de todo, estas intimidades castas no prosperaron mucho tiempo. Los directores del cristianismo se vieron en la obligación de condenar estas costumbres, seguramente con motivos sobrados. Si hubiesen estado seguros de que la práctica de esos ideales no iría más allá del concepto puramente idealista, lejos de proscribir las relaciones citadas, es lógico pensar que las prescripciones teológicas lo fuesen en el sentido de favorecerlas por todos los medios, ya que servían para poner de manifiesto la fe, la abnegación y la resignación de los cristianos ante la majestad poderosa de un ideal que se ponía enfrente de los vicios paganos. Pero no se comprendió así, por la razón sencilla de que los Santos Padres no ignoraban la razón de ese adagio, tan antiguo como el mundo, que dice que "la mujer es fuego y el hombre estopa...".

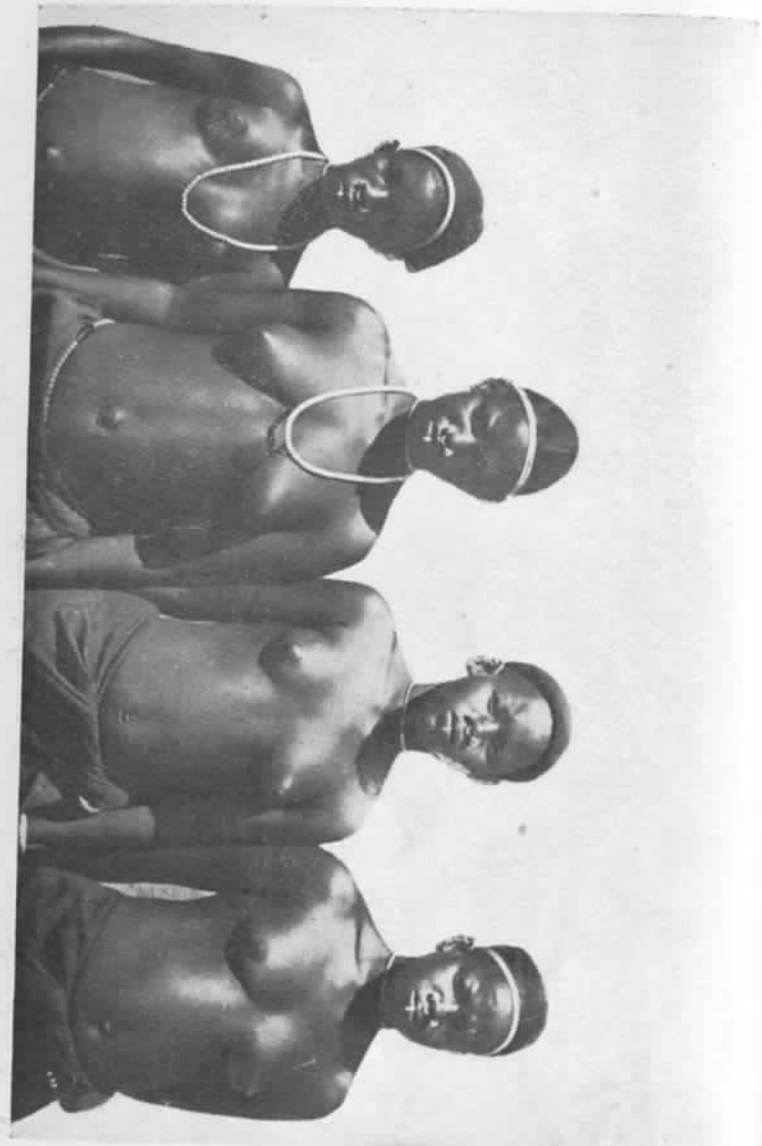
Ciertamente, esta castidad mezclada de sentimentalismo y poesía, este ideal elevado al ascetismo, es, fundamentalmente, cristiano. Las otras formas ascéticas pueden observarse en todas las religiones, no sólo



CASTIDAD

Nada más bello ni más casto que el desnudo completo, como expresión íntegra de la obra más perfecta de la naturaleza, cual es el género humano, y de éste la mujer.

LAMINA I



MUJERES DEL SUDÁN

Estas mujeres son casias durante las épocas en que las necesidades de la vida requieren la mayor actividad y el máximo esfuerzo de sus maridos, evitando así el desgaste que producen los placeres sexuales.

LAMINA II



en el budhismo y el mahometismo, sino hasta en sectas de menor importancia por el número de sus adeptos. En todas ellas adoptaba las formas de satisfacción vulgares, sin recurrir a esas excitaciones para probar más duramente el temple de la idea, como hacían los cristianos.

Posteriormente la Iglesia, en vista de la decadencia del pueblo pagano, ya no encontró motivos para seguir en esa especie de competencia, puesto que el enemigo, por decirlo así, ya estaba vencido y los peligros que de las doctrinas paganas pudieran derivarse desaparecieron prontamente ante el ímpetu arrollador de las nuevas creencias. En esta época es cuando las clases religiosas, como hemos dicho antes, cayeron en el desenfreno sexual más escandaloso, siendo necesario imponer el celibato al clero seglar. Pero lógico es comprender que una castidad impuesta por la fuerza ya no era tal castidad. La obligación de ser castos llevaba en sí, como todo lo que es obligatorio, una predisposición instintiva para que la violación de esas reglas resultase más grata que el libre ejercicio de lo que se quería impedir. Luego, con la Reforma, el ideal de la castidad acabó de perder el poco prestigio que le quedaba, siendo los protestantes los primeros en oponerse terminantemente al celibato del clero, lo que venía a demostrar, sin lugar a dudas, que el concepto primitivo se había modificado bastante en virtud de las evoluciones naturales de la cultura.

Havelock Ellis dice a este respecto: "Muchas influencias han contribuido a favorecer el mantenimiento de la virtud de la castidad: en primer lugar, sirvió de reacción contra la facilidad sexual, que llegó a preponderar y ser considerada como cosa perfectamente natural; quedó plenamente demostrado que dicha facilidad no aportaba bien alguno, pues sólo tendía a relajar el ideal de la moralidad, sin favorecer la satisfacción sexual más refinada. Ni siquiera tenía la disculpa de ser considerada como natural en el sentido amplio del concepto, pues en la Naturaleza, por lo general, la complacencia sexual es tardía y difícil. El cortejo es arduo y largo; la estación amorosa extralimitada, aparte el que la preñez interrumpe las relaciones sexuales. Entre los mismos salvajes, por lo menos entre aquellos que no han tenido contacto con pueblos civilizados, la virilidad se mantiene por su moderado ascetismo; la resistencia para soportar todo género de privaciones, el dominio propio y las orgías limitadas, tienden a constituir una saludable disciplina que influye muy favorablemente en la vida sexual y general del salvaje. Para poder cultivar esa misma virilidad en nuestra vida civilizada sería necesario buscar el

desarrollo de una virtud que para los pueblos no civilizados resul perfectamente natural y lógica."

Esta explicación ya es más razonable, pero tampoco podría s admitida si se refiriese a la castidad absoluta. Ahora bien, esa cast dad "relativa" de que habla Ellis, hemos de considerarla, a todas l ces, como excelente, moral y materialmente estimada, lo que hubiero de reconocer los teólogos cristianos que se obstinaban en mantener l tesis morbosa de la castidad como medio para obtener todos los fine

Así pues, puede decirse que, pasado el furor de la novedad, lo desiertos no volvieron a estar habitados por piadosos señores que s dedicaban a la incómoda tarea de pasar hambre y sed y verse devo rados por los piojos. La suciedad, como ya hemos dicho en otro vo lumen, era otra de las trincheras tras las que los castos se defendía furiosamente: la castidad, además de inmoral y antinatural, era an tihigiénica.

Ahora que, a pesar de todo, las creencias fueron dejando sus hue llas a medida que se transformaban, y hasta se sentía la nostalgia d aquellos tiempos felices en que todos los placeres del sexo estaban en amar a Dios. Y ese amor aun tiene sus adeptos en el sentido ascé tico de la palabra. Ahora que, después de todo, los más devotos aman tes de Dios pertenecen al sexo femenino, y suelen ser esas vírgenes "fragantes" de cuarenta años de que habla San Crisóstomo, que si son vírgenes a pesar de sus años, no es precisamente por haber prac ticado el ascetismo voluntario, sino la castidad impuesta por esos po deres que no se dignaron concederles la más mínima gracia capaz de inducir a un hombre a que les hiciera el magno favor de despojarlas de esa castidad antiestética y estéril.

## ¿DONDE ESTA LA CASTIDAD?

**Castos por naturaleza.--Lo que dijo Lutero.--Actitud de los pensadores.—Formas hipócritas de la castidad.—Ha de mostrarse desnuda.—Los pueblos salvajes nos dan ejemplos.—Disciplina mental.—Los fakires indios.—La prueba trágica.—Sectas mahometanas.—Mortificación y castidad.—¿Es mejor la lujuria?—El erotismo santo.—San Juan de la Cruz.—La continencia de los religiosos.—Una anécdota de D. Alfonso de Borbón.**

La castidad puede ser una virtud excelsa, pero también puede convertirse en un vicio denigrante. Ciertos temperamentos débiles —sin ser enfermos en el más claro sentido de la palabra—, se amoldan perfectamente a una existencia reposada, sin inquietudes, sin emociones, sin que haya nada capaz de estimular los quietos resortes de su sistema nervioso, que funciona pacíficamente en su expresión vegetativa. Estos individuos, capaces de hacer verdaderas heroicidades con su sexo cuando la ocasión les parece oportuna, puede decirse que de ordinario son fríos, y que la mujer más bella, con todos sus encantos, no tiene atractivos suficientes para extraerles del dulce nirvana de su somnolencia. Son castos. Pero su castidad ni es virtud ni es vicio. Viven bien con ella, y nada les anima a perder esa serenidad.

Y entre las mujeres puede suceder otro tanto, aunque los casos se observen con mayor frecuencia que en el sexo contrario. Entonces esa castidad ya puede ser elevada a la categoría de virtud, aunque si sacamos un poco las cosas de quicio, es fácil que pudiéramos encontrar los verdaderos móviles de su actitud admirable.

Pero si tomamos como ejemplo un hombre y una mujer perfectamente sanos, vigorosos, bellos y bien constituídos, cuando pretendiesen contener la más leve manifestación de su instinto sexual, se encontrarían con que no hacían otra cosa que excitarse más y cada vez habría de resultarles más difícil contener ese empuje vigoroso de la naturaleza.

Lutero, el célebre reformador que escandalizó a los timoratos con unas teorías tan valientes como humanas, decía: "El celibato es una fórmula perfectamente hipócrita. Al llegar los tiempos de la cólera y la ceguedad en los que se compraba la verdad y se honraba la mentira, se empezó a menospreciar al pobre sexo femenino en nombre de la hipocresía y de una santidad ilusoria... Le es al hombre tan imposible pasarse sin la mujer, como pasarse sin beber y sin comer." Pero aun fué mucho más allá en sus audaces teorías: consideraba, basándose en razones preñadas de lógica pura, que la mujer no haría otra cosa que ejercitar un derecho natural entregándose a otros hombres si las caricias de su legítimo esposo no eran suficientes para satisfacer todas sus ansias de amor.

Muchos sabios del pasado siglo y de otros anteriores mantuvieron una pugna constante con ese ideal absurdo de la castidad. Buffon denominaba al ascetismo "una demencia que hacía de la virginidad de la niña una cosa existente y verdadera", y Morris proclamaba, tan pronto se le presentaba ocasión, que la castidad no era más que un vicio repugnante al que no podían superar todos los vicios juntos de la naturaleza humana. Y en idéntico sentido manifestaron su pensamiento los más insignes hombres de la época.

Pero, a pesar de todo, no es que se manifestasen absolutamente contrarios con el ideal: lo que ocurría es que, como estimaban a ese ideal como algo utópico e impracticable, se revelaban contra esas declamaciones que pretendían presentar al ascetismo como ideal práctico de observancia fidelísima. En efecto, ser casto llegó casi a constituir una profesión reglamentada. Y esto es lo absurdo e inadmisible. Por eso asegura Ellis hoy que "no es posible aceptar un ideal de castidad sin antes rechazar en absoluto todas las formas huecas y antinaturales de ese ideal. Si la castidad no es más que la resultante de un esfuerzo fatigoso de emular en la esfera sexual las hazañas de los ayunadores profesionales, esfuerzo que consume y desgasta todas las energías del organismo, sin obtener otro resultado que el que esa abstinencia implica, no cabe duda que el ideal es indigno y falso. Si se trata sólo de una débil sumisión a una ley convencional y externa, que no tiene sino el valor moral de despreciar la carne, el ideal no existe. Si es una regla de moralidad impuesta por un sexo sobre el sexo opuesto, es una injusticia, causa muchas veces de rebelión y desorden. Si es una abstinencia de las formas usuales de sexualidad reemplazadas por otras formas secretas y anormales, es simplemente una falsedad basada en el engaño, y si es meramente una aceptación



externa de los convencionalismos sin otra aceptación de hecho, es una farsa despreciable y ridícula. Estas son las formas de castidad que, durante los últimos siglos, muchos hombres de grandes almas y elevada inteligencia han rechazado rotundamente."

Pues bien: si alguno de nuestros lectores se considera casto, pudiendo decir lo mismo de quienes no nos lean, debe fijarse bien en lo que acaba de afirmar Havelock Ellis, y es muy fácil que se encuentre irremisiblemente incluído en alguna de esas clasificaciones de la castidad, o en todas ellas a la vez. Y ello es porque, ahora tal vez más que antes, la civilización no permite otra cosa.

Los castos, esos tipos que se ajustan al ideal puramente ascético que consideraban inmoral ¡hasta el matrimonio!, no son, a mi juicio, más que débiles sumisos a las normas que consideraban prestigiosas desde los más elevados situales en que se sentaba la moralidad convencional propugnada por las autoridades menos humanas. Esta cobardía colectiva ante la vida, ese temor terrorífico a la muerte, y, lo que es peor, a los tremendos castigos de la otra vida, obligaba a los infelices a sacar fuerzas de flaqueza para resistir a esas solas tentaciones de la carne impura, de la materia mortal.

¿Puede haber algo más bello que el concepto primitivo y puro de la inocencia, de la sencillez, de la obediencia lógica a los mandatos naturales? No hay nada. Las costumbres de los pueblos primitivos, majestuosas precisamente por esa sencillez primitiva también, escandalizaron a los primeros exploradores civilizados, que atribuyeron a aquellas gentes todo un cúmulo de inadmisibles inmoralidades, sin pararse a pensar en que ellos fueron, precisamente, quienes les complicaron la existencia llevándoles la sífilis, el alcohol y hasta el estupro. Esos exploradores no supieron apreciar la castidad primitiva de aquellos indígenas, tan bella, tan natural, tan compatible con su desnudo y con su sexualidad procreadora, perfectamente ordenada en el sentido lógico de su utilidad manifiesta. Por eso el hombre casto, el que es capaz de usar de voluntad para reprimir sus deseos cuando le es necesario satisfacerlos, puesto que si así no fuese no los experimentaría, cabe afirmar que "ha perdido al noción de su sencillez primitiva", como dijo Todhunter. La castidad interpretada de esta forma, no tiene otra finalidad más útil que la de ir en contra de los principios más puros.

No es posible meter en la cabeza de estas gentes la idea sencillísima y elemental de que la castidad no se viste con ropajes convencionales, sino que se muestra desnuda. Pero hablamos sólo de una

castidad relativa, la que admitimos como símbolo de la pureza de las intenciones, y siempre que tienda a justificar el hecho de que su adopción obedece a sentimientos que, escapando al concepto teológico intransigente, están explicados en el orden de las cosas naturales, de la propia y exclusiva voluntad, porque así sale del alma del individuo y no son la consecuencia de coacciones externas. Yo, a pesar de todo, estimo que la castidad así, desnuda y pudorosa, es la imagen más bella con que pueden soñar los hombres perfectamente orientados. (Lámina I.)

No obstante, la castidad es útil en su grado de relatividad prudente. Ya hemos dicho que todas las religiones, con ligeras variantes, han abrigado siempre un ideal de ascetismo completamente normal y ciertamente útil en los aspectos materiales, más que espirituales, de la vida: sólo el cristianismo llevó su concepción exaltada a esos extremos aberrantes de procurar excitaciones y vivir continuamente en esa atmósfera peligrosa por el sólo placer de vencerlas, "de burlarse del diablo".

Todos los pueblos salvajes, donde las virtudes espirituales tienen siempre una traducción utilitaria que es precisa para la existencia natural de la tribu, de la familia o del individuo y para que su desenvolvimiento esté rodeado de cuantas garantías son imprescindibles para la máxima prosperidad de las ambiciones que su instinto de conservación, sus afanes de comodidad o su ansia de placeres reclaman, practican esa castidad "relativa" que ofrece a los individuos ventajas verdaderamente positivas, pero jamás, o sólo muy raramente, por motivos mágicos, practican la abstención "absoluta" de las relaciones sexuales, por el hecho simple de que no encuentran ventaja alguna en ello ni en esta vida ni en la otra, porque, eso sí, saben que la finalidad que han de desempeñar en la tierra es resarcirse con placeres de los muchos dolores que la vida impone.

Las mujeress del Sudán, cuya libertad sexual es tan ampliia como ellas quieren, observan esta castidad relativa durante tres meses del año, o sea las épocas que coinciden con la siembra, la lucha contra los insectos y la recolección de las cosechas. En este caso, no puede decirse que el motivo sea supersticioso, religioso o mágico: nada de eso. Este ascetismo periódico se funda en una base natural, más o menos cierta, pero que no deja de tener su importancia utilitaria, como decíamos antes.

Estos negros, bastante aficionados a los placeres sexuales, se entregan a ellos con una calma asombrosa, pues no exageramos al decir



que invierten cerca de hora y media en alcanzar el orgasmo, caracterizado de espasmos agotadores. Naturalmente, después del acto, observando reglas higiénicas bastante razonables, precisan de dos horas más para reponerse de los efectos de su pasión satisfecha. Y ahora, con un poco de lógica, se comprenderá que el esfuerzo que necesitan realizar para el coito, supone una resta de energías para su dedicación a otras actividades tan importantes como las de asegurarse el sustento por medio de la atención debida a esas faenas agrícolas.

Según el testimonio de investigadores dignos de crédito, puede asegurarse que los dos sexos observan una castidad intachable en esas épocas, lo que a la vez representa una mayor ansiedad para gozar de los placeres sexuales tan intensamente como les sea posible, por esa razón no exenta de lógica de que una existencia de amarguras tiene que compensarse con el dulzor de los deleites naturales. (Lámina II).

En los pueblos que viven de la caza, la que tienen que obtener mediante esfuerzos inauditos, ya que siguen sirviéndose de los métodos y armas más primitivos, sucede otro tanto. Dos meses antes de la fecha elegida para realizar la expedición, los hombres se abstienen en absoluto de todo placer sexual, porque tienen la creencia de que son agotadores y les restan energías mentales y musculares que han de necesitar hasta el grado sumo. Añádase que estos salvajes aprecian el valor por encima de todas las cualidades del individuo, y entonces tendremos juntas todas las razones que ordenan su conducta sexual.

Así mismo, pocos serán los pueblos primitivos donde los estados particulares de la mujer, como la menstruación, el embarazo y el amamantamiento no se respeten, bien por un fundamento religioso o por instintivas tendencias eugénicas. Pero es el caso, que en la creencia acertada o no de que la castidad es útil para los mejores resultados que tratan de conseguir, la practican severamente. Claro es, que en estos casos, la mujer es quien con más escrupulosidad se atiene a la regla, puesto que el marido poco tiene que temer de las consecuencias materiales que se deriven de su comercio carnal con otras mujeres.

Después de lo dicho, refiriéndonos al aspecto material de la abstinencia, justo es reconocer que también se obtienen resultados altamente beneficiosos en el orden espiritual, y de ello se encuentran pruebas en varios pueblos primitivos de la tierra, si bien puede decirse que, si analizamos estos fenómenos desde el punto de vista de la crítica más severa, llegaremos a la conclusión de que el producto de ese ascetismo, no encaja justamente en la esfera de lo normal.

Hill Tout hace una interesante descripción de la disciplina perso-

nal que acostumbran a ejercer los indios de la Colombia Británica cuando tratan de conseguir poderes sobrenaturales. En este entrenamiento se prescinde en absoluto de los placeres del sexo, y, además es necesario el aislamiento más completo. Al cabo del tiempo preciso parece ser que dichos indígenas logran una exaltación de todos los sentidos y una doble vista notable, a más de quedar en disposición de realizar esfuerzos musculares considerables que en otra ocasión asombrarían al mismo individuo que ahora está en la mejor facultad para llevarlos a cabo.

El ejemplo más curioso que puede observarse como resultado de la doctrina ascética practicada en su sentido absoluto, lo dan, sin duda alguna, los célebres fakires de la India. En estos hombres, en los verdaderos fakires y no en la inmensa legión de farsantes que pululan por los mercados sorprendiendo a las gentes con sus, a pesar de todo, interesantísimos experimentos, la castidad asociada al ayuno, a la soledad, a la disciplina rigurosa en todos los órdenes, produce los resultados más maravillosos que puedan imaginarse. Ahora bien, lo que no nos es posible asegurar de una manera terminante, es, si entre todas las virtudes aportadas por los fakires, la castidad es la determinante esencial de su especial disposición para producirse en esas expresiones características. (Lámina II.)

Un fakir, en la mayoría de los casos, es un hombre de edad madura, y casi siempre, aunque hay excepciones respetables, un solemne farsante cuya ecuanimidad ascética desaparece ante un solo dedal de ginebra o aguardiente de caña.

En una ocasión, hallándome en una ciudad de la India, me aproximé al grupo que rodeaba a uno de estos fakires que permanecía tranquilamente sentado entre una multitud de chirimbolos, esperando a que el cesto donde caían *annas* y alguna que otra *rupia* de plata estuviese bien repleto. Aquel tipo no tendría más de cuarenta años. Era de una delgadez extrema y casi transparente, como si su cuerpo estuviese momificado bajo una cubierta de piel convertida en cuero endurecido. Por toda vestimenta tenía un taparrabos que apenas era suficiente para cumplir su honesta misión.

No habría entre todos los espectadores una docena de europeos, de los que la mayor parte eran soldados británicos recién llegados de las estaciones de aclimatación del Principado de Lahore, y, por lo tanto, poco habituados a esta clase de espectáculos de los que tanto partido sacan los describidores del folk-lore colonial.

Empezó el fakir por atravesarse las mejillas, cubiertas de una barba



espesa, con una larga aguja de plata. Ni un gesto de dolor, ni una gota de sangre. Pero si me hubiese aproximado más, hubiera advertido la existencia de dos orificios en las mejillas, cuyos bordes enquistados hacían imposible la percepción de toda sensibilidad. No obstante, el simple acto arrancó a la muchedumbre sinceras exclamaciones de admiración.

Luego, tras de limpiar la aguja con una parsimonia desesperante, posó los pies en un montón de brasas, permaneciendo así tres o cuatro minutos, o sea el tiempo preciso para que el calor traspasase la dura costra compuesta de callosidades y basura de la planta de los pies. Cuando se volvió de espaldas observé que tenía el cuerpo materialmente cubierto de cicatrices más o menos recientes y profundas, pero que desde luego revelaban que el autor de las heridas poseía un detallado conocimiento de la anatomía, ya que ninguno de aquellos cortes estaban situados sobre importantes paquetes musculares ni vasos sanguíneos. Con estas observaciones ya tenía en mi poder datos suficientes para afirmar que el tipo en cuestión, como casi todos los de su ralea, no era más que un vulgar farsante.

A una voz del fakir surgieron del grupo tres muchachas no mal parecidas, a las que proveyó de pequeños y afilados cuchillos de pedernal. Las armas me llamaron la atención, más que por sus cualidades peculiares, por su probable valor arqueológico.

El hombre se tendió en el suelo sobre una estera de esparto, en tanto que pronunciaba una palabras, ininteligibles para mí, pero que acallaron el murmullo de los espectadores. Una de las muchachas sentóse a horcajadas sobre los riñones del fakir, de forma que la región sexual de la joven quedaba perfectamente acoplada a las exiguas carnosidades del penitente. La indígena empujó lentamente el tosco cuchillo sobre la parte más carnosa del cuerpo del oficiante, hasta que la punta se enrojeció con una gota de sangre. El fakir, ni se movió siquiera.

Otra le hizo lo mismo en un hombro y la tercera en una pierna. El público no respiraba, como si esperase algo de más intensidad emotiva. Cinco minutos más tarde, cuando la sangre brillaba roja sobre el cuero negruzco que cubría los huesos de aquel esqueleto viviente, las jóvenes hundieron con más fuerza sus armas en el cuerpo del fakir, en tanto que se frotaban contra él en movimientos que llegaron a parecerme obscenos.

Esto divertía mucho a la gente, muy atenta a no perder un solo ademán de las operadoras, ya que el penitente permanecía rígido como

bajo los efectos de la completa abolición de todas las funciones vitales. La bárbara ceremonia llegó a su apogeo. El hombre inició unos movimientos pausados que se tradujeron después en un ritmo acelerado y uniforme, como bajo el impulso de una corriente eléctrica. Gritaba el condenado poseso de una extraña furia erótica, y en un movimiento de flexión casi epilético en que separó el cuerpo del suelo aguantando sobre los riñones el peso de la indígena, vi claramente que su miembro viril estaba erecto como si pugnase por librarse de la opresión del taparrabos.

¿Me sorprendió el detalle? No. Robustecí mi creencia de que la mayor parte de estos individuos no son más que pervertidos sexuales en los dos extremos: o castos completamente, que es la forma más criminal de la perversión desde el punto de vista biológico, o son grandes masoquistas que precisan de los dolores cruentos y agudos como excitantes únicos de la actividad sexual.

Esta forma de castidad, esta modalidad del ascetismo, suele ser muy frecuente entre los pueblos civilizados, y hasta los santos varones del cristianismo nos ofrecieron muy bizarras muestras del motivo sexual de sus suplicios.

Otras veces, la exaltación mística de los castos les lleva a los peligrosos extremos de la locura, puesto que obsesionados mediante la práctica rigurosamente ascética, son capaces de sobreponerse a las fuerzas más enérgicas. Esa demencia proviene, esencialmente, de esa misma disciplina de la voluntad que lucha con todas las leyes naturales hasta vencerlas. Una muestra de estos casos, es la anécdota que voy a referir, de cuyo hecho fué protagonista un fakir honrado.

Hace algunos años, pero no tantos para que el recuerdo se haya extinguido entre los fanáticos habitantes de la India, Ahmed Hoore, celebérrimo fakir que hoy goza de un prestigio de santo en el cortejo milenario de Indra, quiso probar a los incrédulos vecinos de la ciudad de Jeypoore cuales eran los recursos de su poder milagroso. Para ello invitó a algunos magnates de la urbe, tan civilizados como escépticos, y al efecto se encaminaron un amanecer hacia el fuerte Thiger que domina a Jeypoore con su artillería abundante.

Valiéndose de un cabo indígena, consiguió Ahmed servirse de una pieza de 7,5, a cuya boca pegó la tenue armazón de su cuerpo esquelético, mientras advertía al cabo de la oportunidad de hacer funcionar el mecanismo percutor del cañón. La prueba iba a resultar sorprendente y de gran valor para la doctrina de los verdaderos fakires, un poco en decadencia, pues aseguraba Ahmed que el proyectil atravesaría su cuerpo, cerrándose la tremenda herida, que naturalmente no sería mortal, cuatro o cinco horas más tarde.



Los invitados empezaron a dar crédito a las palabras del perturbado e insigne religioso, al que escucharon silabear ciertos salmos védicos en la lengua difusa y erudita de los discípulos de Brahma.

Llegado el momento oportuno, el fakir hizo una seña, el cabo disparó el cañón, y...

Del cuerpo del fakir no quedó una brizna de carne. Pero el proyectil cayó en el palacio del gobernador inglés y mató a dos criados. Se temió una rebelión, concentráronse en Jeypoore todas las fuerzas de Rajputhana, y así terminó el lance.

Este caso es perfectamente típico en cuanto a la honrada convicción de las creencias. Pero por esto no puede decirse que sean iguales todos los fanáticos. No sólo los fakires de la India, sino los fieles de otras religiones, obran de manera idéntica. En Marruecos he visto a las cofradías mahometanas de los *aissawas* y *hamadtchas* posesas de verdadero furor fanático, cuyos sectarios, valiéndose de hachuelas y gumías, se rasgaban el cuero cabelludo y bebían la sangre de las abundantes heridas o impregnaban el pan en ella para comerlo después con verdadera fruición. Pero, a pesar de ser fervorosos ascetas, en estos sacrificios no se advierte ni la más ligera expresión de carácter sexual. No creo que ese dolor se convirtiese en placer fisiológico, y hasta dudo de que el dolor existiera. Estas prácticas representan el precio que sus santos tutelares exigen a los que pretenden franquear las puertas del Paraíso mahometano, lleno de huries que brindan sus hermosos cuerpos, elásticos y perfumados, a los buenos creyentes. Entonces, al fin y al cabo, la castidad y los martirios de los cofrades, también tienen por objeto lograr la satisfacción de sus deseos sexuales, en cuyas placenteras llamas anhelan abrasarse más allá de la vida terrenal.

Havelock Ellis afirma que hay razones psicológicas fundamentales que explican la enorme preponderancia del ascetismo y la mortificación y sufrimiento que este implica para los que siguen tan duros métodos de entrenamiento moral. "El dolor—dice—, sobre todo, tratándose de personas de temperamento algo neurótico, sirve de estimulante psíquico. La prueba de esto la hallamos en el caso de cierta joven, cliente del doctor Janet, que sufría de depresión mental, y que hallaba alivio a su dolencia quemándose ligeramente las manos y los pies. Comprendía perfectamente la razón de sus actos y decía: "Siento que hago un esfuerzo cuando pongo mis manos sobre la hornilla, y cuando vierto agua hirviendo sobre mis pies; el hacer esto tan dolo-

roso y molesto me despierta en absoluto y me hace comprender q
soy yo, y no otra persona, la que hace aquello... El hacer sólo un
fuerzo mental es harto difícil para mí, y, por lo tanto, tengo que
virme de esfuerzos puramente físicos, logrando, gracias a ellos, lo
de otra manera jamás consigo sentir. Una vez que me decido a q
marme el cuerpo, mi inteligencia, al parecer más despierta, se h
más ligera, más activa, y este estado dura varios días después. ¿P
qué habláis de mi deseo de mortificación? Mis padres creen lo mism
pero os aseguro que es una suposición infundada y absurda: se
mortificación si trajese consigo el sufrimiento; pero este dolor q
siento es para mí una satisfacción y una alegría, ya que me devue
mi inteligencia e impide que se detengan y paralicen mis faculta
mentales." Si estudiamos este procedimiento psicológico—agre
Ellis—comprenderemos por qué en las religiones más elevadas, p
distintas que sean, consideran que la práctica del ascetismo y la m
tificación es necesaria para lograr un estado de gran exaltación re
giosa. El ascetismo es, en verdad, la antecámara de la perfección e
piritual."

Pese a tan valiosa opinión como la de Ellis, no es posible estar
acuerdo en absoluto con sus teorías respecto de la necesidad de
mortificación en la castidad. El caso que cita de la cliente del doct
Janet, puede decirse que es extraordinario, puesto que, además, rec
noce que se trataba de una joven neurótica, en cuyo caso es posi
tomar como base de todos esos fenómenos la fácil excitabilidad de
temperamento y su predisposición adecuada en virtud de un probab
autodominio. Mas si el proceder de los demás ascetas tiene como cau
esos mismos elementos, nos cabe decir, sin lugar a dudas, que las r
ligiones han sido promovidas y enriquecidas, en este aspecto, por ne
róticos, por desequilibrados, por gentes anormales en suma, lo q
viene a demostrar una vez más, que la abstinencia sexual llevada
esos límites extremados, es una anormalidad del instinto, es el pr
ducto de un estado enfermizo, que más requiere de la atención de l
alienistas que de las piadosas dedicaciones que inspira el olor de sa
tidad.

Así pues, la castidad absoluta no es útil, no es moral, no es estéti
siquiera. Cuando en otro volumen hemos hablado de las vírgenes vi
jas, habrá observado el lector lo triste y feo que es el panorama d
estas piadosas mujeres que se pasan la vida besando a los animale
domésticos que constituyen sus más destacados objetos de amor te
rrenal, puesto que los amores del cielo no pueden disfrutarse con



pletamente hasta que el cuerpo no ha pasado por las dolorosas expe-
riencias de esa maceración incruenta del ascetismo equivocado. La be-
lleza de la castidad es necesario buscarla en la relatividad de su inter-
pretación, en sus expresiones naturales tan legítimas, tan delicadas
y tan honestas, todo lo cual va a coincidir en un punto biológico de
gran prestigio porque a la vez equivale a la suma de las distintas emo-
ciones de ese ser superior que es el espíritu, traducido, por el bello
milagro del amor, en la perpetuación de una especie que fué creada
por Dios a su imagen y semejanza.

Ciertamente, a pesar de todas las opiniones de unos y otros, la
misma castidad relativa analizada desde el punto de vista de la biolo-
gía, esto es, del lado del médico, no es que brinde demasiadas venta-
jas ni que ofrezca tampoco grandes inconvenientes. Si la castidad y la
lujuria son los dos extremos viciosos de la angustia sexual, podemos
decir que la normalidad de su interpretación, el justo medio, están en
la suma de ambos factores. Si graves males produce la abstinencia
completa, no son menores los que la lujuria acarrea. Pero, no obstan-
te, si nos atenemos al imperio del instinto, a la energía del impulso
sexual, y ello, sin invocar para nada a las diferentes excitaciones que
pueden estimular hasta la exageración la función de los sexos, dire-
mos, sin temor al equívoco, que la lujuria es más *natural* que la cas-
tidad.

La razón que justifica tal aserto, es bien fácil de comprender:
mientras que el ascetismo significa el dominio de la voluntad del in-
dividuo sobre los mandatos de la naturaleza, la lujuria representa el
predominio de la naturaleza sobre la voluntad de los seres. Y refi-
riéndonos a los seres normales, a los que ni en su constitución ni en
su temperamento ofrecen ángulos ni aristas, debe decirse que los lími-
tes de una exaltación del deseo genésico, los señala sabiamente esa
misma naturaleza, y hasta el mismo insigne elemento puede ser bas-
tante para atajar a los que en un afán inmoderado y enfermizo de de-
leites se encaminan hacia su propia ruina. La castidad y la lujuria,
como términos antitéticos, son, más bien que enfermedades, síntomas
de otras dolencias. A veces un hombre afectado de priapismo, forma
sexual de la demencia, no puede decirse que esté "afectado" de un
deseo inextinguible de deleites eróticos; pero sí es fácil encontrar en
su organismo una afección patogénicamente independiente de la se-
xualidad, aunque sus efectos perniciosos se reflejen fielmente en la es-
fera sexual. Y de una ninfómana puede decirse otra tanto: es lo mis-
mo que hemos dicho al referirnos a la impotencia.

Pero acerca del casto, este ya es otro cantar: visto que su obse
se refiere exclusivamente a contener, a dominar sus impulsos, m
tras que los mecanismos psíquicos funcionen perfectamente, p
aún a costa de esos terribles suplicios que hemos reseñado, contene
rugidos espantosos del sexo que pugna por escaparse de la cárcel
delísima del cuerpo. Mas en virtud de esa tensión violenta a que
mete a las fuerzas opuestas, como ocurre en el ascetismo auténtico,
día, el menos pensado, todas esas cadenas saltarán a la vez rota
miles de añicos: entonces, la demencia en sus formas más peligro
hará ser razonable al sexo.

¿Pero hasta qué punto podemos hablar del "ascetismo auténti
En el sentido más radical de la frase, debiera implicar tanto com
disciplina de la voluntad, obrando hasta en la esfera de lo subc
ciente. Dicho más claro, un casto, sea de un sexo o de otro, p
tener fuerza de voluntad suficiente para no tocarse siquiera sus ór
nos genitales, para no vérselos, para no pensar, sino con repugnan
en los deleites del sexo. ¿Pero y la naturaleza? ¿O es que acaso
energía irresistible no es capaz de obrar por su propia cuenta d
preciando al desdichado que tan insensatamente la combate?...

Luego el ascetismo absoluto, esa castidad que consiste en "no q
rer gozar de los deleites de la carne", es un mito grosero y brutal,
ideal que no existe, porque el casto más casto de todos los castos, m
pronto o más tarde, aunque "no quiera", se verá obligado por la n
turaleza a gustar "involuntariamente", de esos inconmensurables del
tes. ¿Las pruebas?... ¡Bien claras las tenemos en las honradas con
siones de muchos ascetas, a los que, por cierto, nadie más que su co
ciencia les obliga a revelarlas!...

San Juan de la Cruz, uno de los más sabios doctores de la Igle
Romana, no habla con sordina al afirmar que la sensualidad de la
tan sañudamente se quiere huir, es como una complicación pecamin
que suele hacer acto de presencia en la carne de los castos en el p
ciso momento de su dedicación a los ejercicios espirituales. Sien
esto así, sin ser muy sagaz, muy cínico ni muy escético, sinceramen
no se comete ninguna injusticia si nos atrevemos a dudar de la an
lical disposición de los ascetas para dedicarse a estas prácticas llam
das espirituales. Muchos santones mahometanos que no tienen esp
porque lo consideran como algo molesto en su vida errante, no exp
rimentan, por otra parte, ninguna necesidad de mujer para desahog
sus receptáculos seminales con el deleite natural que proporciona e
alivio. Es una forma de autoerotismo, que no precisa ni del más m



mo contacto con los órganos sexuales. Estos *ascetas,* habituados a la meditación, al ayuno, a la continencia y a todas las disciplinas, llegan a hacer de su voluntad cuanto quieren... Y no tienen más que reconcentrar todo su pensamiento en las promesas paradisíacas de una vida eterna, constantemente rodeados de huries, para que el orgasmo se produzca. Entre los fakires indios, aunque se trate de los más vulgares, tampoco es necesaria la mujer para satisfacerse sexualmente con los solos recursos del espíritu.

"En los ejercicios espirituales—dice San Juan de la Cruz—, en la observancia austera de los sacramentos de penitencia y de Eucaristía o cuando el espíritu se encuentra profundamente recogido en la oración, ocurre con frecuencia que la parte sensible experimenta movimientos desordenados, independientes de la voluntad... El espíritu y los sentidos aman el goce: por eso cada parte del hombre es excitada al placer según su naturaleza y se deleita en él a su modo. La parte superior se inclina a saborear a Dios y gozarlo espiritualmente; pero por su parte la sensualidad, que es la parte inferior, encuentra en ello un goce y un deleite sensibles, toda vez que es incapaz de experimentar otros. No es nada raro que el espíritu se halle recogido en oración con Dios mientras que los sentidos, pese a la resistencia y las angustias del alma, experimentan pasivamente las rebeliones y las emociones de la carne. Como estas dos partes constituyen un mismo todo, suelen participar ambas en lo que una de las dos recibe."

Esto y el coito psíquico de que ya hemos hablado, son una misma cosa. ¿Dónde está, pues, esa castidad? San Juan de la Cruz ya no habla, como queríamos decir, del estado de inconsciencia del sueño: en el momento de esos orgasmos, estaba completamente despierto y podía ser dueño absoluto de todos sus actos. No le vale querer separar la cabeza del sexo, partiéndose en dos, para dar una explicación "casta" de sus emociones, que según las describe resultan completamente idénticas a las que experimenta cualquier pecador capaz de ser impresionado sexualmente, hasta la eyaculación, por cualquier visión erótica provocada por él mismo. Si San Juan hubiese querido, ningún trabajo le hubiera costado desechar esos pensamientos tan agradables, porque más sacrificios hacían con ese fin los fanáticos del ascetismo de la primera época cristiana.

También San Buenaventura se refiere a los que "son mancillados por la picazón de la voluptuosidad carnal y que en los efectos espirituales son manchados por el licor del derrame carnal", para que dudemos, ni siquiera remotamente, de que esos placeres "ascéticos" eran

buscados. Y de las místicas, no hablemos. Por mucho que han querido adornar sus descripciones de los goces místicos, siempre coincidieron en confesar la verdad sexual que palpitaba en esos deleites. Ya hemos hablado de los transportes amorosos de Santa Teresa, y otro tanto se podría decir de otras santas mujeres, cuya alegría extática, según ellas mismas, "es un sentimiento turbio en el que al bienestar psíquico se agrega un estado de goce sexual". A este propósito se pregunta Vonvenel "qué es lo que quedaría de la alegría mística si el cuerpo negara sus espasmos voluptuosos".

Otra santa, Margarita María Alacoque, dice: "Hallándome revestida de nuestro santo hábito, mi divino Señor me hizo ver que había llegado el momento de nuestros esponsales... Después me hizo comprender que, al modo de los más apasionados amantes, me haría saborear durante este tiempo lo que había de más dulce en la suavidad de las caricias de su amor. En efecto, estas fueron tan excesivas, que a menudo me ponían fuera de mí y me dejaban incapaz de poder obrar."

Pues bien: analizando las confesiones de todos estos místicos con un espíritu crítico imparcial, ¿dónde se encuentra la abstinencia de los placeres sexuales?... El ascetismo, a lo sumo, vemos que no consiste más que en la ausencia completa del contacto carnal específico, porque en lo que a la parte psíquica se refiere, los deleites eran tan intensos, que hasta el mismo divino Señor los prometía "como lo que había de *más dulce* en la suavidad de las caricias de su amor."

Tales son, someramente expuestas, las divinas ventajas de la castidad absoluta, cuando los castos pudieran reprimir sus impulsos con toda facilidad. Pero no hablemos de sueños, ni de brujas ni demonios, que lo mismo que los ángeles celestiales, también acometían a las castas mujeres proponiéndoles deleites inefables, no con venablos de oro de punta enrojecida, sino valiéndose de unos dardos que no eran de hierro, pero que lo parecían, y que estaban retorcidos, por lo que la penetración en las entrañas era muy dolorosa. Ya nos referiremos a estos dulces formentos diabólicos en los que el demonio, amante de las castas, se servía de una especie de sacacorchos para extraer goces sexuales de las ardientes entrañas de tan castas señoras.

Toda esta hipocresía, o, por mejor decir, toda esa equivocada interpretación de la castidad cuya definición no es posible hacer en vista de los casos aducidos ni es tampoco admitido que la consideremos como un ideal perfecto, puesto que en el terreno diáfano de la biología sólo puede estimarse como una perversión, ese cúmulo de falsos conceptos, repito, trajo como consecuencia la verdadera inmoralidad y el más re-



FAKIR INDIO

Para el ejercicio de sus doctrinas y la práctica de sus asombrosos experimentos, la castidad es esencial cuando se trata de fakires honrados, aunque existen muchos farsantes que en nada se parecen a aquéllos.

LAMINA III



LA PROMESA (CUADRO DE CALDERÓN)

Antiguamente por lo menos, las jóvenes que hacían voto de castidad se ofrecían a Cristo como esposas completamente desnudas, prueba evidente de la castidad del desnudo.

LAMINA IV



pugnante desenfreno erótico en que, por imperativos del instinto, hubieron de sumirse aquellas clases que fueron llamadas a dar ejemplos de austeridad. Si sobre los sexos se desplomó todo el pesado armatoste de la moral ascética en el sentido de prohibir su función biológica legal y natural, los sexos buscaron sustitutivos adecuados.

Un criminalista francés, Dubois Desaulle, dice que si se compara la cifra brutal de los sodomitas que revelan las fichas de policía, en cuanto a la calidad del individuo, salta a la vista el predominio del clero y la servidumbre. "No obstante—añade—, si se establece una comparación entre la cantidad de los sodomitas de cada categoría y la totalidad de los individuos que pertenecen a esta categoría, el clero ocupa el primer lugar."

Y el doctor Garnier, también francés, ha escrito lo siguiente: 'En cuanto a la continencia que observan los monjes, los sacerdotes, los religiosos y las religiosas, en virtud, según dicen, del privilegio especial conferido por las órdenes sagradas, hace mucho tiempo que se sabe positivamente a qué atenerse a este respecto por los escandalosos desórdenes de cierto número de ellos. No cabe hacerse ilusiones, pues es cosa sabida y reconocida por los mismos casuistas que los más castos, no resistiendo, a menudo por el día sino a costa de las más violentas luchas de la carne, son atormentados por la noche por alucinaciones lúbricas, sueños libidinosos e imágenes eróticas que acarrean poluciones espontáneamente; sus alterados y pervertidos sentidos no recuperan su tranquilidad sino merced a esta exoneración inmunda y saludable que a todo hombre le causa vergüenza y repugnancia. Sólo a este precio pueden contravenirse las órdenes de la Naturaleza. La continencia prescrita por la Iglesia católica romana a sus ministros tropieza con una imposibilidad fisiológica radical; su celibato no es más que un burdo disfraz para los simples y los ignorantes que ocultan una necesidad indispensable para el mantenimiento de su jerarquía y su autoridad. Pero es sobre todo un peligro para la mayoría, conduciendo a unos al onanismo y condenando a él a los que no quieren infringir sus deberes religiosos. Por lo demás, ya están enterados de antemano, pues este vicio es tan frecuente y común en los grandes seminarios, como en toda aglomeración de hombres jóvenes y vigorosos de veinte a veinticuatro años."

No es necesario insistir más acerca de las desastrosas consecuencias, morales y fisiológicas, de este régimen brutal del celibato.

Un canónigo italiano, de setenta años, que había llevado una existencia casta, decía al doctor Couvier, que no quisiera volver a la edad

de veinte años para atravesar las mismas pruebas. "Lo que yo he su frido—decía—sólo Dios lo sabe, y espero que me lo tendrá en cuen ta; pero no volvería a empezar por nada de este mundo... ni del otro Y en el mismo sentido creo que habrían de expresarse cuantos reli giosos fuesen capaces de confesarlo sinceramente.

Para terminar el presente capítulo, referiremos una anécdota que se atribuye al ex rey de España Alfonso de Borbón: Asistía el entu ces monarca a la inauguración de un soberbio edificio construído por una comunidad religiosa, que por su suntuosidad llamó poderosamen te la atención de don Alfonso. Y éste, dirigiéndose a uno de sus acom pañantes, dijo:

—Si esto han hecho con el voto de pobreza, ¿qué serán capaces de hacer con el voto de castidad?...

## CASTIDAD Y AMOR EN PUGNA

**Célibes y casados.—Armonía difícil.—Eternos rivales.—Razones psicológicas de la pugna.—La inmoralidad.—Opiniones de un médico "fósil". Castidad matrimonial.—En amor, todo es "pecado".—El noviazgo de los católicos.—Relaciones sexuales de los esposos.—Las antiguas profesas.—La virtud no se encuentra por ninguna parte.—El dilema.—La novia casta, es un contrasentido.—Un Dios comprensivo.**

Los moralistas que viven eferrados a las viejas tradiciones lo mismo que el percebe a la roca, sostienen que la castidad que tanto horroriza a los viciosos, se impone a sus recalcitrantes voluntades haciendo no sólo su fuerza, sino que también su honor. Aseguran que es la ley superior del cristianismo que eleva a los creyentes por encima de las miserias y viles pasiones del mundo, y a la vez que asegura el bienestar de los individuos, impulsa el avance de la civilización y el progreso de la humanidad.

¡Qué bello ideal... si fuera posible materializarle! Pero ya hemos visto que es muy difícil, y que por muchos esfuerzos que el individuo haga, sin ser "vicioso", no pasará de ser humano y de estar más o menos subordinado a las leyes, no de la naturaleza, sino de la moral convencional, que no ha habido otro remedio que aceptar con todas sus consecuencias hasta convertirse en una ley casi universal.

Si es difícil aceptar el ideal de castidad en el ascetismo religioso, más difícil resulta acatarlo por los que viven fuera de la actividad ritual de las sectas. Pero prescindamos de lo divino, y vengamos al terreno palpable de los humanos. Y así veremos que la castidad del estado célibe—hasta una edad prudencial—se complica aún mucho más cuando queremos aplicarla al matrimonio, esa institución que llegó a producir el más santo de los horrores a muchos santos padres del cristianismo romano.

Pero este concepto brutal hubo de ser prestamente modificado: la

opinión de toda la humanidad, se desbordaba en pugna con la particularísima apreciación de los santos ascetas que dictaban leyes morales desde las enormes alturas en que ellos querían situarse, por encima de Dios.

Nosotros, colocándonos en ese plano de moral evangélica, pudiéramos decir también que de la unión de la castidad y el amor nace el matrimonio "honesto y cristiano", que es la única fórmula admitida por los sabios teólogos de Roma. El matrimonio, según ellos lo interpretaban, creo que no pasaba de ser un triste espectáculo demasiado aburrido para significar una atracción irresistible sobre el género humano.

Por eso, los apologistas del matrimonio cristiano, aun los modernos autores, cuyas escasas tiradas pretenden cumplir una misión social entre las alumnas de los internados religiosos, se ven obligados a buscar una armonía prudente entre aquellas viejas creencias y estas modernas evidencias, tarea harto difícil que les obliga, unas veces, a bordear las lindes de los códigos morales, y otras a practicar peligrosos equilibrios inestables, como nuevos funámbulos, por sobre la cuerda floja de la moral imperante, bastante más ajustada a las leyes naturales.

La nueva generación, justo es confesarlo, advierte una incompatibilidad manifiesta del amor con la castidad, "que parece *cosa* de otros tiempos". ¿Y están en lo cierto? Ahora, si se me permite hablar en moralista, me parece que no van muy acertados quienes así piensan y de tal guisa se expresan. Cuando se pretende poco menos que establecer una oposición entre la castidad y el amor, es porque el ideal de aquélla ha sido siempre más falso que la existencia de éste: el amor ha existido siempre; siempre ha producido sus placeres, sus emociones y sus frutos, todo ello dentro de lo natural, de lo que no tenía necesidad de ser forzado para manifestarse. Pero de la castidad, ¿se puede decir, honradamente, lo mismo? No: ni ahora, ni antes, ni nunca. La castidad, si no fué un mito completo, tampoco fué una práctica útil. Toda aquella doctrina dramática de martirios, mortificaciones, miserias, voluntarias renunciaciones, no produjeron, a lo sumo, otra cosa que santos. ¿Pero a costa de qué? Sencillamente a costa, no sólo de negar, sino hasta de maldecir y anatematizar todo lo más ferozmente posible la infinita belleza del divino amor humano, muy distinto del humano amor divino.

Desde entoncese, sin que haya lugar a dudas, la castidad y el amor vivieron en pugna constante: aquélla combatió a éste, y el pobrecito Eros alado fué vencido, fué maldito, fué relegado a ocupar un puesto en los muladares, entre los inconfesables detritus, entre todas las inmundicias. Por eso el amor no puede perdonar a la castidad el mal que le hizo. Dos ideales tan antagónicos, uno positivo y negativo el otro, jamás podrán hermanarse hasta el extremo de hacerles vivir juntos, bajo el mismo techo y sobre el mismo lecho. El amor era una ley de la naturaleza; el ascetismo, la imposición brutal y absolutista de una minoría. Y en este punto, ¿cómo es posible que los recuerdos, y esto hablando en un plano metafórico, vayan a extinguirse tan pronto que la nobleza del amor olvide para siempre la perfidia, la maldad refinada que la castidad puso en vencerle?...



Si queremos, en esta explicación es fácil hallar uno de los más importantes motivos psicológicos de la pugna. El amor verdadero se manifestaba por medio de besos, de caricias y de espasmos en los que una mujer y un hombre se fundían *en una sola carne*, como dicen las Escrituras; pero en una sola carne que palpitaba de deleite, de dicha infinita, de bondad y de amor. En cambio el otro amor no era más que latigazos, suciedad, miseria y aspiraciones egoístas para vivir una vida que no era ésta, en la que existían, no obstante, mayores placeres, goces más refinados y sublimes... ¡Ah, si ésto hubiese sido cierto!...

Pues si hubiese sido cierto, la humanidad se habría extinguido hace cerca de veinte siglos.

Por eso el amor sincero huyó de la castidad insincera e hipócrita, que a la vez que iba en pos de los goces del cielo, disfrutaba, perversamente, de los otros de la tierra, pero sin belleza, sin ternura y sin estética, tres elementos que son imprescindibles para la supervivencia, pese a todo, del amor verdadero.

Yo no creo, ni aun en los tiempos presentes, que la castidad sea la garantía del amor, por lo menos si nos obstinamos en creer que la castidad es una virtud. Eso de que no hay *amor verdadero* sin castidad, es una burda mentira inventada por los moralistas o por los impotentes. En cambio puede oponerse la verdad irrebatible de que el amor con castidad, con esa castidad de que habla el cristianismo, a más de no existir, si existe es una inmoralidad. Hay matrimonios muy castos, muy religiosos, muy austeros... pero sin amor. Y si el amor sin matrimonio se ha considerado como inmoral, ¿no es infinitamente más inmoral y repugnante el matrimonio sin amor?...

El amor es exclusivo por esencia, y sólo la unión sexual, cuanto más libre mejor, es capaz de asegurarle las necesarias condiciones

de fuerza, de duración y de estabilidad. Insistiré cuantas veces sea preciso en afirmar que la sexualidad bien orientada, ordenada y metódica, es la base del matrimonio ideal. Y la castidad en el matrimonio no puede imponerla nadie, y los teólogos menos que nadie, porque ni los mismos médicos, los que irían guiados por las intenciones más nobles y desinteresadas, serían desobedecidos, a no ser que los cuerpos no estuvieran sanos. Eso de decir que la garantía máxima del equilibrio conyugal está en el hecho de ser el matrimonio una institución, no sólo antigua, sino que también divina, es, ahora y en todos los tiempos, un absurdo intolerable, porque si la divinidad podemos creer que es infalible, los hombres que han hecho sus leyes no dejan de ser hombres, y, por añadidura, hombres contrarios a las leyes naturales, como se revela en la interpretación caprichosa y arbitraria de la total abstinencia.

Los moralistas de otros tiempos decían: ¡Que el hombre no separe lo que Dios ha unido! ¡Que los salvajes apetitos de los sentidos no destruyan nunca el cimiento conyugal que *libremente* formó la voluntad y que guarda el honor de los esposos! ¡Esta es la voz de la naturaleza, éste es el consejo de la razón, ésta es, sobre todo, la ley de Dios! ¿Cómo apartarse de la castidad, que es la regla y la disciplina del amor?...

Para que todas estas frases lapidarias tuviesen un valor absoluto, sería preciso que la omnipotencia de Dios fuese un hecho indiscutible, que no tolerase la competencia del diablo, "admitida para probar a los mortales", y que, en efecto, hubiese creado a los hombres a su imagen y semejanza moral y física. Pero como esto no puede ser así, no vale imponer leyes divinas para juzgar por ellas a los humanos: la simple ley del divorcio, que acaba de implantarse en España, con estar plagada de defectos, nos parece infinitamente más útil para el amor que todos los mamotretos divinos que se inspiran en esa idea descabellada de la castidad; no cabe duda que las leyes humanas han derogado, afortunadamente, a las divinas, que ignoramos por qué se llaman divinas, puesto que no las hizo ni las dictó Dios.

Un moderno escritor y médico, que no es español y que sigue aferrado al ideal ascético, dice todo lo que sigue: "En el célibe, la castidad es absoluta. Contiene en plena reserva las fuerzas de su vida, respeta el hogar ajeno y asegura la dignidad y el honor de cada cual". No cabe una definición más aleatoria del ideal moderno de castidad.

Sigue diciendo que en los hogares la castidad es relativa, y no obstante ser más difícil, es más meritoria y también más necesaria, pues sin tan valioso elemento "no es posible concebir una unión conyugal seria y profunda".



Enfoca la castidad desde un punto de vista tan eminente e intransigentemente *católico*—estamos hartos de escribir "cristiano"—, que su obscurantismo resulta inadaptable a un concepto medianamente liberal siquiera. Afirmar, por ejemplo, que la castidad guarda a los esposos contra las apariencias y contra ellos mismos, que asegura la fidelidad y el respeto y que constituye un apoyo y una defensa, revela, a pesar de ser médico, un desconocimiento absoluto de la sexualidad, de la fisiología y de la psicología del amor. Y añade: "La castidad es compatible con las *familiaridades* (1) que legitiman la unión y la vida común, pero es inseparable de la prudencia y de la reserva que imponen el honor y el respeto mutuo. Sin ella, el hogar estaría expuesto a las disensiones, al abandono, al desorden; sin ella la vida no sería más que un largo e inconfesable libertinaje sin conciliación posible con la moral más elemental, destructor de la sociedad misma. Tenemos la prueba en el poco edificante espectáculo de las grandes ciudades, donde las gentes viven como en los tiempos primitivos, sin fe ni ley."

Ya hemos dicho anteriormente que en este arduo problema planteado por el dominio o la influencia de las reminiscencias ascéticas, la incógnita más difícil de resolver se nos presenta en el momento de intentar armonizar la castidad con las funciones sacratísimas del amor reproductivo. Pero, aparte de todo, es bastante más difícil aun, aunque así no lo parezca, querer aclarar el caso "hablando en serio". Porque, ¿qué podemos entender por castidad en el matrimonio, en la unión sexual? ¿Cómo es posible conseguir una armonía perfecta entre lo tan sublime del amor y lo tan ridículo de la castidad absoluta?

Tratemos, pues, de hacer un ensayo de definición de lo que creemos que se debe entender por castidad conyugal o matrimonial—¡sexual, nunca!—, y, además, efectuada la unión por la Iglesia católica, única y exclusivamente, puesto que las demás uniones, aunque sean sancionadas por otras leyes religiosas, son poco menos que inmorales en este concepto intransigente.

---

(1) La palabra *privautés* (familiaridades), aparece subrayada en el original, lo que hemos de interpretar, lógicamente, por un temor a pecar, a incurrir en el enojo divino, o, de otra forma, a darla una intención con mezcla de agudeza y desprecio. Este solo dato, revela la personalidad ética del intransigente y anacrónico autor.

Como punto de partida diremos que un teólogo de tan superior inteligencia como lo fué Santo Tomás de Aquino, decía que el matrimonio, aun cuando sea considerado natural y lícito a los ojos de Dios, "no es en el fondo sino un mal menor, un remedio a la impudicia".

Yo creo que, después de haber copiado la tal frase, ya no hay posibilidad de intentar una discusión seria con estos señores tan respetables como intransigentes, que se entregaron a la ardua tarea de inventar textos y prohibiciones encaminados a imposibilitar el matrimonio y el amor sexual para conceder a la frase "amor espiritual" una importancia suma que trajo como consecuencia una especie de protección a las relaciones más brutales que podían mantener los sexos.

Empezaban las restricciones en las relaciones prematrimoniales de los jóvenes. Toda la teología moral coincidía en ese punto concreto, y así el obispo Ligorio recomendaba a los confesores que no permitieran "que los novios fuesen a casa de sus novias, ni permitieran a las jóvenes y a sus padres que les dejen ir, pues es raro que los jóvenes no pequen, por lo menos en palabras y en malos pensamientos al presentarse la ocasión. Las miradas y las conversaciones entre novios los inducen al pecado. Es moralmente imposibile que se conserven y que no sean estimulados a acciones vergonzosas que sucederán a su matrimonio."

Desde el principio, se negaba al amor todo derecho como salvaguardia relativa de la castidad, puesto que no escapaba a la perspicacia del teólogo el temor de que después de efectuado el matrimonio los cónyuges practicarían "acciones vergonzosas". Hasta las miradas eran un pecado lo mismo que los pensamientos. ¿Qué le quedaba al amor de bello? ¡Nada! Todo era pecado: todo ponía a los amantes en la senda que conduce a los hornos de Pedro Botero. Y para que se vea hasta qué punto bestial se llevaban las cuestiones de la castidad, San Luis Gonzaga jamás miraba a ninguna mujer, y cuando conversaba con su madre tenía los ojos fijos en el suelo para no incurrir en la iracundia de Dios, que se vengaba aplicando los feroces castigos a que se hace acreedor quien peca mortalmente.

El mismo teólogo que escribió esas obras modelo de autoridad moral, decía: "Se me preguntará si ocuparse de amor es pecado mortal. ¿Qué he de contestar? En general, afirmo que el que se ocupa de amor rara vez se salva del pecado al presentarse la ocasión. La experiencia nos enseña que pocos de lo que a esto se entregan quedan exentos de faltas graves. Si no las cometen en un principio, insensiblemente acaban por incurrir en ellas. El cardenal Pico de la Mirándola, obispo de Albani, prohibió a los confesores que absolvieran a los que se entregaran al amor, si después de haber sido amonestados se obstinaban aún en hablar juntos, sobre todo solos, o durante largo rato, o en secreto, o por la noche."



Los novios, según los teólogos, no podían ni verse siquiera para no incurrir en el supuesto enojo divino. Las relaciones amorosas en aquellos tiempos desdichados, tenían que desenvolverse dentro del marco reducidísimo de la moral teológica, y quienes acataban absolutamente tan bestiales tiranías, al llegar al matrimonio o a la formalización del noviazgo, cuando ya no había posibilidad de deshacer lo hecho, se encontraban con la desagradable realidad de que no se gustaban, de que "no había nacido el uno para el otro", de que las ilusiones de antes se habían convertido en una prosa amarga e insoportable. Pero esto era lo moral según los cánones de la castidad. Con tal de agradar a Dios, ¿qué importaba que los amantes no se agradasen mutuamente?

No era posible mayor incomprensión ni más falsa interpretación de las leyes de la lógica. Estos matrimonios, cuyas mujeres estaban más envenenadas que el hombre por el virus teológico, comenzaban por no mostrar a sus maridos más carne desnuda de su cuerpo que la del rostro y las manos, y hasta para descalzarse era preciso que el hombre no estuviese presente. Como el baño era también un pecado y lavarse los pies una falta menos grave, ni faltas ni pecados cometían aquellas castas mujeres. Así es como aquella gran reina que fué Isabel de Castilla, tenía a gala oler mal. Y era tanta la suciedad, que no mudándose de ropa interior más que muy de tarde en tarde, los tejedores llegaron a fabricar un lienzo negruzco a cuya tonalidad denominaron "color camisa de Isabela".

Las relaciones sexuales de los esposos, no podían efectuarse sino vistiendo la mujer un largo camisón de duro lienzo que cubría por entero su cuerpo pero con una abertura de cinco centímetros de diámetro para que no fuese posible otro contacto epidérmico que el necesario roce del pene con las órganos internos de la esposa "para producir la eyaculación de la miseria fisiológica precisa para engendrar hijos".

El ideal de los teólogos hubiera sido que todas las mujeres concibiesen y pariesen a sus hijos por obra y gracia del Espíritu Santo, porque la sola idea de la voluptuosidad en el contacto sexual que requiere la procreación, ya tenía el anatema furibundo de la Iglesia.

Había, pues, que hacer el amor de una forma bastante más animal que lo practican las bestias, porque éstas, como ya hemos dicho y es fácil observar, recurren a los necesarios métodos tumescentes naturales, puesto que son instintivos, para provocar el estado propicio a la primera fase de la fecundación. El género humano no tenía derecho a esa volptuosidad tan imprescindible: el amor había de ser sólo del espíritu, pero dedicando a Dios esa espiritualidad, y, pensando marido y mujer que, recíprocamente, no eran más que unas pobres y sucias bestias actores de la escena más repugnante e impúdica. Y sigue hablando Ligorio:

"Hay que hacer notar que entre los esposos son pecados mortales no sólo los actos impúdicos, sino también los actos púdicos siempre que no persigan otro fin que el placer de los sentidos... El coito y los contactos no están permitidos sino en la medida en que se destinan a la generación... A lo sumo pueden permitirse a los esposos esos besos y abrazos que autoriza la costumbre, a condición de que no sean exagerados ni se prolonguen durante un tiempo notable... Asimismo les está prohibido a los esposos, bajo pena de falta grave, deleitarse con la idea de un abrazo próximo, toda vez que esta deleitación les está prohibida en el momento mismo del abrazo... El uso del matrimonio es ilegítimo si se consuma de una manera inconveniente, como fuera del vaso posterior, aun cuando sólo se haga para preparar el coito normal. Es ilegítimo si se consuma en vaso natural, pero de modo inconveniente, como, por ejemplo, de pie, sentados o a modo de los animales o colocándose el hombre debajo de la mujer." Afirma también que la magnitud del pecado adquiere proporciones completamente imperdonables cuando la eyaculación se efectúa fuera del recipiente natural y si "la esposa, inmediatamente después del coito, se lava u orina con la intención de impedir la fecundación."

Vemos claramente que aquellos santos varones no sólo combatían al amor humano, sino que se pronunciaban decididamente en contra de la procreación. Para estos señores, Cristo y sus máximas no fueron más que un accidente sin importancia en la evolución espiritual de la humanidad. Pero estos conceptos tan bestiales no debemos analizarlos en este volumen, sino en el siguiente, donde con la extensión debida nos ocuparemos de la moral matrimonial según la entendían los padres de la Iglesia y aún la siguen entendiendo.

La virtud de la castidad, es incompatible con la realidad del amor, puesto que la finalidad perseguida tendía a reprimir en absoluto la voluptuosidad de los contactos sexuales, lo que fisiológicamente es



imposible admitir. Negarle al amor el goce fisiológico, es negar al verdadero Dios. La castidad sólo puede comprenderse en el celibato obligatorio y con guardianes de vista, impotentes o eunucos, como los de los serrallos turcos. Una joven que quisiera profesar, antiguamente era obligada a ofrecerse *desnuda* a su futuro divino esposo, pero completamente desnuda, exhibiendo ante la divina mirada de Cristo y la más humana de los confesores, todos los encantos de su cuerpo: (Lámina IV.) Pero esto no ocurre siquiera ni entre las prostitutas que por primera vez se ofrecen a un amante, en las cuales, un pudor naturalísimo, las impide mostrarse tal cual son. En este punto, no obstante, los teólogos reconocían que el desnudo femenino era casto, aunque para nada respetasen el pudor natural de la doncella.

¿Dónde está, pues, la virtud?... Porque es que en esos desposorios divinos, resulta que lo único que faltaba era la fecundación completamente fisiológica, ya que los placeres prometidos, según las confesiones de los místicos, eran más refinadamente voluptuosos que los que se experimentan en los contactos normales, donde se empieza por la ruptura de una membrana, por la dilatación de un conducto reducido y, como consecuencia frecuente, por experimentar otros trastornos orgánicos y psíquicos que pueden poner en grave riesgo la salud de la iniciada.

La virtud de la castidad podía definirse diciendo, que es la facultad de gozar los más refinados placeres sexuales, sin tocar para nada los órganos genitales o cualquier zona erógena de la piel. O sea, que en este ideal están permitidos todos los deleites del espíritu, absolutamente todos, aunque se traduzcan en "el repugnante derrame de la naturaleza", ya provenga de las glándulas vulvovaginales o de las testiculares. Nada de contactos con esos órganos: ¡ni para limpiárselos siquiera!...

Ya hemos estudiado las diferentes gradaciones del amor, y entonces se ha visto que el idealismo amoroso de los primeros años se manifiesta en muchos puntos semejante a los ideales de la castidad. Pero esta semejanza no se evidencia por razones de la voluntad, sino por hechos que dependen del instinto. A los amantes espirituales, no les quedan más que dos caminos para elegir: o ser católicos o ser cristianos. Si se sienten católicos, el amor les es imposible, y si quieren expresarse en cristiano, esto es, naturalmente, dejan de ser católicos para convertirse en "repugnantes pecadores" imperdonables. ¿Cómo es posible armonizar estos antagonismos? La armonía está en que durante los primeros días del noviazgo, en las fases preliminares, el mismo

instinto impone el acatamiento de las leyes de una castidad natural y biológica; obran, por decirlo así, de una manera instintiva. Mas lo mismo que esa castidad "voluntaria", esto es, el dominio de la inteligencia sobre el instinto, da por resultado una acentuada desviación del sentimiento sexual, así un sentimiento sexual inoportuno, la inteligencia encaminada a imprimirle un impulso extemporáneo, se traduce en otros igualmente malos resultados. Para aclarar este complejo diremos, que resulta un fenómeno idéntico al que se opera cuando el acto sexual se realiza sin que intervengan excitaciones psíquicas y sí sólo mecanismos físicos.

Claro es, que en tal caso, puesto que no se advierte la identidad o la cohexión de las dos energías, no puede decirse que el amor espiritual o psíquico exista, siendo entonces inadecuado hablar de la verdadera virtud biológica de la castidad.

A las expresiones castas de una novia primeriza hay que agregar la influencia de los factores sociales. Pero también esa actitud tiene su natural fundamento, puesto que aun no ha "llegado la hora" en que el instinto pueda manifestarse, y esto en virtud de que la evolución de las emociones sexuales se opera con más lentitud en la mujer que en el hombre. Suponiendo que este proceso se haya desarrollado con arreglo a las prescripciones todas, nos queda por aclarar hasta qué punto puede ser compatible el sostenimiento de una actitud casta en el sentido puro de su significación. El hombre que se enamora de una mujer, jamás puede conservar incólume el propósito de castidad: más pronto o más tarde, terminará por orientarse prácticamente, puesto que en otro caso, la mujer no le hubiese atraído jamás: esto es de una lógica abrumadora. Pero puede ser que la mujer, más idealista en su ignorancia de la verdad del amor, crea ciegamente que el amor hacia un hombre ha de ser tan divino como el que le hubiese inspirado el santo de sus devociones, un amor místico, reposado, libre de impurezas de todo género...

Y se dispondrá a amar a su amante terrenal con esa fruición idealista que antes dedicaba al santo, en éxtasis, en tiernas miradas, en pudicos abandonos de todo su ser: su amante será su dios. ¿Pero opina él lo mismo? Esta es la gran desarmonía: este es el gran contraste. La muchacha ha pensado que al cabo de cierto tiempo de matrimonio tendrá el placer de acariciar a un hijo, un hijo que parirá lo mismo que la virgen María. La pobre criatura es tan idiota, que difícilmente se la podrá convencer de que está equivocada con ese concepto místico que tiene de la virginidad.



¿Es este el tipo de casta enamorada que place a los moralistas religiosos? En efecto, no es posible otra concepción que se aparte un ápice de esos enunciados. Pero no es justo que olvidemos al enamorado. Al principio, en esa actitud mística de su adorada, habrá encontrado el marchamo de garantía de su pureza virginal, de su ignorancia de todo, de su bondad exquisita también... Aun se sigue creyendo que la bondad y la virginidad son sinónimos, como si detrás de la membrana himen no pudieran ocultarse unos ovarios de función deficiente o nula, de lo cual depende, en la gran mayoría de los casos, el equilibrio de las manifestaciones afectivas.

Pero en fin; el galán cree que es buena porque es casta y que es casta por ser virgen. En ese periodo preliminar, con estar cerca de ella y mirarla a los ojos largamente, ya está satisfecho: los dos son castos... hasta que él se cansa de serlo y, lo que es más grave aún, "sin querer", sin darse cuenta del alcance que el criterio amoroso de la casta puede tener el beso la caricia que, instintivamente, "sin poder contenerse", como a impulsos de una fuerza misteriosa y desconocida, acaba de realizar. La reacción de la "ofendida" será tan violenta, que el pobre hombre creerá de buena fe que no ha habido motivos bastantes para justificar esa desproporción entre la causa y los efectos. Esa reacción enérgica le parecerá que a más de haber sido una manifestación de la castidad ofendida, tomó parte de su origen, no en el himen, o sea el candor virginal, sino en los ovarios, que en este caso, al menos en el concepto masculino, tienen la propiedad de aumentar de volumen...

Sea como fuere, cuando la joven es una casta tipo Ligorio, en aquella indiscrección del amante no advierte otra cosa que la realidad de un grave pecado de la carne. Se acorazará en su convencimiento como una tortuga en su concha, y las relaciones amorosas seguramente quedarán rotas para siempre. Por fortuna, como una mujer de esta contextura moral no es capaz de inspirar pasiones vehementes, él se retirará persuadido de que aquella criatura en la que ya empezaba a cifrar ciertos anhelos voluptuosos, no estaba hecha para otro amor que no fuese del cielo y de los altares. Naturalmente, tampoco ella puede lamentar la separación, siendo fácil que siga aferrada a su amor por el santo bendito, hasta que llegue un confesor piadoso que prácticamente la obligue a salir de su estúpido ensimismamiento.

Por muchas vueltas que le demos al tema, la importancia biológica de la castidad no la encontramos por ninguna parte, a no ser que se

la busque en las fases preliminares del galanteo. No cabe duda que la castidad y su hermano el pudor, constituyen la base fundamental de la atracción sexual, pero solo en una medida prudente y sin que tampoco queramos hacer de esos elementos el eje de todo el problema, de donde se deduce que el célebre ideal, traido al plano de la actualidad, apenas si brinda al observador motivos suficientes para dedicarle una atención elemental siquiera.

Siempre han vivido en pugna la castidad y el amor, y en los tiempos que corren con más razón que en los que ya pasaron. Pero esto es difícil, dificilísimo, por no decir imposible, conceder a la castidad "antibiológica" la transcendental importancia que la atribuyen los venerables varones de la Iglesia romana, enemigos del amor sexual, aunque devotos de los lúbricos placeres del espiritu, que no son más que refinamientos sexuales que entran de lleno en las normas excepcionales de la perversión.

Modernamente, el concepto de la castidad ya se basa en otros ideales que nada tienen que ver con la observancia de esas reglas. Los teólogos se han convencido, aunque al cabo de muchos siglos de incesantes predicaciones, que los humanos son de carne y hueso, como los animales si se quiere, y dotados de una inteligencia que no pueden emplear en las ideas ultraterrenales más allá de una medida que armonice lo más exactamente posible con las leyes naturales. Quienes parecen construidos de materiales muy semejantes, dicen que son castos en el refugio de los conventos y monasterios. Pero esto lo dicen aunque a veces no lo prueben, porque siempre fué más fácil afirmar una cosa que traerla al terreno de la demostración.

Esta afirmación no quiere abarcar los amplios conceptos de una regla general, ni tampoco ponemos en duda que haya hombres y mujeres completamente castos en ese sentido absoluto del ascetismo. Pero si esa castidad no está compensada por otros placeres, ¿para qué les sirve? Porque estamos seguros, o por lo menos así se afirma, que si Dios es justo, con observar las leyes morales y naturales en una buena armonía, no es preciso mortificarse para alcanzar la gloria, porque, sinceramente, un dios que es todo bondad, todo dulzura y todo comprensión, no puede ser nunca un mostruo vengativo que libre pasaporte hacia las regiones del eterno martirio a un hombre y a una mujer que se hayan besado ardientemente en la gloria delicioso de un espasmo de amor.

## EL EROTISMO DE LOS CASTOS

**Diferencia entre castidad y ascetismo.—La mezcolanza de lo divino y lo humano.—Disección de la castidad.—¡Cuatro veces en una noche!.--Procedimientos para ser asceta.--El carácter.—Castidad de los artistas.—El vago no puede ser casto.—Valores eróticos.—Errores masculinos. La moral de hace tres lustros.—Conceptos modernos.—El cinturón de castidad.--Anécdotas curiosas.--La actitud de las damas medievales.--Los amantes tontos o el "menage a trois".**

Hasta ahora hemos venido hablando de "castidad" y "ascetismo" mezclando ambos términos y confundiéndolos también, por la razón de que si etimológicamente no son iguales, en la práctica quieren ser lo mismo. Los teólogos hablaron primero de ascetismo, y como esta doctrina no fué posible imponerla a todos los humanos, optaron por hacer propaganda de la castidad, que si bien no quiere comprender a la abstinencia sexual absoluta, resulta que la impone, porque las condiciones en que debieran llevarse a cabo los actos sexuales, según el ideal, para no pecar mortalmente, son algo así como un suplicio infinitamente más grave que las consecuencias de la castración completa. Así pues, los hechos nos demuestran que es preferible gozar aunque se peque, que no pecar aunque no se goce. Dice Ellis que, "bien entendido, el ascetismo resulta ser una disciplina moral, un entrenamiento que conduce a un fin ulterior. Si forzosamente encierra la continencia perpetua—añade—, ya sea por imposiciones de un dogma religioso, ya por mera superstición y *fetichismo*, pierde su base natural y deja de ser una virtud moral, por la misma razón que nos hace decir que la moderación que guarda un encarcelado no tiene vlor alguno en la vida. Para ser natural y moral, el ascetismo deberá tener un fin ulterior distinto de si, y fuera de si tendrá que ser subordinado a los fines de la actividad vital, que no

pueden ser utilizados ni servidos por personas que sostienen una lucha continua con sus instintos naturales."

Abundando en las razones que el sabio psicólogo expone, quien a pesar de todo, se muestra un poco tibio cuando debiera ser más implacable, podemos decir que del ascetismo, ¿qué es lo que queda? Su utilidad "moral", no la encontramos por ninguna parte, ya que el fin del ascetismo es... el ascetismo erótico.

Es muy cómodo, por lo que se ve, para los teólogos, hacer esta mezcolanza de lo más alegremente humano con lo más seriamente divino, para permanecer en una postura "impecable". Gozan de la carne con la máxima intimidad posible, puesto que no necesitan de contactos sexuales con otra persona. El disfraz, está en eso que llaman "deleites espirituales", que tanto se asemejan a los que en los burdeles pueden proporcionar las prostitutas al pobre pecador que no quiere entender de estas cosas, por la misma razón de que los "divinizados" tampoco comprenden los asuntos más deliciosos y a la vez morales de la humanidad.

Y vamos a hacer la disección de la castidad en "el mármol frío" de media cuartilla. Sólo podemos admitir su enunciado, humanamente hablando, cuando se refiere exclusivamente al aspecto erótico. ¿Que es un contrasentido? No, lector: trataremos de explicarlo. La castidad es, como si dijéramos, la prolongación de ese estado de pureza que se desprende de la ignorancia, y que, modernamente, apenas dura más de los diez primeros años de la vida de los seres, si bien la mujer, la niña, en algunos casos, al llegar a los siete años ya sabe establecer una diferencia atinada entre la pureza y la castidad. Pero cuando se pasa de esos primeros años y así se llega poco menos que a la pubertad, entonces, lector, esa pureza tan simpática de la infancia pasa a convertirse en imbecilidad. El vulgo, gran maestro y gran psicólogo, ha llegado a esa época, con mucho acierto. "la edad del pavo".

Luego si el joven o la muchacha continúan de tal guisa, desorientados, inertes, sin saber que tienen sexo—bueno, esto es una suposición—, ¿no es más justo decir que son estúpidos que asegurar que son castos?... Pero estos castos virtuosos, ¡ay!, tardan bien poco en convertirse en pervertidos viciosos, que después de todo, es lo mismo que les ocurre a los castos de profesión.

La diferencia entre el ascetismo y la castidad, no es más que ésta: el asceta hace oposiciones a una plaza en el escalafón del cielo y el casto es un hipócrita, que, a lo mejor, se conforma con ser pre-



ANATOMÍA (CUADRO DE REMBRANDT)

Los antiguos teólogos envolvieron en sus doctrinas a todas las actividades humanas, hasta el punto de que el artista no dudaba en desvirtuar la pureza de los modelos, aunque fuesen cadáveres, con tal de no atacar el concepto del dogma.

LAMINA V



MARÍA MAGDALENA

Después de una vida un tanto desordenada, consiguió ser santa, buscando en el trabajo un remedio a su sexualidad exaltada y el camino más corto para llegar hasta Dios.

LAMINA VI



sidente honorario de cualquier obra pía o vocal de una "juventud" católica. Claro es que hay muy honrosas excepciones de maridos que no pueden acostarse con su esposa a no ser que ésta se ponga el camisón con el agujero, sin perjuicio de que ella se deje querer por un apuesto mancebo, y él compita con su hijo en la sabrosa faena de pellizcar a la criada por los pasillos.

Pero para que no se nos echen encima los malpensados, diremos que, a pesar de todo, creemos en la castidad. Sí. Pero en una castidad que se derive del conocimiento práctico y perfecto del amor sexual, apoyada en un ideal fuerte, como ocurría entre los primeros cristianos—y no discutamos el ideal mismo—, o para sobreponerse al imperio exagerado del instinto sexual, que no siempre dicta las reglas más ordenadas para su mejor expresión higiénica, o por otra parte, para, en la teoría y en la práctica, tratar de las cuestiones sexuales con la seriedad y el respeto que merecen, por afectar a lo más noble, bello y santo de nuestro cuerpo. Ahora bien, no hablemos de la castidad esa de los teólogos: jamás nos cansaremos de repetirlo. Y conste que estos señores llegaban a unos límites tan extremos, que yo, francamente, no aconsejaría a nadie que me consultase: El pintoresco Ligorio decía que, en principio, cada esposo no tiene derecho a negarse al deseo de su cónyuge hasta un límite "de cuatro veces en la misma noche", a condición de que el fin de hacer hijos sea la única finalidad de ese "acto vergonzoso".

¡Cuatro veces en una noche! Y esta ansiedad de "hacer hijos", ¿es compatible con la castidad verdadera? Yo creo que no. La moral teológica daba a las mujeres unas armas imponderables en relación con las que los hombres esgrimen, que jamás pueden valerles para una mediana defensa. ¿No intervendría alguna mística en la redacción de estas leyes?...

Era moral y era casto pasar una noche en vela, hasta que la señora pronunciase el ¡basta! Pero todo había que hacerlo muy serios los dos, sin entornar los ojos siquiera, ya que mostrar toda la esclerótica, era un pecado mortal. Y nada de caricias, ni de besos, ni de mimos: los esposos habían de comprender que no eran otra cosa que máquinas de hacer hijos, pero no hijos del amor, que son siempre los más bellos, sino hijos de la castidad, de la imbecilidad y del egoismo.

La fisiología, infinitamente más útil que la teología, nos demuestra que no hay caricias perversas ni condenables cuando el amor anda de por medio. Y si la fisiología no lo dice claro, es porque aun existe

el temor a pecar entre muchos de sus explicadores. Rembrandt, cuando pintó su magnífica *Anatomía,* que reproducimos (lámina V), creyó oportuno cubrir piadosamente los órganos genitales del cadáver que sirvió a los médicos para el experimento. Esto, que yo sepa, no ocurre en ninguna facultad de Medicina, porque el cuerpo que se utiliza jamás es profanado con miradas que no sean aquellas que sirven al experimentador para apreciar en la masa inerte las dolencias o defectos que le llevaron al fin de la vida, con la noble intención de enriquecer la ciencia que abnegadamente pone al servicio de la humanidad. Pero, antiguamente, la sexofobia teológica era tanta, que tampoco era moral descubrir los órganos sexuales de un cadáver e incluso operar en ellos.

Yo admitiría el ascetismo como disciplina moral, pero ello después de que el individuo conociese los deleites sexuales en sus manifestaciones más felices, pues de otra forma, no sabiendo a lo que renunciaba por otras referencias que las puramente instintivas, mal podríamos decir que esa abstención tuviese un mérito indiscutible. Conociendo esos goces del espíritu y la carne juntos, fácil es comprender que quien se sobrepone a la ansiedad de experimentarlos de nuevo, educa su voluntad con disciplinas enormemente severas, y esa voluntad, ya educada, podrá servirle para el logro de otros ideales. Pero... ¿qué digo? Si sabemos que el impulso sexual de un hombre perfectamente sano es superior a todas las energías de su inteligencia, el que lleva la voluntad hasta el extremo de acallar ese instinto, ¿de qué no será capaz en los demás órdenes de cosas?... Por eso los ascetas, que no tenían otra cosa que hacer que dedicarse a su ascetismo, se iban con sus ideales a los ardientes desiertos, donde no podían ver a nadie ni era posible que encontrasen enemigos de la "carne" más que en la multitud de piojos que les acompañaban en estas místicas y descabelladas aventuras. Si en vez de hacer estas locuras en los desiertos de la Arabia hubiesen tomado el partido de realizarlas en los desiertos polares, es fácil que no experimentasen aquellas emociones que en tan grave riesgo ponían a la lealtad de sus propósitos.

En estas condiciones, no cabe duda que es bien fácil ser asceta; por el mismo procedimiento tampoco le hubiese resultado difícil ser casta a Mesalina, ni a José María *el Tempranillo* el más fiel defensor de la propiedad. Pero, ¡ay de los tres si hubiesen vivido juntos siquiera ocho días seguidos!...

Yo no puedo estar de acuerdo con aquellos autores que sostienen



que la castidad es un medio de fortalecer el carácter; soy de opinión que el que se impone los métodos de castidad, ya tiene el carácter suficientemente fortalecido y la voluntad bien templada, a no ser que les falte algún detalle para ser normales, aunque, no obstante, no creo les resulte fácil remediarlo en la sola disciplina del sexo.

Ellis dice de la castidad, que "aparte sus funciones y misión en educar y fortalecer el carácter, en elevar y ennoblecer la vida erótica y en ayudar a la realización de los deberes sociales y de la familia, la castidad tiene además un valor especial para aquellos que cultivan las artes". Habla, además, de muchos escritores que aunque sus obras fuesen libertinas, su vida podía considerarse realmente casta, por lo que trata de afirmar su opinión de que la belleza erótica de esos escritos sea el resultado de la castidad de su autor.

Ciertamente, esta contradicción es un hecho innegable, pero no sólo puede apreciarse en los escritores eróticos, sino que se extiende a todos los artistas entregados a un trabajo mental intenso, si bien en momentos de máxima excitación intelectual, de gran esfuerzo psíquico, pueden experimentarse violentos deseos sexuales, como ocurría a los místicos que tan sinceramente nos revelan sus emociones. Por propia experiencia además, puedo asegurar que esa castidad no representa el más mínimo sacrificio para estos supuestos castos: es, ni más ni menos, una inhibición del deseo sexual, tal vez porque el temperamento del artista sea más "artístico" que "erótico", o bien porque la necesidad de desarrollar un trabajo que se ejecuta dentro de la mejor disposición espiritual, lleve en sí cierto placer que equivalga a un desahogo psicológico, no faltando más que el placer de los sentidos para hacer completa la emoción.

Esto representa una prueba de la gran importancia que en la sexualidad específica tiene la psique. Luego no podemos admitir, con Havelock Ellis, la afirmación de que "los maestros de todas las artes más intensamente emotivas, cultivaron en alto grado la castidad", siendo más correcta la definición si decimos que quienes se dedican a esas artes emotivas suelen experimentar muy de tarde en tarde deseos sexuales muy fáciles de satisfacer, y hasta añadiría que la congestión de los órganos genitales, esto es, la erección del pene, subsiste durante un tiempo mucho mayor que lo que dura la excitación puramente física. Conste que no sólo hablo por experiencia de mi vida conyugal, sino que tal es la opinión de muchas personas que se encuentran en condiciones semejantes a las mías, aunque nuestros trabajos no sean tan intensamente emotivos como los que alude el tra-

tadista inglés, pero que, no obstante, requieren una atención intensa y continuada. Así pues, la castidad no es una causa, sino más bien un efecto.

La castidad es perfectamente compatible con cualquier trabajo que lleve consigo un desgaste de cualquier naturaleza, mental o físico. Se ha dicho, desde hace infinitos años, que la ociosidad es la madre de todos los vicios. Y si esto está plenamente demostrado, ¿no podemos cambiar la oración por pasiva para explicarnos las causas más importantes de muchas virtudes, y entre ellas la castidad? La holganza en cualquier sentido, tiende a producir estados especiales de erotismo. La falta de desgaste natural de todas las energías orgánicas, da lugar a una acumulación excesiva de elementos innecesarios que estorban, que dificultan la función de esos mismos órganos. Sólo después de los descansos prolongados, es cuando el individuo responde más fácilmente a cualquier clase de estímulos, lo que lógicamente justifica la conveniencia del descanso mismo. Pero donde más se reflejan estos hechos es en la esfera sexual. Si admitimos que aquellos ascetas, místicos y castos no experimentasen deseos sexuales "normales", era debido a la constante excitación a que tenían sometido su espíritu, pensando en Dios, en las glorias celestiales o en su orgullo de saberse opositores a santos. En esas exaltaciones psíquicas, a la evidente voluptuosidad de la fe, había que añadir los placeres autoeróticos de que nos hacen mención ellos mismos.

Pero estos candidatos al bienestar eterno, aunque desde luego no hiciesen nada verdaderamente útil, no por eso vamos a decir que no trabajaban: su imaginación estaba sometida constantemente a la voluntad de rechazar las tentaciones de la carne, del demonio, de los pensamientos exclusivamente eróticos. Y yo diría más: más o menos conscientes, esta intensa labor intelectual iba encaminada, sea por lo que fuere, a procurarse placer sexual: luego no puede decirse que no trabajaban. Y si no, que un hombre normal intente obtener los deleites de un coito psíquico, y entonces verá si la faena es difícil o no...

Pero el vago profesional, aunque apenas se diferencia del asceta o del casto de profesión, sabe que no pesan sobre él prohibiciones de ningún género en este orden de cosas. Lo único que le preocupa es la satisfacción de los dos instintos poderosos: el sexual y el de nutrición, ya que aquél se sirve de los buenos oficios de éste, y como quiera que no sufre desgaste alguno ni mental ni físico, los instintos más fuertes exigen su recompensa compensadora. María de Magdalena dió bastante que decir a las comadres de su época por la vida di-



soluta que llevaba. Claro que después, al decir de malas lenguas, cierta poderosísimas influencias la hicieron llegar hasta los altares. Pero antes necesitó de un entrenamiento ascético bastante intenso, dedicándose a la meditación y a todas aquellas cosas cristianas que tanto contrastaban con su vida anterior, y que, naturalmente, la tenían tan ocupada, que no le dejaban tiempo para otras delectaciones. (Lámina VI.)

Por muchas vueltas que demos, siempre se llegará a la conclusión de que a la castidad le ocurre lo mismo que a la mariposa: se vé atraída por la luz del fuego; va hacia él, pugna por apartarse y termina por abrasarse las alas. La castidad es lo mismo que la mariposa: el fuego es la sexualidad.

Por otra parte, la castidad tiene otros valores eróticos mucho más naturales y estimables desde el punto de vista biológico, aunque carezcan de importancia moral, al menos en los pueblos civilizados. Se observa el caso curioso, de que la castidad se asocia siempre al estado virginal de la mujer: muchos hombres no conciben que se puede ser casto sin ser virgen, y virgen sin ser casto. Pero cuando el que se dispone a amar se tropieza con una muchacha púdica que es objeto de su atención, tan pronto la ve bajar los ojos ante una de sus miradas, ya es capaz de asegurar que aquella criatura es casta, y, por lo tanto, virgen, aunque es fácil que tenga tanto de lo uno como de lo otro. La mujer conoce estos asuntos o por sí o por su señora madre, que a lo mejor tampoco vive ignorante de ciertas intimidades de su hija que no pudieron ser oportunamente reparadas. Menos mal que la castidad se finge maravillosamente, y a una muchacha que haya pasado de esa "edad del pavo" de que antes hablábamos, bien sencillo puede serle fingir a todas horas que acaba de salir de un colegio de ursulinas, aunque en realidad la hayan expulsado de un convento de arrepentidas.

Ya hemos hablado bien extensamente de la virginidad y de la importancia social, económica y erótica que representa para el hombre la posesión del célebre y frágil signo por la mujer a quien intenta unirse en matrimonio o en concubinato. Y como el signo externo de la virginidad quiere el hombre que esté en el gesto, en el ademán y en la conducta, de ahí que no sea posible llevarle la contraria por su pretendida, como uno de los pocos aspectos en que la mujer muestra su identidad de pensamiento con el hombre.

No hemos de insistir, por lo tanto, en hablar nuevamente de la virginidad, pudiendo resumir todos los conceptos diciendo que en

muchos pueblos salvajes la castidad prenupcial de la joven no obedece a ningún ideal más elevado, que al convencimiento que posee de que siendo casta encontrará marido mejor que si no lo fuera, y eso por la razón demostrada de que el hombre no acaba de desasirse de la idea de que la mujer, por ser más débil, debe de constituirse en propiedad exclusiva del varón, y en propiedad íntegra que nadie más haya hollado. Westermark afirma que la preferencia dada a las vírgenes tiene un fundamento biológico, siendo el sentimiento instintivo y celoso del hombre, que le impulsa a rechazar a la mujer que ha tenido contacto sexual con otros hombres, y "sobre todo el encanto erótico que para los hombres tiene ese estado de timidez emocional que acompaña a la virginidad".

Esta teoría, que no puede admitirse en términos generales, sigue siendo el fundamento de las apreciaciones que se hacen acerca del caso, y muchos autores la reproducen para apoyarla, entre ellos Havelock Ellis. Yo, sinceramente, la rechazo. Ese sentimiento instintivo, ¿comprende por igual a todos los hombres de la tierra? No. Al hablar de la importancia de la virginidad, hemos visto que en muchos pueblos no sólo no se la aprecia como virtud, sino que se la desprecia, por la razón erótica de que una mujer que conserva la virginidad se la debe a que no ha sabido inspirar deseo a ningún hombre. Tampoco es "instintivo"—porque al serlo abarcaría a todo el sexo masculino, y no es así—el deseo de apreciar ese estado de timidez emocional de que nos habla, que nunca evidencia la virginidad en un grado absoluto, ni la castidad siquiera. El hombre que sea capaz de advertir en las apariencias de castidad un estado emocionl sincero y, además, pueda garantizar esa integridad, necesitaría ser un gran psicólogo antes que un enamorado.

Es preciso establecer las diferencias naturales al hablar de estas cuestiones, ateniéndose, principalmente, a los distintos grados de civilización. Por esta razón he de mostrar mi disconformidad con aquellos tratadistas que sostienen, sin que acierte a explicarme las razones, que a medida que desde los pueblos salvajes ascendemos en nuestras observaciones hasta llegar a los civilizados, la importancia erótica de la castidad disminuye de valor. Como no escriban en futuro, en presente no ocurre así; insisto en afirmar que la virginidad y la castidad "parecen", aunque no lo son, términos equivalentes, refiriéndome, sobre todo, a los pueblos civilizados.

Comprendo, no obstante, que de tres lustros a esta parte la moral sexual ha evolucionado de tal forma que está desconocida. Hace tres



lustros, los que teníamos precisamente esa misma edad éramos tan castos, estábamos tan en la "edad del pavo", que nuestros ídolos varones eran los organilleros que en las calles de Ceres, Tudescos y Jacometrezo—por fortuna ya borradas del mapa urbano—eran los sultanes de aquellos harenes que a nosotros nos parecían los más fantásticos templos de la voluptuosidad. Pero hoy, los que nacieron hace quince años saben por experiencia que estábamos equivocados, porque los "planes" se presentan en los cines, con menos peligros y mucho más baratos. No obstante, todos parecemos castos de los pies a la cabeza, y la castidad de la mujer, aunque sea totalmente virgen desde el punto de vista anatómico, ya no es "el perro guardián de la propiedad del hombre", como dice Mona Caird en *La moral del matrimonio*, escrita hace treinta años.

Otro detalle de la importancia erótica de la castidad femenina —de la masculina, ni hablar siquiera—, ya discutido desde otro punto de vista, es lo que se refiere a la actitud defensiva de la mujer en el galanteo. Naturalmente, cuanto más se recluya en esa concha, más deseos hay por parte del hombre por verla sacar la cabeza, ocurriendo lo mismo en la vida conyugal, y eso por la simple razón de que, para experimentar más intensamente el placer sexual, es preciso que la excitación se extienda por todo el organismo psíquico. Esta castidad moderna que tanto se diferencia del concepto degradado de los católicos de otros tiempos, no cabe duda que armoniza perfectamente con las necesidades y excitaciones de la civilización, y, por encima de todo, con los imperativos categóricos de Nuestra Señora Naturaleza.

La castidad moderna, al menos en el sentido que nosotros la admitimos, no debe interpretarse como una indiferencia absoluta ante las cuestiones sexuales negándonos las satisfacciones a que tenemos derecho, sólo por sistema, por un concepto equivocado de la moral o por una imposición arbitraria de los convencionalismos. Lo que sí consideramos higiénico y moral es no hacer un derroche inmoderado de esas energías sin que existan las necesarias excitaciones que impulsan a los sexos a manifestarse en todo su esplendor. No hay duda alguna que, cuanto más nos contengamos, cuanto más retardemos el instante de satisfacer esos deseos, el resultado erótico será más acentuado; pero esto no quiere decir que se llegue a extremos exagerados y contraproducentes, porque cuando la naturalezza no experimenta el alivio que le proporciona la voluntad del individuo, ella misma sue-

le tomarse la justicia por su mano en esas manifestaciones autoeróticas debilitantes que a todo hombre preocupan.

El hombre o la mujer que no son castos en este sentido exclusivo y se entregan a los deleites del sexo provocando intencionadamente la necesaria tensión, no tardan en arrepentirse de su conducta errada. La virtud llega hasta ahí, pero de ahí en adelante todo cuanto venga es vicio. Muchos pervertidos sexuales, aparte de las dolencias que su imprudencia puede acarrearles, optan por los deleites del homosexualismo, recurren a las drogas excitantes, a los afrodisíacos, y, por último, al médico en demanda de la curación de una impotencia que, en la mayor parte de los casos, no suele tener remedio.

Por otra parte, al constituir la castidad un medio exclusivamente erótico, puesto que equivale a una espera que hará infinitamente más feliz el arribo a Citerea, ¿no es preferible esta táctica a ese método de desgaste desordenado de energías sexuales que nunca pueden proporcionar deleites igualmente intensos?

Los señores de la Edad Media, en quienes los ideales de castidad y ascetismo no constituían más que conceptos anticuados e impracticables, se dieron al libertinaje con un ardor digno de mejor causa. La célebre ley del embudo la tenían ellos en la mano, aunque no dejaban de reconocer ese valor erótico de la castidad, del que, no obstante, prescindían generosamente para imponerlo a sus mujeres, que, quieras que no, habían de pasar por las horcas caudinas de las justas desconfianzas de sus maridos. Y eso que no pasaba un solo día sin que cumpliesen son sus piadosos deberes, siempre ayudadas por los santos confesores, cuya santidad no parecía ser incompatible con los mandatos de la naturaleza, a juzgar por lo bien que se llevaban con sus señoras.

Así surgió en la historia sexual de la humanidad un aparato denominado por su inventor "cinturón de castidad", endiablado chisme del que el marido guardaba la llave... y la mujer la cerradura. (Lámina VII.)

No obstante, el origen de esta "prenda" es bastante más antiguo, puesto que realmente, quienes primero lo aplicaron a sus casquivanas esposas fueron los primitivos persas y armenios. En El Cáucaso, como hemos dicho en otro volumen, tan pronto como la niña deja de serlo se la cose una especie de faja de piel de oveja a su propia piel, faja que el marido descose a punta de cuchillo la noche de las nupcias. Pero como en todo tiempo se ha dicho eso de que "hoy las ciencias adelantan...", en la Edad Media se perfeccionó el invento persa,



cuyo empleo no era tan doloroso, puesto que ya no era necesario herir la carne de la casta a la fuerza.

Se dice que el perfeccionador del curioso aparato fué un tal Francisco de Carrara, construyendo una malla de resistente acero, que colocó a su esposa en la cintura, de forma que cubriese por completo la zona genital y hasta el orificio anal. Los extremos de la red coincidían en el asa de un candado, cuya llave guardaba el marido. Las funciones fisiológicas características de ambos orificios podían realizarse perfectamente, si bien siempre era necesario recurrir a las virtudes del jabón y el estropajo para dejar limpia la acerada malla. Un viajero francés vió en Italia un cinturón de esta clase, que se conservaba como una reliquia en cierto museo. "Es—decía—una especie de red de hierro, célebre por haberla utilizado cierto tirano de Padua para poner a buen recaudo su honor. ¡Aquella mujer debía tener mucho honor, porque la cerradura era endemoniadamente grande!"

Chapotin, que en su obra *Los defraudadores del Amor* (Jason, París), dedica un interesante capítulo a tratar de tan interesante cuestión; dice: "Este instrumento fué casi siempre inútil. Provocó muchas veces dramas y comedias. Un marido ultrajado mató al rival, que lo había descosido imprudentemente. Una estampa satírica, que lleva el título "El cornudo que lleva la llave y su mujer la cerradura", representa una mujer sentada en la cama que ofrece a un hombre, de pie ante ella, la llave del cinturón de castidad, mientras que, detrás de las cortinas, el amante sostiene una bolsa para pagar la otra llave que le tiende una criada.

"El duque de Ventadour, gran señor del siglo XVII, que era muy feo, se casó con la señorita de la Motte, que era muy guapa. Creyó poder descansar tranquilo resucitando la vieja estratagema medieval. "Puso un suizo en la puerta", dice Mme. de Sevigné en sus *Cartas*. Esta aventura inspiró a Lafontaine su cuento de la *Albarda*, a Boursalt su comedia *El candado o el celoso dormido* y a Nanteuil *El amor centinela o el candado forzado*.

"Brantome ha dicho que tales redes, cerraduras y cerrojos, son abominables y detestables enemigos de la multiplicación humana.

"Bien puede decirse que la popularidad de que goza el Museo de Cluny, de París, obedece, en gran parte, a la exhibición de los famosos cinturones con candado, que atrae una multitud curiosa y murmuradora. Muchas veces hemos podido observar que el público los miraba sin llegar a comprender cómo podían funcionar. En uno de

ellos, la oclusión está formada por un pico de marfil unido por una cerradura a un aro de acero provisto de una cremallera. El pico de marfil ajusta perfectamente, está abierto por una rendija longitudinal; la cremallera permite adaptar el talle al aro, que está cubierto de terciopelos para no herir las caderas. Se le sujeta en el sitio deseado dando una vuelta a la llave. Este cinturón es, según la tradición, el que Enrique II puso a su mujer Catalina de Médicis. Pero cabe preguntarse si su aplicación sería posible, siendo, como es, bastante pequeño, cuando la reina estuviera embarazada. El otro fué, según el testimonio de Merimée, traído de Italia. Está formado por dos placas de hierro forjado, grabadas, damasquinadas, con adornos de oro, unidas abajo por una bisagra y arriba por un cinturón de hierro labrado. La de delante lleva una abertura alargada y dentada. La de atrás tiene forma de trébol. Esta coraza desafiaba las tentativas más audaces.

"Hubo igualmente muchos otros modelos. Nicolás Charrier describe "un pequeño grillo de oro con cuatro cadenas de hierro cubiertas de espesos terciopelos. Dos de las cadenas sostenían al aparato por delante, y las otras dos por detrás. Los extremos de las cadenas se unían en un aro ajustado a la cintura, cerrado por medio de una cerradura de llave muy complicada".

"En 1750 hubo un proceso célebre suscitado por una muchacha a quien su amante había puesto uno de esos cinturones. El cinturón que se le había puesto tenía "la forma de un calzón bordado y tejido con varios hilos de hierro, que iban a terminar por delante en un candado, del cual el amante tenía la llave". Esta máquina sólo tenía una rendija erizada de puntas, que hacían inaccesible el orificio y que eran como otros tantos eunucos incorruptibles que guardaban la puerta de los placeres. Otro proceso proporciona una alegre anécdota a los amantes de esta clase de aventuras. Un rico tratante en mulas tenía una esposa, llevada de Francia, de la que estaba muy enamorado. Sin embargo, el mercader se enamoró al mismo tiempo de una joven bailarina gitana, a la que instaló en una casita de un barrio discreto y tranquilo. Aquel hombre, animado por unos celos incontenibles, que le hacían ver en todo joven un rival, buscó la forma de asegurarse la fidelidad de las dos mujeres y de excluir todo riesgo de ver a una de ellas deformada por una maternidad en la que no hubiera intervenido. Se hizo confeccionar por un cerrajero dos aparatos provistos de idéntica cerradura y obligó a ponérselos a las dos mujeres. Pero el cerrajero tenía la costumbre, cuando se trataba de obras delicadas, de



fabricar dos llaves para cada cerradura. Al darse cuenta de que no había dado al tratante más que una de cada aparato, fué a su casa a llevarle las de recambio, ignorando por completo a qué se destinaban los aparatos que había fabricado. La esposa recibió, por ausencia del tratante, las dos llaves, sin dar al asunto la menor importancia, pero se sorprendió un tanto al constatar que las dos llaves diferían bastante. Esta circunstancia despertó sus sospechas. No dijo nada de las llaves a su marido, y lo vigiló discretamente, descubriendo el sitio adonde iba casi todos los días, enterándose sin gran trabajo del objeto de sus visitas.

"La mujer se presentó en casa de la joven gitana con una cólera que pronto desapareció al darse cuenta de que su celoso marido había puesto a la joven un aparato parecido al que le obligaba a llevar. Esta era la explicación de las dos llaves enigmáticas. Las dos mujeres se mostraron igualmente indignadas. Pronto su simpatía no se limitó a sentir la misma indignación. Con ayuda de las llaves se pusieron en situación de demostrarse recíprocamente que si un hombre consigue fácilmente dominar a una mujer, debe renunciar a toda esperanza de salir vencedor cuando dos mujeres se ponen de acuerdo para burlarse de él. El tratante se presentó de improviso. Al ver la escena montó en cólera y pasó a vías de hecho tan graves, que fué detenido por la policía y sujeto al correspondiente proceso. Y en el juicio oral fué donde los jueces conocieron en toda su extensión lo sorprendente de la aventura."

Los teólogos, si no acababan de mostrar su conformidad ante estos procedimientos francamente brutales, tampoco los condenaban con tal de que las mujeres domasen a la "perra sensualidad" que las mordía en el alma, por cierto con gran complacencia de su parte.

Aquellos honestos maridos de la Edad Media, que concedían al cinturón de castidad la delicada misión de velar por su honor matrimonial, no se imponían a sí mismos tan severas disciplinas, sino que buscaban la satisfacción de sus apetitos sin salir de los castillos, entregándose a verdaderas orgías y bacanales en ausencia de sus esposas, cuyo tálamo no tenían inconveniente en deshacer en la amable compañía de cualquier barragana. Esta era la moral de la época. Una moral hecha para aplicársela a la mujer como un sinapismo, con todas sus feroces consecuencias, y, lo que aun es peor, infiriéndolas la injuria insoportable de aquellas sospechas de su fidelidad. ¿Por qué resultaba de todo esto? Naturalmente, como siempre ha sido una verdad incombatible eso de que la privación es causa del apetito, y ade-

más, que no hay nada como el hambre para aguzar el ingenio, y también que más discurre un hambriento qeu cien letrados, los tres adagios podían aplicarse a las damas de la época, las cuales demostraban cumplidamente que no son vanas las frases populares. Las cosas, cuanto más rodeadas de trabas estén, más codiciadas son siempre.

Las formas de matrimonio de por aquel entonces eran en absoluto independientes de las formas del amor. Apenas si pasan de ser meros contratos de compraventa para más afianzar el valor de las tierras, de los dominios o de los blasones, pero como entonces es cuando llegaba hasta la exaltación el concepto de que el honor matrimonial radicaba al lado del término del tubo digestivo de la esposa, de ahí que sin amor y hasta sin deseo los maridos se esforzasen en colocar aquellos guardianes ante los orificios excretorios de las castas esposas.

El mayor partido y la mejor substancia de estas imposiciones de la tiranía conyugal del medievo lo obtenían los juglares y trovadores, quienes envenenados de romanticismo se partían el pecho cantando y declamando bajo la luz de la luna con tal de expresar el vigor espiritual—e inofensivo—de su sexualidad pervertida. Los maridos toleraban esas idioteces de los copleros de la época con toda complacencia, puesto que el orgullo, que de todas sus cualidades espirituales era la mejor, se sentía halagado por aquellas preferencias de que era objeto la esposa, objeto de su propiedad, como les agradaba que elogiasen la gracia de movimientos de la jaca favorita para las justas y torneos. Esta exaltación del amor espiritual no era pecado en manera alguna: lo otro, la carne, ya era otra cosa; pero para combatir a este enemigo estaban los malhadados cinturones de castidad, que en aquellos tiempos eran bastante más estimados por el sexo masculino que hoy lo sean los juramentos de amor y eterna fidelidad.

Los galanteadores del verso y el laúd, cuya sensualidad no tenía límites más amplios, se conformaban con una mirada, una flor o un pañuelo. Pero aquellas cantatas, que lejos de aplacar el ardor de sus dueñas le hacía más excitable y exigente, no tenían otros efectos más nobles que preparar el campo a los servidores del castillo, que sabían aprovecharse cumplidamente de la llave o la ganzúa que la noble señora guardaba oculta para estos momentos de angustioso apuro.

He aquí en ellas las ventajas de tan forzada castidad. En primer lugar, la indiferencia del esposo, que no la amaba, en justa reciprocidad, y, por otra parte, la serie de dificultades que se oponían a la satisfacción de los deseos sexuales, eran la suma del valor erótico de



esa castidad. Por eso, cuando una castellana cogía por su cuenta a un apuesto y garrido doncel, dicen las crónicas de los autores festivos de la época que talmente parecían infernales máquinas de extraer al hombre la calor y el fuego de sus ardientes entrañas...

Tales son, expuestos a *grosso modo*, los deleites sexuales de la castidad en sus formas tan variadísimas como curiosas, que, como se ve, no se pueden comparar con los placeres del rezo y la meditación exclusivamente. Ni los novios ni los esposos pueden ser castos en la vida real; esto se queda para las propagandas teológicas y para los impotentes, porque, la verdad, los tipos como los amantes de Auvergne, no es posible que se den en la actualidad en el supuesto de que ambos tengan el alma en su almraio y la verdadera virtud en su legítimo lugar. Y para terminar el capítulo, vamos a reproducir la historia que escribió Gregorio de Tours titulada *Los dos amantes de Auvergne*, quienes, en principio, en nada se diferenciaban de nuestros amantes de Teruel—"tonta ella y tonto él", como dice el dicho popular—, y de todos los idiotas semejantes que en el mundo han sido.

La historia, pues, reproducida por Ellis, dice así: "Dos senadores de Auvergne tenían, el uno, un hijo único, y el otro, una hija única, a los cuales desposaron desde sus primeros años. Llegado que hubo el día de la boda, y una vez que el joven matrimonio fué colocado en la cama nupcial, la esposa, volviéndose de espaldas, rompió a llorar amargamente. El esposo la suplicó le dijese la causa de aquel llanto y desconsuelo, y entonces ella, en medio de grandes sollozos, le dijo que, aun cuando llorara toda su vida, jamás lograría desterrar de sí la pena que la embargaba, pues había resuelto conservar su cuerpo inmaculado para Cristo; pero la corona de rosas inmortales que tanto anhelaba ya no sería suya; había sido cambiada por aquella otra de flores mustias que pesaba sobre sus sienes, y en lugar del paraíso de dicha que Cristo la había prometido tendría que contentarse con la felicidad terrenal que el ser esposa de un hombre pudiese proporcionarle. Con lágrimas continuas y suave elocuencia deploró su triste suerte. Al fin el esposo, movido por sus dulces palabras, y sintiendo que, como ley divina, llegaría a su corazón el conocimiento de la verdad eterna, declaró a la doncella que, si ella deseaba abstenerse de todo deseo carnal, él la complacería haciendo lo mismo. La esposa, agradecida, le felicitó, y con las manos cogidas ambos conciliaron un dulce sueño. Durante muchos años vivieron juntos, compartiendo castamente la misma cama. Al cabo de algún tiempo murió la esposa, y su amado entregó su cuerpo inmaculado en manos de

Jesucristo. Poco tiempo después murió él, y su cadáver fué colocado en una tumba distinta y separada de la de su esposa, y entonces se verificó el milagro que puso de manifiesto la grandeza de aquel amor casto: los dos cuerpos aparecieron misteriosamente colocados en una misma tumba. Hasta el día de hoy, concluye diciendo Gregorio (escribía en el siglo VI), que las gentes del lugar les siguen llamando "Los dos amantes".

Como cuento clerical, aceptamos la estúpida conducta de aquellos amantes que constituían, con Cristo—siempre hay alguien a quien echar la culpa—, un original *menage a trois*. El marido, por lo visto, se hizo el tonto, quizás para no diferenciarse demasiado de todos los cornudos que lo son por su gusto o por su conveniencia, y si no se hizo el tonto, es porque ya lo era con anterioridad, no digamos a su matrimonio, sino al momento de su exclaustración del seno materno.

# MISION DE LA VOLUNTAD

**Educación de la voluntad.—La fe.—El franciscano lascivo.—Víctima, y no culpable.—Un religioso modelo.—Fuerza física y fuerza intelectual.—La gula y la lujuria.—El niño ante la castidad.—El peligro del orgullo.—Nadie confiesa que es casto.—Las castas que engañan.—Escasa influencia de la voluntad.—Hipocresía femenina. Poderosos y humildes.—Represión de los impulsos extemporáneos.—La opinión de Vachet.—La ausencia de la belleza, motivo de castidad.—La vieja ardiente.**

SINCERAMENTE, al llegar a este capítulo, he de reconocer que aun no hemos definido exactamente cuáles son las grandes razones en que puede apoyarse el ideal de la castidad. Pero esto no nos ocurre sólo a nosotros: les sucede lo mismo a otros autores imparciales, cuando no hablan bajo la influencia de los dogmas religiosos, cuyo es nuestro caso. Siendo la función sexual un imperativo de las leyes de la naturaleza, y siendo ese impulso orgánico el más poderoso de todos, ¿es posible sustraerse a su dominio con todas las fuerzas de la voluntad hasta que esa energía intelectual anule por completo a las potencias orgánicas?

¡Esta es la cuestión! La educación de la voluntad no es posible cifrarla exclusivamente en las funciones del sexo, sobre la mayor o menor capacidad erótica del individuo. Estoy convencido de que no es la función sexual lo que depende de la voluntad, sino que la voluntad, en los seres completamente normales, siempre está subordinada a las necesidades e incluso a los caprichos pueriles del sexo. Y aquí queríamos llegar: es necesario distinguir el capricho de la necesidad, lo imprescindible de lo superfluo, y entonces veremos que la voluntad puede educarse correctamente, sólo para reprimir los deseos superfluos, los anhelos innecesarios, pero nunca tendrá esa fuerza intelectual la suficiente energía para izar la bandera de combate y

entablar una lucha "normal" con las fuerzas, a veces indisciplinadas, del instinto. Para salir medianamente airosos en la contienda, los castos tendrían que atentar, hablando claro, contra su salud. Bueno, y esto, ¿para qué? ¿Qué fines pueden perseguirse más útiles que estos medios que se pretenden anular? ¿Es que la práctica sexual "ordenada" no es también compatible con todos los heroísmos? ¿Es que todos los héroes han tenido que ser castos? ¿Es que sólo los castos son los elegidos por Dios para triunfar en la tierra?...

—¡Ah!... ¿Pero y la fe?...—me dirá un moralista fosilizado.

La fe, señor mío, ya no es, desgraciadamente, de estos tiempos. Hoy, por fortuna también, el que se porta bien en este valle de amarguras, no lo hace por aspirar a la recompensa divina, sino porque está plenamente convencido de que quienes verdaderamente fiscalizan sus actos son sus congéneres terrenales, con los que tiene que vivir lo más a gusto posible, sin perder la línea moral de conducta más que en lo íntimo, en el terreno en que nadie, por dignidad siquiera, es capaz de admitir la ingerencia inoportuna y molesta del mismísimo Creador de tanta miseria; no olvidemos, señor, que somos obra de Dios, y si algunos llegamos a comportarnos muy bellacamente en esta vida, la culpa no es nuestra, sino de quien, teniendo tantos poderes en su mano, nos lo consiente. Somos, por tanto, *irresponsables*, término que en medicina legal quiere decir tanto como *insolventes* en lo civil. "¡Lástima de tribunal de la Santa Inquisición—dirá usted—, donde se asaron lindamente tantísimos herejes!" Pero, repito, por fortuna los tiempos son otros.

En aquellos días felices para los sectarios que tanto daño hicieron a la religión y a Dios, sólo era lícito fornicar en los conventos: el pobrecito marido que solicitaba a su mujer más de la cuenta, era denunciado por ésta y bien poco tardaba en dar con sus huesos en las galeras "del Rey, nuestro señor". ¿Y qué vamos a decir de los hombres de ciencia que fueron martirizados por creérseles complicados con el Gran Cornudo en infames contubernios? A la religión y a la ciencia les sucedió lo mismo que a la castidad y al amor: que vivirán siempre en pugna, porque esas dos verdades del alma y de la inteligencia no pudieron desarrollarse como era debido por culpa de esas grandes mentiras. Claro es que ni el amor ni la ciencia prestan ya gran atención a sus eternos rivales.

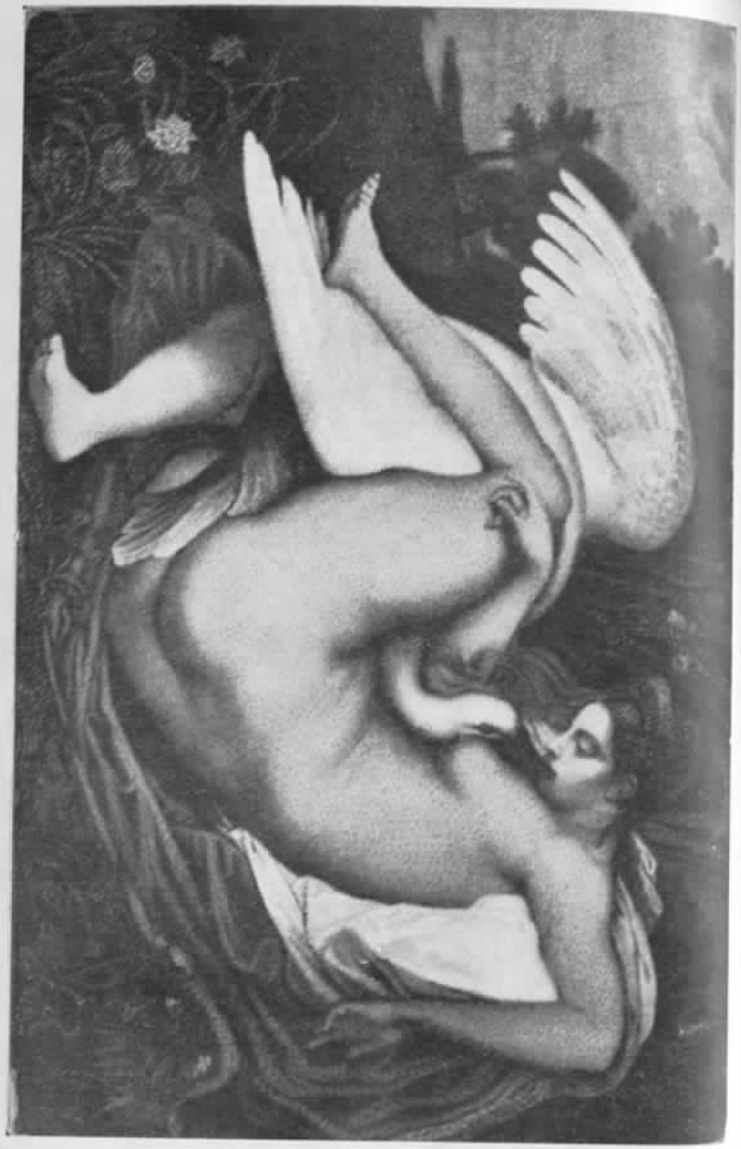
Aquellos religiosos de antes, lascivos y a la vez devotos, no podían decir que no armonizaban lo divino con lo humano, pero con lo más asquerosamente humano, como podría demostrarse con múltiples



EL CINTURÓN DE CASTIDAD

En los tiempos heroicos de la Edad Media, los maridos celosos no sabían cómo asegurar la castidad de sus mujeres, como no fuese por medio de este cinturón, de los que, si ellos tenían una llave, ellas se hacían de otra.

LAMINA VII



LEDA Y EL CISNE (CUADRO DE MIGUEL ANGEL)
La obscenidad de esta célebre escena mitológica constituyó el remedio insustituible en un caso de impotencia psíquica, producto de una castidad forzada.

LAMINA VIII



casos tan célebres que forzosamente hubieron de trascender al juicio público. En los archivos de la Dirección de Policía de París se conservan abundantes documentos referentes a estos hechos, y de los que Dubois Desaulle tomó abundantes datos para narrar sucesos como éste: "En 1748, Buenaventura Monier, llamado el padre Francisco, religioso franciscano, iba varias veces a la semana a un cabaret, en donde se juntaba con una prostituta de clase baja llamada San Juan. Ambos se quedaban hasta muy tarde en aquel cabaret, bebiendo, cantando y gastándose bromas. Frecuentemente el monje se iba a acostar con esta mujer a una casa sospechosa, cuya principal clientela estaba formada por buscones y busconas con sus clientes de paso. Esto no le impedía decir misa todos los días. El franciscano había alquilado un gabinete en casa de una madame Laporte, en donde habitaba con la San Juan. Madame Laporte tenía un yerno, Laclergerie, borracho y vagabundo, que habitaba un pequeño gabinete en la casa con una tal Angélica. En el cuarto piso vivían los esposos Vieillard, entregados a la embriaguez y al libertinaje. El padre Monier no podía haber caído mejor. Cuando estaba cansado de la San Juan o ésta se hallaba ocupada con un cliente y no podía recibirle, subía a acostarse con la Angélica. Cuando estaba harto de los placeres amorosos que dan las mujeres, se introducía discretamente en el cuarto de Laclergerie y los dos hombres se acostaban juntos. Con la San Juan, Angélica, Laclergerie y los Vieillard organizaron bacanales en casa de estos últimos. Todos ellos se emborrachaban, y su mayor diversión consistía en lavarse, hombres y mujeres, sus partes genitales con vino, que hacían beber al más borracho. Al día siguiente, el franciscano, con aire austero y recogido, se iba a decir misa a la iglesia del Espíritu Santo o de Santa Genoveva, edificaba a los fieles con su piedad, confesaba a sus penitentes y les sustraía unos cuantos lindos escudos."

En el caso de este religioso, que acaso no fuese más que un mero profesional, si no estaba tarado por cualquier dolencia mental, ¿por qué no hemos de creer que su voluntad era incapaz de intentar la menor reacción contra las manifestaciones del sexo? Su profesión no podía ser menos compatible, en buena moral, con el género de vida que llevaba. El torbellino del instinto le arrastraba hacia la práctica de todos esos hechos repugnantes que solamente serían piadosamente disculpados en virtud de una mala educación, de una ausencia completa de sentimientos de dignidad. Si tenemos en cuenta que los franciscanos, ahora y siempre, han sido hombres de verdadera austeridad,

como lo fué el pobrecito de Asís—aunque, naturalmente, siempre existen excepciones—, y, además, hombres de cierta cultura, de gran cultura en la mayoría de los casos, el padre Francisco, indigno de pertenecer a la comunidad de sus hábitos, se nos ofrece como un víctima mejor que como un culpable. Seguramente, en su existencia anterior a la época de tantas depravaciones es fácil que hubiese practicado el ascetismo con todas sus disciplinas, con arreglo a las prescripciones de la moral religiosa.

Y volvemos al punto de partida: la moral religiosa y la moral humana no pueden diferenciarse en nada, en aquello que se refiere a las cuestiones sexuales. Las religiones todas, y particularmente el cristianismo, no pueden tener la pretensión descabellada de erigirse en árbitros de la moral sexual de los demás, por el hecho de creer que cuentan con una moral propia, pues ésta es la misma, natural y racional, de creyentes e impíos. Mas esta cuestión será tema del volumen siguiente, por lo que tornamos a la materia objeto del presente capítulo.

En el religioso citado, nada tiene de particular que esa castidad que indudablemente se propuso observar en los primeros tiempos se tradujese al final en una exaltación inmoderada del impulso, en la satiriasis, una forma de demencia sexual que ha podido observarse con triste frecuencia en personas de ambos sexos que no tuvieron para nada en cuenta su temperamento al hacer los votos religiosos. Luego "él" no era culpable: la irresponsabilidad de sus actos tenía origen en la enorme responsabilidad que contrajo con su voto, acto mucho más consciente, si se nos permite decirlo así, que esos otros degradantes a que el instinto, sobreponiéndose a toda clase de convencionalismos, le impulsaba a cometer saltando por encima de todas las barreras de la moral y del ascetismo.

Por esto dice Vachet que "no es la oración ni la efusión mística sino la acción donde los castos más sensatos han hallado el remedio a la inquietud sexual, y es, ante todo, su cuerpo lo que van a combatir a lo lejos, bajo las tareas más rudas, esos misioneros cuyo valor y abnegación admiramos. Algunos sacerdotes, como el sabio canónigo Meunier, que fundó la Fonética experimental, o como ese cura parisino, doctor en Medicina, que prodiga todos los días sus cuidados a sus enfermos, han comprendido mejor que todos los demás que la religión más hermosa se halla en el seno del trabajo humano. Al laborioso, la castidad le resulta más ligera, porque lejos de convertirla en un ornamento de orgullo, no se ocupa de ella. Que esta grandiosa



imagen del trabajo que disciplina los cuerpos desde el momento en que se realiza con alegría, sea ya la de un bien remedio para la inquietud sexual, hija de una imaginación ociosa harto ocupada de sí misma."

Yo he conocido en Marruecos a un religioso franciscano de treinta y tantos años de edad, fuerte, sano, inteligente y bueno: un franciscano, dicho en una palabra. Este hombre, con el que me unía una amistad suficiente para llevar nuestras conversaciones por el terreno que quisiera, decía, honradamente, que no le pesaba su castidad, "porque no tenía tiempo de ocuparse de ella". En efecto, este gran idealista de la fe, pese a su edad y a las excitaciones naturales de la vida moderna, que no dejaban de observarse en aquel medio reducido de que hablo, jamás dió motivo a la menor murmuración, y eso que no contaba con la amistad sincera de todo el poblado, aunque su vida de trabajo constante y hasta de sublime abnegación no le bastase para atraerse el merecido respeto que inspiran los hombres de esta recia contextura moral.

Sus comidas eran frugales, sobrias, hasta insuficientes diría yo. En la capilla y Casa-misión donde habitaba con otro religioso, rara vez había más víveres que los necesarios para el día, por lo que si decimos que los dos santos varones pasaban hambre, no afirmaríamos nada inexacto. No he visto un complejo de cultura, de bondad, de inteligencia, de amor al prójimo, de humildad, sencillez y ardiente fe más evidentes que el que podía observarse en el buen padre Quecedo. Siempre fuí un convencido de que si todos los religiosos hubiesen sido de este corte, muy otro sería el concepto que nos merecería la iglesia de Roma.

En muchas ocasiones tuve pruebas, derivadas de la observación de este religioso ejemplar, de que la verdadera fe puede llevarnos a límites insospechados: lo noble es reconocer que no todos somos capaces de hacer otro tanto sin enorgullecernos de esos actos. En cierta ocasión, unos niños jugaban con un objeto que encontraron en unos desmontes; de pronto, ese objeto, que era una potente bomba de aviación lanzada hacía años sobre los moros rebeldes, explotó, y dos de los pequeños perecieron horriblemente destrozados. Todas las personas que se hallaban en los alrededores del lugar de la explosión huyeron empavorecidas en distintas direcciones, menos una: el padre Quecedo. El religioso, que en seguida se dió cuenta de la magnitud de la catástrofe, fué hacia donde estaban los cuerpecitos deshechos, y santamente, llorando como un chiquillo, fué recogiendo trozo a tro-

zo los restos de las infelices criaturitas, cuyos cuerpos fué imposible reconstruir. Parece que estoy viéndole, con las manos ensangrentadas y llorando ante aquel horripilante montón de carne destrozada.

No pretendo relacionar este hecho con su castidad, pero sí con su ideal sublime de amor al prójimo, de lo que, sinceramente, no dimos tantas pruebas los que fuimos testigos casi presenciales del hecho. Sólo quiero reflejar el dominio de sí mismo, la fuerza de voluntad que se sobrepuso en él al mismo instinto de conservación que a los demás obligó a huir. Veamos, pues, que entre el padre Francisco y el padre Quecedo media un abismo moral verdaderamente insondable.

Ahora bien: lo mismo su castidad que su voluntad, ¿puede decirse que estuviesen subordinadas la una a la otra?... Sinceramente, creo que no. Representan, por decirlo así, dos energías independientes sin más vinculación que la que lógicamente ha de existir en los elementos que forman parte de un todo. El eje de todas aquellas cualidades del buen siervo de San Francisco de Asís, no estaba, precisamente, en la consciencia del voto, sino, sobre todo, en la gran actividad mental y corporal "impuesta por su fe", por la necesidad de luchar por un ideal completamente útil, y, si se quiere, perfectamente humano. Esto es, que en demanda de aquello que él consideraba bueno, el esfuerzo no tenía más límites que los que señala el agotamiento intelectual o físico, ambos bien armonizados, lo que no ocurre en los ascetas profesionales que pueden permanecer inmóviles días y días dejando solo al espíritu, sin más útiles desgastes.

Fuera del campo de la religión, también existen hombres verdaderamente castos—mujeres, no sé de ninguna—, pero lo son, porque tampoco "tienen tiempo" de pensar en que eso puede ser un mérito o un caso ejemplar. De donde se deduce que la castidad, dígase cuanto se quiera, no representa "por sí sola", sin estar acompañada de otras virtudes, ningún valor positivo, y, en todo caso, jamás puede ser la causa, sino exclusivamente el efecto de la virtud misma, por las razones que ya quedan expuestas en otro capítulo.

Muchos autores han realizado notables trabajos acerca de la relación que puede tener la voluntad con las funciones de castidad, teorías que, a pesar de todo, no dejan de prestarse a discusión. Hans Menjago dice: "Originalmente, la fuerza física tenía valor, por ser señal de fuerza de voluntad y firmeza de carácter, marcando un adelanto en las condiciones primitivas: Esta fuerza era muy difícil de conservar en aquellos tiempos inseguros, y era, por lo tanto, rara y



poco usual. De esta rareza nació la supersticiosa creencia en el poder sobrenatural de las vírgenes. Pero este valor moral pierde fuerza desde el momento en que dicha fuerza se hace general y obligatoria, sin que para mantenerla sean precisas la fuerza de voluntad ni la firmeza de carácter. La fuerza física sólo tiene valor cuando es el resultado de una fuerza de carácter individual, no cuando es consecuencia de una regla de moralidad general y obligatoria."

No estamos de acuerdo con dicho autor, en primer lugar, porque su definición no deja de ser abstracta. La fuerza física es muy distinta a la fuerza de voluntad. Hay hombres de gran complexión, de fuerte musculatura, verdaderos atletas capaces de realizar enormes esfuerzos físicos, pero que, a la vez, carecen de fuerza de voluntad y de energía de carácter. Napoleón era un hombre de pequeña estatura, enfermizo y casi débil físicamente; pero su voluntad le hizo dueño de casi todo el mundo. En todos los tiempos el fin ha justificado los medios puestos en juego para lograrle; y no debemos de olvidar que el factor civilización ha ejercido muy escasa influencia en este aspecto, ya que si los "medios" son más vigorosos, es porque los "fines" están rodeados de caracteres que dificultan su consecución. El valor moral, no es que pierda fuerza por el hecho de imponerse al individuo: lo que pierde es importancia, que no es lo mismo. Si antiguamente, en los tiempos primitivos, algunos pueblos llegaron a rodear a la virginidad de un prestigio supersticioso, más intervendrían en esa actitud los elementos mágicos que los naturales, aunque muchos fenómenos naturales pretendieran conjurarse por medio de las artes mágicas. Hoy mismo, entre algunos pueblos agricultores de África y Oceanía, cuando las sequías pertinaces amenazan con asolar una cosecha, se llega a sacrificar una virgen, porque se cree que el dios encargado de hacer llover necesita dar rienda suelta a su propia naturaleza. La civilización ha conseguido que en vez de muchachas se sacrifiquen ovejas o cabras, y los resultados son iguales: llueve porque tiene que llover, y si no llueve es porque las condiciones atmosféricas no son propicias a la operación de ese fenómeno. Pero no hace falta que nos traslademos a los pueblos salvajes: en España, y no en los pueblos más apartados de los centros de cultura, sino en ciudades donde el grado de intelectualidad de sus habitantes está en relación estrecha con su fetichismo religioso, aun se hacen rogativas para implorar del cielo la abundancia de ese elemento imprescindible. Luego sean mágicos o sean religiosos esos ideales, la finalidad es la misma.

Nos hemos apartado un tanto del fondo de la cuestión, pero sólo

con el objeto de demostrar que no debe concederse demasiada importancia a esos "poderes sobrenaturales" de tan limitadísima fuerza o importancia, por mejor decir. Tampoco es correcto conceder a la fuerza física el máximo valor, hablando en términos generales, cuando esa fuerza es de carácter individual, esto es, promovida por la fuerza intelectual. En lo que respecta a la castidad, tan largamente analizada en sus diversos aspectos, no puede decirse que sea impuesta exclusivamente por las reglas de moralidad en sí, sino por la propia fe personal e individual, en la aspiración de más importantes recompensas. La obligatoriedad de esas actitudes no está principalmente en las imposiciones externas, sino en los propios convencimientos, sin que por ello pretendamos negar la gran influencia de la moral y de la cultura.

Mucho más acertadas nos parecen las definiciones de Konrad Höller, quien acerca de la educación sexual en los colegios, dice hablando del ejercicio físico: "Las verdaderas ventajas de los ejercicios físicos, no consisten, sin embargo, en el desarrollo de las fuerzas activas y pasivas del cuerpo, sino en el desarrollo y fortificación de la autoridad de la voluntad sobre éste, sus exigencias y sus necesidades, que una y todas tienden a la más vergonzosa indolencia. Aquel que aprende a sobrellevar y dominar con un fin determinado las molestias del hambre y de la sed, podrá también rechazar los impulsos sexuales y el deseo de satisfacerlos, cuando su buen sentido o un sentimiento lógico de ascetismo le den a entender que el entregarse a su deseo sería pernicioso o denigrante." (K. Höller, *Pedagogía Sexual*).

Pero bien: ahora se nos ocurre preguntar hasta qué punto es posible "sobrellevar y dominar" las molestias del hambre y de la sed, para que la fuerza de voluntad aplicada a este objeto no se traduzca más tarde en trastornos de la salud. El hambre y la sed hay que satisfacerlos en su justa medida, y mientras que no sean más que "hambre y sed"—en estado normal, se entiende—, no será ni natural ni higiénico negar al organismo, no un placer, sino un derecho. Si se convierte en gula, de ahí se desprende, naturalmente, la necesidad de recurrir a la voluntad, a la "castidad" del apetito, en cuyo caso la disciplina se nos ofrece como perfectamente moral, natural y plausible.

Y en cuanto al apetito sexual, semejante al hambre y a la sed como manifestación de una necesidad instintiva, hemos de decir lo mismo y tantas veces repetido: que sólo es higiénico, moral, natural y plausible, "satisfacerse" pero no "hartarse". Esta disciplina, cuando tiene por fin un principio de economía ya sea material u orgánica, pero, entiéndase bien, sin temor a que extienda sus reflejos en la salud, hemos de considerarla inmejorable como una de las bases fundamentales de la educación sexual, que no es, después de todo, sino la educación de la voluntad. Al niño puede disculpársele así, y es fácil que se someta de buen grado a esas prácticas que tanto han de beneficiarle a lo largo de la vida.



¿Pero podemos tener mucha fe en la eficacia de estos métodos? En los colegios donde la educación sexual forma parte del plan de enseñanza, el pedagogo se encuentra un campo completamente virgen para que fructifiquen, con el mejor éxito, las semillas de sus doctrinas. ¿Mas el niño vive constantemente en el internado, o, por el contrario, sólo acude al colegio durante las cinco o seis horas de clase? En el primer caso, no dudo de la buena fructificación de esas semillas, puesto que dirigida la enseñanza como es debido, no habrá temor a la influencia de ciertas excitaciones. Pero en la segunda parte de nuestro enunciado, las cosas varían de aspecto, precisamente por las influencias referidas que constituyen en el individuo a hacer que sus instintos "naturales" puedan manifestarse con más libertad. Y aun en el supuesto de que el educando llegase a reprimir todos esos impulsos que brotan de su propia naturaleza, nos encontraríamos con otro mal tal vez mayor: el orgullo de saber que era capaz de sobreponerse a ellos, hecho que se interpreta como una virtud, pese a que aun no sea llegada la hora de que esos impulsos se manifiesten en toda su magnitud. Para que el "orgullo" tenga razón de ser, es preciso que sus raíces estén bien afirmadas en lo más profundo de un pleno convencimiento de que esa actitud no está mantenida por una necesidad del orgullo, sino por una virtud de la que uno puede "enorgullecerse", esto es, que el orgullo nazca de la virtud y no la virtud del orgullo. Por eso, cuando la fuerza de la voluntad se emplea en estos menesteres, a fin de cuentas resulta que se es más orgulloso que virtuoso.

"El orgullo—dice Wells en su *Utopía moderna*—, no será la virtud más noble del alma, pero es, sin duda alguna, la que mejor la rige y gobierna. Antiguamente se exigía que el hombre fuese limpio, sano y razonable. En materias sexuales, como en todas las relaciones con el deseo natural, sostenían que ni se debía saciar el apetito instintivo ni tampoco agruparlo por medios artificiales. El hombre, según el criterio de aquellos tiempos, debe levantarse de la mesa satisfecho, pero en manera alguna ahito. En materias de amor, lo bello, lo ideal, era el deseo limpio y franco de un compañerismo matrimonial limpio y franco también. El matrimonio entre iguales era necesario para el

bien de la raza, pero en modo alguno se consideraba conveniente, tratándose, por el contrario, de impedir esos casos de gurruminia ridícula de unión conyugal tan estrecha, que a veces hace de dos personas un conjunto con menos fuerza y carácter que una sola."

Pero bien: todo esto nos parece muy razonable y perfectamente biológico además. Mas si echamos una ojeada a la vida sexual contemporánea y abarcamos con nuestra vista a todos los hombres del planeta, veremos que el orgullo, que no pretende otra cosa que ser un exponente de la voluntad, se aplica de manera diametralmente opuesta en el enjuiciamiento de estas cuestiones. No siendo los religiosos o los hombres que vivan demasiado adictos a la religión, y éstos, contadísimos, es muy difícil encontrar un solo individuo que públicamente se enorgullezca de su castidad. Por el contrario, cuando se trata de narrar aventuras sexuales, el hombre "se enorgullece", no de la magnitud real de sus proezas amatorias, sino del volumen que las atribuye su imaginación, lo mismo que "se avergonzaría"—que es todo lo contrario—si se viese obligado a manifestar su "castidad forzosa", o, dicho más claro, su impotencia. ¿Está ésto o no claro?...

La mujer, naturalmente, siempre ha sido más casta, al menos en apariencia, que el hombre; ya hemos hablado de la difusión de su esfera sexual y de la expresión característica que en el sexo femenino tienen los placeres eróticos. Lo mismo que la prostituta finge el espasmo con tanta fidelidad como si lo experimentase realmente, así la supuesta casta es capaz de fingir una absoluta indiferencia y una frialdad desconcertante ante las eficacísimas caricias del hombre más ardiente. Y es porque a las dos, a la honesta y a la que no lo es, las anima una voluntad distinta: la prostituta, pone la voluntad al servicio del instinto de conservación y la honesta lo pone al servicio de su "aparente" ideal de castidad sin que el instinto sexual se vea obligado a reprimir sus ímpetus. Pero el pobrecito hombre está siempre vendido por los síntomas característicos de la voluptuosidad, y esos síntomas son la erección del miembro viril y la eyaculación del licor seminal, circunstancias que sólo están supeditadas a la energía de la voluntad de una manera muy relativa.

En la vida conyugal, el hombre no puede juzgar de la castidad de su esposa, siempre que ésta no se niegue a cumplir con sus deberes sexuales; pero ella, en cambio, dispondrá de sobrados elementos de juicio para hablar de la capacidad sexual de su marido. Por otra parte, la mujer, cuyo organismo se halla dotado de ciertas características que tanto la permiten fingir o realizar una actitud activa o pasi-



va, por muy casta que en el mejor sentido de la palabra sea, siempre verá con más desagrado que satisfacción la escasa capacidad erótica de su cónyuge. ¿Razones?... Bien simples por cierto. Las mujeres tienden siempre a asociar esa capacidad erótica del hombre y su excitabilidad al grado de pasión que inspiran. Una mujer casta cuyo marido sea casto también, sobrepondrá el orgullo femenino al ideal de castidad, y, casi siempre, pensará que si su marido queda satisfecho con un solo coito, lo que a ella la deja fisiológicamente anhelosa de nuevas caricias, es porque "no la ama bastante". Y lo malo es, que no sólo lo piensa, sino que simultáneamente expresa su pensamiento, porque las mujeres, una vez iniciadas en estas bizarras aventuras, confunden lastimosamente el amor del corazón con el otro amor del sexo creyendo sinceramente que el sexo se convierte en alma.

Vemos pues, que la influencia de la voluntad en la esfera sexual es, en la inmensa mayoría de los casos, bastante mediocre, cuando esa potencia intelectual se enfrenta con los otros poderes del espíritu y de la carne. A la castidad para ser "casta", con parecerlo tiene más que suficiente. Por esta razón es por lo que la voluntad no deja de prestar los más útiles servicios en este aspecto, cuando se manifiesta en el sentido de querer disfrazar las expresiones del instinto sexual que por lo general habrían de estimarse en franca pugna con la moral convencional.

Entonces, ¿qué entendemos por moral sexual? Esta materia ya es objeto del volumen próximo. Pero, esto no obstante, podemos definirla diciendo, que la moral sexual consiste en hacer ver y creer que aquello que más nos agrada, es lo que más nos repugna. La voluntad al servicio de la moral sexual, es lo que vulgarmente se denomina hipocresía: tal es, generalmente, la moral de los castos, incluyendo en su enunciado a los profesionales y a los *amateurs*.

Sobre todo en la mujer, la hipocresía es casi fisiológica. El padre Guri, en el artículo 381 de su *Teología moral* dice que "un confesor no debe creer nunca, y desde el primer momento, a una mujer, pues las mujeres tienden habitualmente a la mentira." Considerado el sexo femenino desde el punto de vista que marca el citado teólogo, no podemos hacer otra cosa en su favor que explicar las razones que inducen a la mujer a manifestarse de este modo artificioso, siquiera para no ser demasiado injustos con todo un sexo al que nos obstinamos en imponer disciplinas diferentes a las del nuestro.

La mentira es el recurso de los débiles. Pero si a la debilidad "fisiológica" de la mujer añadimos esos caracteres especiales de su

temperamento, que son fisiológicos también, como son la modestia, la simpatía y la bondad, veremos que el único freno que en todo caso puede existir para esta tendencia ingénita, es el que se deriva del sentido de responsabilidad moral. Una mujer normalmente equilibrada, mentirá, fingirá, será hipócrita, si queremos decirlo así, pero sólo hasta el punto en que todos esos agradables defectillos no puedan acarrearle ningún mal. Yo creo que primitivamente, la mujer no debió ser así; pero es que la civilización y los prejuicios han tenido la virtud de imprimir a la mujer un segundo carácter, una naturaleza accesoria, que a veces se convierte en eje primordial de su existencia. Luego este ha de ser el más estratégico baluarte de su actitud defensiva contra las acometidas del otro sexo.

Claro es, que tan pronto la supercivilización acabe de desarrollar en el sexo débil ese sentido de responsabilidad moral que es justo y que en nada debiera diferenciarse de la interpretación que le da el hombre, la hipocresía dejará de ser "una necesidad" en la actitud femenina. Tanto dictar prohibiciones y crear leyes morales brutales y ofensivas; tanto empeño en imponerles códigos especiales obligándoles a reprimir toda manifestación espontánea de bondad o de simpatía, puesto que hasta ese extremo puede llegar un hombre, se hubo de resolver en la manera de ser femenina del modo más fácil y que mejor armonizase con sus caracteres ingénitos. Así tenemos en el citado cinturón de castidad la prueba más cruel de la conducta del hombre, en cuyo caso, la mujer no tenía ya el deber de velar por su castidad guardada bajo llaves, pero en cambio ponía todas las fuerzas de su voluntad en el afán de dejar de ser casta.

Esa hipocresía femenina adquiere la máxima sutilidad en las cuestiones sexuales, llegando a hacer de ella poco menos que un arte. Y es natural. En este aspecto es donde siempre se manifestó la intransigencia masculina con más duros caracteres: empezando por la virginidad y terminando por el concepto del "honor matrimonial" hasta bien pasada la menopausia, la mujer está constantemente sometida a esa tiranía que no la deja moverse con libertad en sentido alguno. ¿Qué ha de hacer entonces? Pues, naturalmente, emplear toda su voluntad en engañar al hombre, desde el aspecto más trivial hasta el más grave, en cuyo lícito afán—su legalidad tiene origen en la otra injusticia—pone la mejor parte de los recursos de su inteligencia que también se desarrolla, como en el hombre, en el campo abonado de la ociosidad.

Está plenamente demostrado que a medida que ascendemos en la observación desde las clases humildes hasta las más elevadas capas



sociales, el adulterio, el "deshonor sexual" y hasta el vicio en sus diversas manifestaciones, resultan más apreciables y sus caracteres se muestran con mayor crudeza. La diferencia está en que los humildes necesitan de sus energías intelectuales para utilizarlas en las manifestaciones del instinto de conservación, por lo que como al casto franciscano de que antes hablaba, les sucede "que no tienen tiempo" de ocuparse de su castidad. Los otros, en cambio, dedican esas energías volitivas a no ser castos, puesto que no tienen necesidad de atender a otras obligaciones más ponderadas.

Entonces—se me dirá—¿qué papel desempeña la voluntad en la función sexual?... Uno tan importante como es el de velar por el mantenimiento de un perfecto equilibrio entre las funciones corporales y las exaltaciones de la imaginación, disciplinándolas convenientemente de forma que no se conviertan en verdaderas y graves obsesiones. Toda pasión está constituida por dos elementos fundamentales: el placer orgánico es uno y otro el móvil psíquico que predispone a ese placer en virtud de los reflejos de la imaginación. La voluntad como fuerza, no debe tender jamás a reprimir los movimientos naturales del impulso sexual *orgánico*, pero en cambio posée la suficiente energía, que es donde debe aplicarse con todo su valor, a impedir las excitaciones *psíquicas* que seguidamente ejercen su influencia sobre los centros sexuales.

La castidad verdadera, desde el punto de vista médico, está en relacionar las circunstancias de tiempo, lugar y estado de forma que pueda justificarse la pureza del deseo. Una cosa es la excitación extemporánea y otra la necesidad oportuna. Yo diría que un hombre era casto, cuando por ejemplo, después de una noche de placer agotador, a la noche siguiente, recordando las emociones anteriores, se excitase sexualmente, y entonces, siendo consciente de que había quedado satisfecho, "dejase de acordarse" de aquéllo distrayendo la imaginación en otro pensamiento cualquiera. Pero si con arreglo a esas circunstancias enumeradas ese hombre sufre las consecuencias de una acumulación de energías "incontenibles", entonces, sinceramente, considero muy justo que deje en libertad a sus pensamientos eróticos y se disponga a acariciar a la mujer que ha de ayudarle a evacuar esa potente necesidad de su espíritu y de su cuerpo. Esta es la diferencia existente entre lo supérfluo y lo imprescindible de que hablábamos antes, y ese equilibrio, bien fácil de guardar, está encomendado a la voluntad como la más enérgica manifestación de la inteligencia.

Un autor de tanto prestigio como Pierre Vachet, quien saltando por

encima de la hipocresía y los convencionalismos que coartaron la libertad de expresión de muchos tratadistas en esta materia, fundándose en un concepto más humano y más moderno de las cuestiones del sexo, da esta simple receta a los que pudieran haber hecho la anterior pregunta: "Las fases esenciales del dominio de las pasiones del sexo, están, principalmente, en sanear la imaginación, en saber componer reflejos afectivos favorables y en destruir los reflejos perniciosos." Y agrega: "No es que yo eleve la castidad a la altura de una virtud. Por el contrario, considero la satisfacción normal y regular del deseo amoroso como el mejor comportamiento de los adultos, el que les asegure la paz del cuerpo y del espíritu. Aun el interés de la raza reclama, que los individuos se casen en plena juventud. No obstante, nuestra vida social exige que muchas personas consagren largos años a estudios que no les permiten casarse antes de la treintena y hasta más tarde. Si bien a las jóvenes les es relativamente fácil soportar largo tiempo la castidad, los muchachos tienen necesidades más tiránicas. ¿Habrá de imponérseles la continencia en nombre de la moral? La cosa es difícil y el médico protesta. La prostitución ofrece un remedio, pero también ofrece no pocos peligros. La unión libre, que responde mejor a las exigencias complejas del corazón, no deja de imponer al joven responsabilidades de que frecuentemente se siente inclinado a liberarse. Sea como fuere, numerosos individuos, sin contar los eclesiásticos, buscan remedios a su excitación fuera de la satisfacción sexual. La gimnasia, el deporte, el trabajo físico, son excelentes reguladores del impulso sexual, porque la disciplina que impone a los movimientos impide el desarrollo de las emociones vivas. En los momentos de ociosidad o en el curso de ocupaciones intelectuales, es cuando el cuerpo despierta la atención y se pone en tumulto. Incluso se observa que el esfuerzo intelectual actúa sobre el cuerpo pasivo como un excitante nervioso: en algunos individuos provoca poluciones.

De este modo se afirma la inutilidad de la oración que los religiosos emplean para rechazar al demonio de la lujuria. Cuerpo inmóvil, esfuerzo intelectual intenso, son condiciones más favorables al desarrollo de la excitación sexual que a su aplazamiento.

"Junto a las derivaciones de la energía corporal hay que colocar las derivaciones de esa imaginación imperial que sugiere al deseo sexual objetos raros, suntuosos, delicados. Yo no llegaré, con los psicoanalistas, hasta el extremo de considerar los delirios de la locura como compensaciones imaginativas en que se refugian los individuos que no logran satisfacer su deseo sexual. Pero es un hecho comprobado que el arte, y en particular la literatura, ofrecen un campo maravilloso de derivación a los deseos de la imaginación amorosa."



Hasta aquí hemos hablado de la castidad voluntaria y del rol de la voluntad en la excitación y en la represión de los deseos sexuales, pero refiriéndonos a individuos que se encuentran en las mejores condiciones para saborear los infinitos deleites sensuales del amor. ¿Mas qué hemos de decir de muchas mujeres jóvenes que, por falta de atractivos sexuales o simplemente físicos, por defectos naturales o por imposiciones del medio social se ven obligadas a llevar una vida falta de amor, exenta de esos placeres voluptuosos que incluso habrían de embellecerlas?...

La voluntad, en este caso, se estrella contra el imposible. Los deleites normales del sexo les están vedados cuando entregarían gustosas una parte de su vida, e incluso la vida misma, por experimentar esas dulces emociones que conoce por sus amigas, por sus lecturas, e incluso por haber presenciado cómo dos amantes se entregaban a su pasión con todo el ardor de sus sentidos. Los remedios que estas desdichadas pueden encontrar para la satisfacción de tan poderosos apetitos han de parecerles insuficientes, anormales y sucios además. Incluso su concepto de la moral, perfectamente compatible con las emociones sexuales, llegará a impedirlas el logro efímero e incompleto de sus ansias inextinguibles. Así se inician muchas enfermedades incurables que agostan el cuerpo y abrasan la mente. Este estado de verdadero delirio puede conducir a la mujer más moral y de más fuerte temperamento a explosiones violentas de su energía sexual, forzosamente contenida o falsamente satisfecha. La *ninfomanía* suele ser la manifestación triste y brutal de su sexualidad, que, a falta de otros medios, hubo de satisfacer por el de la masturbación.

En otros casos, la falta de la función sexual normal se traduce en mujeres de temperamento neurótico en una verdadera obsesión, y ya ni los placeres solitarios pueden calmar su enorme ardor erótico. Anhelan, por encima de todo, un hombre, porque cifran en el contacto natural la máxima esperanza de saciedad total. Pero bien por su falta absoluta de atractivos, bien por la edad o incluso por un concepto estrecho de la moral, como decíamos antes, la consecución de este medio único llega a resultar imposible. Debe de ser espantosa esta angustia. A veces, piensan en su virginidad inútil, que algunos años antes pudieron haber entregado a un hombre que llegó a solicitarlas, y entonces, como bajo los impulsos de una momentánea demencia, son capaces de martirizarse destrozándose el sexo, como si ese signo fuese

el único culpable de sus crueles desventuras irremediables. He tenido noticias de un caso de esta naturaleza. Una mujer de cincuenta y dos años, menopáusica además, solicitó la asistencia de un médico en un hospital de enfermedades venéreas. El facultativo, que por la disposición de las heridas que presentaba la paciente no pudo creer en su declaración diciendo que se las había producido al caerse sobre un montón de maderas, puso el hecho en conocimiento del Juzgado. La mujer, temerosa de que su actitud pudiese dar lugar a más graves complicaciones, pues ya se había practicado la detención del camarero de un hotel donde ella también prestaba sus servicios, terminó por declarar toda la verdad: En un acceso de locura, sirviéndose de un pedazo de cristal de un vaso, se infirió las heridas que presentaba en los genitales "con el fin de destrozar aquella parte de su cuerpo, que ya no podía satisfacer". La infeliz creyó sinceramente que la destrucción de sus órganos genitales calmaría para siempre la ansiedad que la dominaba. En este caso, la fuerza de voluntad la llevó a los mismos extremos que a aquella religiosa que, para apagar el fuego que ardía en su sexo, se introducía en la vulva carbones encendidos, si bien los motivos eran completamente opuestos.

## LA VENGANZA DE LA NATURALEZA

**Trastornos de la castidad.—Los síntomas.—El peligro social de los castos.—El miedo a las mujeres.—Leda y el cisne.—Las solteronas.—Sus más grandes amores.—Senos colgantes y ovarios secos.—Las que se quedan para vestir santos.—La solterona es lisa por naturaleza.—Las brujas y el diablo.—La amante del Gran Cornudo.—El caso Giton.—El placer de los anónimos.—La castidad es un crimen.**

Los trastornos de todo orden a que la castidad da lugar en temperamentos no dispuestos para ese tremendo sacrificio del instinto sexual, puede decirse que son innumerables. Las formas que adquiere el impulso son también muy variables, pero casi siempre se manifiestan en afecciones del sistema nervioso, que, por lo general, no tienen una efusión de la sexualidad, por decirlo así. El doctor Paul Voivenel, uno de los más prestigiosos neurólogos contemporáneos, ha recopilado casos notabilísimos de extravíos y perversiones que antiguamente, quizá hace muy pocos años, no se hubieran atribuído en su origen a esa falta de función del organismo creado para desempeñar las nobles funciones de la reproducción.

Los primeros síntomas de la resistencia del organismo a acatar las tremendas imposiciones de la castidad en individuos sanos y normales, se manifiestan por medio de neuralgias, trastornos de las funciones digestivas, insomnios, pesadillas, alucinaciones sexuales, manías y delirios. Hay médicos que han atribuido a la castidad hasta la epilepsia y la parálisis. De todas formas, la venganza de la naturaleza con los que se oponen tan rudamente a sus designios, revela, con mayor frecuencia en los hombres, que sus leyes son inviolables. Las mujeres soportan la castidad con mucha más facilidad que los hombres, pero los disturbios histeroneurásticos que resultan no son de menor gravedad que en aquéllos. Pero si todo esto ocurre en las personas sanas, en los que la neurosis adquiere cualquiera de sus formas, los desarreglos se complican más. El doctor Löwenfeld encontró que en los

hombres de menos de veinticuatro años produce muchas menos molestias que en los que se encuentran en la plenitud de sus fuerzas vitales y viriles y en la mejor aptitud de rendimiento sexual, estableciendo el siguiente cuadro: irritabilidad general, hiperestesia sexual, pensamientos hipocondríacos con tendencia al suicidio, falta de afición al trabajo, vértigos y obsesiones sexuales obscenas.

Con estos antecedentes de las *virtudes* de la castidad—ahora hablando desde el punto de vista del médico—, ya pudiéramos tener motivos bastantes para proscribirla en absoluto de las formas de la moral en uso; pero es que aun queda por analizar el aspecto que ya no sólo afecta a la salud del individuo, sino que se traduce en graves trastornos de orden más amplio, puesto que afectan a la sociedad, que se ve perturbada por crímenes y delitos de todo género, de los que sólo la castidad resulta la culpable, como nos demuestra Voivenel en sus obras y brillantes peritajes médicolegales. Los males mayores de la castidad, no cabe duda que son de orden mental o psíquico más que físicos.

Algunos médicos de religiosas hacen observar la frecuencia con que se registran en esas mujeres casos de fibromas y otras dolencias del útero, amén de la histeria y las demás expresiones morbosas que hemos señalado. No hemos de extendernos en la relación de casos observados entre los castos de las comunidades religiosas, que es donde, naturalmente, abundan más, a no ser aquellos que han quedado registrados como verdaderamente célebres en los anales de la psicopatía sexual.

Yo conocí a un hombre de cerca de cuarenta años, muy tímido, que en su vida había tenido relaciones sexuales, más que una vez. En los primeros años de su juventud se masturbaba algunas veces, pero un día cayó en sus manos un folleto en el que su autor atribuía a la masturbación la causa de los más graves trastornos del género humano, y a partir de entonces el muchacho resolvió estarse quietecito cuando experimentase deseos de dedicarse a su estéril actividad. A los diecinueve años se enamoró de una señorita amiga de su familia, con la que mantuvo relaciones "completamente castas" durante dos años, hasta que por lo visto, completamente hartos de castidad, los amantes resolvieron alquilar un bote—residían en un puerto de mar—, y aprovechando la deliciosa calma del océano, como ambos remaban bastante bien, largaron amarras poniendo proa hacia unos acantilados en cuyas amplias oquedades una arena finísima parecía pedir que la concediesen el honor de descansar en ella.



Nuestra pareja parece que accedió a las súplicas de la arena, si bien recibió el mal pago de servir de revolcadero a la amante pareja y hasta el regalo de una simiente que en tal medio no podía fructificar, porque la muchacha tenía miedo de que fructificase en su vientre. Poco tiempo después el frágil esquife entró en el puerto. Y ocho días más tarde, el amante se vió obligado a ponerse en manos de un especialista "para limpiar fondos", los cuales se manifestaron en forma de blenorragia, tan rebelde, que se complicó con una epidimitis escandalosa. El muchacho no había hecho escalas en otro puerto que el que su novia, como todas las mujeres, ofrecen en estos casos de arribada forzosa, cuando las tempestades del instinto se manifiestan en todo su esplendor, y, por lo tanto, ella tenía la responsabilidad de todo lo acaecido. Después de un escándalo, se comprobó que el asistente del padre, que era militar, llevaba cerca de un año sirviendo "al rey" y a la hija de su jefe con las armas que en la milicia se entregan a estos servidores, a las que éste hubo de agregar las suyas naturales.

En resumen, que desde aquel momento nuestro hombre optó por al castidad, porque si "aquello" se lo proporcionó una mujer "decente", ¿qué no le proporcionarían las que no lo fuesen?... A los treinta años ya llevaba diez de absoluta abstinencia, pero entonces empezaron a presentarse trastornos en forma de poluciones nocturnas que le debilitaban sensiblemente. Por fin, en virtud de un tratamiento adecuado, las poluciones desaparecieron, pero al poco tiempo comenzó a sentir una angustia indefinible seguida de fuertes dolores de cabeza que no le permitían trabajar. Un médico llegó a proponerle que reconocería concienzudamente a la mujer que más le agradase entre todas las prostitutas de la ciudad, a fin de que no tuviese el más mínimo temor de la posibilidad de un contagio y pudiese practicar las relaciones sexuales normales, pero no logró éxito alguno. Había tomado a la mujer un horror invencible. Desde luego, no había duda de que su neurosis era la explicación original de aquella aversión, perfectamente robustecida con el suceso relatado. Terminó por tomar un criadito moro, al que quería entrañablemente, hasta el extremo de que los dos dormían o, por lo menos, se acostaban en el mismo lecho...

En este caso, si alguien puede considerar a esta clase de castidad como una virtud, no cabe duda que se resolvió en una perversión del impulso, puesto que la predisposición fué motivada por un accidente heterosexual, esto es, en relaciones completamente normales: la castidad se convirtió en vicio.

Otro caso. Un hombre de veintitrés años, hijo de una familia muy

religiosa. A los quince años le hicieron ingresar en un seminario; no era ésta su vocación. Cometió algunas travesuras, y después de permanecer un año en un correccional, hubieron de dejarle por imposible. El feroz fanatismo de los padres, que a toda costa querían tener un hijo cura, como me aseguraron que lo fué su abuelo paterno, les llevó al extremo de recluir al muchacho en una casa de campo bastante alejada de todo centro de población, y con el encargo hecho a los guardas de que respondían con la colocación de la conducta del discolo. Cuatro años permaneció en esta situación, ocupando sus ocios en cuidar a los animales de la granja, entre los que había una pareja de cisnes a los que dedicaba sus más delicadas atenciones, y sobre todo a la hembra, con la que efectuó repetidas veces actos de bestialismo.

Estas fueron sus únicas satisfacciones sexuales, pues nunca había tenido contacto con mujeres. Perdonado por el padre, se hizo abogado, y a los vinticinco años contrajo matrimonio con una prima, muy casta también, educada en el ambiente tradicional de la familia. Hasta entonces había observado las reglas de castidad, pero cuando faltaban dos meses para la fecha fijada para la boda, fué a visitar a un médico, al que expuso su situación, de paso que le pedía un consejo, puesto que, aunque sabía en qué consistía el acto sexual, nunca lo había practicado. El médico, naturalmente, le hizo las observaciones precisas, y se efectuó el enlace matrimonial. Pero llegó la noche de la boda, y el desdichado joven comprobó que los encantos de su joven y bella esposa no tenían para él ningún interés erótico, pues las repetidas tentativas que efectuó no encontraron eco adecuado en los medios de que el hombre dispone para tan altos fines.

La esposa, que por lo visto no era tan casta como creían sus familiares, sufrió la primera noche, la segunda, la tercera... Y como aquello no llevaba camino de solución, llegó a reprocharle su impotencia, atribuyéndola a la vida de placeres que, según ella, habría llevado de soltero. El pobre hombre hizo juramentos y protestas de "inocencia", que no fueron creídas. Entonces reconoció toda la magnitud de su desdicha, infinitamente mayor que aquella de los tiempos que pasó en la casa de campo de su padre. Abandonó el lecho, y se fué a la biblioteca. Al azar cogió un álbum de reproducciones artísticas, y al abrirle se encontró con una litografía del cuadro de Miguel Angel *Leda y el cisne*, lo que le trajo a la memoria el recuerdo de la única hembra que le sirvió en otra ocasión para calmar sus ardores juveniles. Entonces, a esta sola evocación, notó un placer extraño seguido de una fuerte erección, y en estas condiciones se encaminó nuevamente a la cámara



nupcial, donde la joven esposa lloraba su desventura. Pero no la lloró mucho: a los pocos instantes, un grito de ella le reveló que había dejado de ser virgen. El, por su parte, no experimentó ningún placer durante tres o cuatro días, pero al cabo de ese tiempo, imaginándose que él era el cisne y Leda su esposa, disfrutó de los deleites del sexo, a los que, para ser normales, no les faltaba otra circunstancia que responder a las excitaciones legítimas, que nunca le hicieron alterarse lo más mínimo. Para no tener necesidad de ir todas las noches a ver la estampa de Miguel Angel,encargó a un copista una reproducción de la lúbrica y bestial escena mitológica, que pasó a ocupar en la alcoba el lugar que le pareció más estratégico. (Lámina VIII.)

Este caso de castidad, forzada o voluntaria, tuvo como consecuencia un trastorno puramente psíquico. El simbolismo erótico de una cópula entre una mujer y una bestia era la determinante esencial que obraba el mecanismo psicofísico de la cópula, pues aunque amaba a su mujer, sus deseos sexuales permanecían mudos. La naturaleza de este individuo era más bien débil que otra cosa, con lo que corría parejas su carácter. Desde luego, desde el punto de vista clínico, sin necesidad de conocer este detalle de la razón de su excitabilidad sexual, se hubiera podido decir que el individuo aludido era de constitución neuropática.

Las consecuencias de la castidad no suelen reflejarse en el hombre con expresiones más peligrosas, analizadas en el plano social, que las expuestas. Puede decirse que la tragedia se hace tan íntima que no trasciende más allá de la propia personalidad del individuo. Pero, en la mujer, ya suele adoptar otras formas de más cuidado.

Aunque ya nos hemos referido a las "vírgenes viejas" en otro volumen, no queremos dejar de transcribir lo que el doctor Vachet dice acerca de estas desdichadas, peligrosos parásitos de la sociedad, como veremos más adelante por otros casos observados por los más eminentes tratadistas.

"Sobrado conocida—dice el autor citado—es la mentalidad de las solteronas. Al llegar la menopausia es cuando se exacerban en ellas particularmente los efectos de la castidad. En una se verá manifestarse la hipocondría. Tórnase irascible; se halla sujeta a angustias indefinibles que orientan su inquietud hacia su propia salud; se vuelve egoísta y maniática, tiránica para sus familiares, con bruscas crisis de expansión en presencia de ciertos extraños, que reavivan de súbito la llama que arde bajo las cenizas. Entonces surgirá el apego irrazonable,

saturado de un erotismo inconfesado, por el médico que lo adivina todo, por el sacerdote que confiesa.

"Otra no se ha casado para cuidar de un hermano más joven, al que ha prodigado sus ternuras, y sobre el que ejerce su voluntad dominadora. Que el hermano, llegado a mayor, decida casarse, y el drama estalla. La solterona siente el vacío aterrador que la aguarda y no se confiesa la naturaleza real del sentimiento que vela en lo profundo de su corazón. Ella hará todo lo posible por impedir el casamiento. Se ingeniará para hacer resaltar, e inventarlos si es preciso, los defectos de la rival. No le dice a su hermano: "Tú no te casarás nunca", pero repite a cada prueba: "Esa no es la que te conviene". Si llega el caso va a ver a la novia y provoca un escándalo. ¡Qué triunfo si se sale con la suya! ¡Qué alegría tener que multiplicar las caricias y las palabras de consuelo! Pero si fracasa, nace el odio, la lúgubre desesperación, la visión cruel de la vida fallida, a veces el gesto de suicidio.

"Si no tienen ocasión de derivar su necesidad de amar hacia un hermano, un sacerdote o un médico, las solteronas recurren a los animales. El gato, el perro, el papagayo, se convierten en el amigo querido, al que se le cuida y se le mima. Se le presta una inteligencia superior a la de los hombres, se comprende su lenguaje, se le hacen practicar, en caso de enfermedad, operaciones costosas, y, si muere, se le entierra piadosamente o se le hace construir un mausoleo.

"Por no haber recibido del amor el don de la inteligencia y la generosidad, las solteronas son indiscretas, chismosas y feroces. Están siempre al acecho de los escándalos menudos y se interesan, sobre todo, por las aventuras amorosas de los demás, hallándose siempre prontas a reírse como de cosas ridículas de los arrumacos que se hacen amantes y esposos, y siempre dispuestas a proclamar y menospreciar los pequeños tropiezos de los hogares y hasta a multiplicar a veces las intrigas y provocar conflictos. "¡Ah, qué bien hemos hecho, querida, en evitar la calamidad del matrimonio!", van cacareando. Y, sin embargo, su alma suplica en el fondo como una mano que implora limosna.

"A veces, su espíritu, más débil, no resiste al delirio. Acusan a un joven que nunca ha sospechado su deseo, por lo general al médico que han consultado o al sacerdote ante que se han arrodillado, de haberlas hechizado, de ejercer un dominio misterioso sobre ellas. Yo he conocido a una de estas enfermas que le escribía al médico cartas extrañas, llenas de ternezas y declaraciones fogosas, para reprocharle que fuera a verla por las noches, cuando se hallaba sumida, merced a su influjo, en un estado de absoluta inercia. La noción del sueño y del en-



sueño se le escapaba a su imaginación ya delirante. "Vienes a verme por la noche—escribía—, pero yo no puedo moverme; me suplicas, pero yo no puedo entregarme a ti; entonces te irritas conmigo, pero debes comprender que es culpa tuya. ¿Por qué no me sumes con tu poder en esta hipnosis que me paraliza?"

Se sostiene por ciertos autores que estos desequilibrios revelan más bien un síntoma de enfermedad mental que una consecuencia de la castidad o de la falta de satisfacción de deseos sexuales, y que hasta la demencia hubiera sobrevenido en el caso de que estas mujeres hubiesen experimentado los placeres del amor. Yo no estoy conforme con tales teorías, al menos si hemos de admitirlas en términos generales. La solterona es universalmente conocida en esas manifestaciones en todos los pueblos civilizados donde la castidad ha llegado a constituir uno de los más acentuados carecteres de las creencias religiosas. Esa maldad refinada de la mujer que ha visto caerse a sus pechos sin la caricia excitante de un beso, ese sexo que se ha agostado por la falta del rocío fecundo del amor, reflejan su sequedad en la intelectualidad de la virgen menopáusica, cuyos ovarios se han endurecido a fuerza de permanecer inactivos en la época de mayor vitalidad sexual de su existencia. Ya hemos hablado de la enorme importancia de las distintas secreciones glandulares y de sus efectos en todo el organismo, por lo que no hemos de insistir sobre dicho punto.

Compárese a una mujer de su misma edad que haya conocido a satisfacción los distintos deleites conyugales, y que, además, se enorgullezca de haber dado de mamar a sus hijos, y entonces veremos el contraste. Esta mujer que ha sido amante y madre, habrá llegado al fin de su vida sexual con el rostro ennoblecido por los placeres y hasta las amarguras de la grandiosa misión que cumplió en su existencia. Ni un gesto, ni una mueca alterarán la noble y plácida quietud de su expresión de matrona templada en los más sublimes heroísmos de su absoluta feminidad. En el caso de su existencia, el amor de sus hijos, y si no los tuvo el del hombre que fué el compañero de los días jóvenes, la impedirán suponer que un perro, un gato o un loro merezcan más atenciones ni más dedicaciones que las que merece un hombre, por insignificante que sea. Practicarán el bien, no para satisfacer la vanidad y el orgullo, sino cumpliendo un deber que le impone el corazón.

No siempre son mujeres viejas las que sufren las consecuencias de su insensata castidad. A veces, a los veinticinco o veintiséis años de edad la soltera que no ha recibido la impregnación vivificante de los jugos testiculares masculinos, empieza a producirse en actitudes vio-

lentas, en cambios bruscos de carácter, en indisposiciones de todo género. Va a consultar a su médico, y la prescribe cualquir comprimido opoterápico en vez de recetarle un buen mozo dispuesto a todo. Y, naturalmente, no se cura. En sus ensueños lascivos y en los sueños alucinantes, piensa en el placer infinito de una violación, pero teme desagradar a Dios, a quien casi siempre suele culparse en estos casos.

Las vírgenes desdeñadas persiguen un fin que casi siempre las da a conocer: que se las distinga, que se les dedique atención, que se sepa que existen en el mundo. Si tienes ocasión, lector, entérate de quiénes son esas damas que dirigen y administran las obras pías y visten y desnudan a los santos de la iglesia de tu pueblo. Ya es bien conocido el dicho popular que se aplica a una solterona: "Esa quedará para vestir santos", auque algunas veces suelen ser ellas las desnudadas, y no precisamente con intenciones piadosas, aunque su ayuda de cámara apeste a incienso o cera. Pero la solterona logrará llamar la atención entre los papanatas del pueblo a quienes asombra el lujo de detalles, de avalorios y cintajos que la imagen muestra en el altar o en la procesión. Se enorgullece de su obra, que el día de la fiesta admira el pueblo entero; con esto, y casi sin la ayuda del cura o del sacristán, que a lo mejor disponen de más sabrosos manjares, la solterona vive feliz haciéndose cuentas acerca de lo bien que lo va a pasar en el otro barrio de los justos, porque si bien ella no estaba en las mejores condiciones para aspirar a esos premios divinos, para algo había de valerle la amistad y las recomendaciones de su confesor.

Todas esas mujeres que con sus gestos, su conducta y su vida austeramente ordenada pretenden dar ejemplo de moralidad y de buen comportamiento a los demás con un concepto feroz del amor y de la familia, no son más que vírgenes desdeñadas, que gustan de escribir anónimos, de indisponer a las amistades, de entablar litigios y hacer denuncias, de cometer maldades de todo género. Su deleite máximo, aparte de las satisfacciones incompletas que pueda experimentar por ciertos procedimientos inconfesables, estará en saber que la gente está intrigada, temerosa, inquieta, llena de preocupaciones por un anónimo recibido, porque dos personas se han indispuesto, porque una confidencia se ha revelado, porque han reñido dos novios que parecían amarse tanto... La solterona procurará enterarse de la vida y milagros de todo bicho viviente para urdir la maraña criminal de sus distracciones, de sus compensaciones sexuales. Y empleo esta palabra, porque el placer que se deriva de la actitud de la casta forzada, tiene su origen en el daño que produce a los demás.



Naturalmente, yo no pretendo llegar a tanto como afirmar que estas castidades obstinadas o inevitables se produzcan siempre en esas formas criminales del desdén o la maldad: hay muchas castas que son perfectamente buenas y de nobilísimos sentimientos. Pero lo que no cabe duda es que las personas así de castas suelen ser, por lo general, anormales, no por la castidad en sí, sino que el trastorno se manifiesta por medio de la castidad. No confundamos los términos: se es casto o frígido porque se es enfermo: no se es enfermo por ser frígido o casto. En este punto nos referimos a quienes no sienten impulsos sexuales que les obliguen a la satisfacción total de función; por eso hemos asociado en la apreciación la frigidezz y la castidad, que tan fácilmente pueden prestarse a confusiones y errores, aunque su diferenciación se ofrezca bien clara.

Otra de las formas en que se manifiesta la venganza de la naturaleza es la visión satánica, las brujas, los demonios y toda esa gente infernal. En una ocasión, una mujer de cuarenta años trajo en jaque a la policía de cierta ciudad. El comisario, que no había tenido la precaución de darse una vuelta por cualquier tratado de psicopatía sexual, creyó a ciegas en las denuncias de aquella mujer, dama respetable además, que habitaba un viejo caserón heredado de sus mayores, sin más compañía que una vieja criada y unos cuantos gatos. Afirmó una y otra vez que durante la noche había podido advertir la presencia en su alcoba de un hombre vestido de rojo "que olía muy bien", el cual, después de acercarse al lecho donde ella dormía, se retiraba sin hacerle daño alguno. Al principio extrañó el caso y se tomó a broma, pero ante las reiteradas demandas de la dama, no hubo más remedio que establecer una vigilancia discreta en los alrededores de la casona. En efecto, un agente pudo observar cierta noche un bulto rojo que se asomaba al balcón de la alcoba, y precipitadamente subió a la casa pistola en mano, dispuesto a practicar la detención del misterioso sujeto.

Cuando llegó a la alcoba se encontró a la señora con un síncope y con las ropas de la cama en desorden, como si allí hubiese tenido lugar una lucha terrible. No obstante, en su cuerpo no presentaba señal alguna. Como tardase en volver del arrechucho, fué avisado un médico, al que el jefe de policía puso en antecedentes de todo lo acaecido, todo lo cual se había mantenido en un impenetrable secreto por recomendación expresa de la señora. Pero el médico no creyó tan burda fantasía, y habló claro: se trataba de una *mitómana*, una desequilibrada histérica. *Mitomanía* quiere decir "manía de mentir". Pues esta mujer no se limitaba a la mentira verbal, sino a la plástica a la vez,

esto es, que usaba de procedimientos palpables para engañar, como el hecho de asomar al balcón un pelele hecho de tela roja con el fin de que el agente que vigilaba cerca pudiera convencerse de la realidad de las denuncias. En resumen, esta mujer perdió a su marido a los tres meses de casada, y ya llevaba veintitantos años sin saber lo que eran las caricias masculinas. Confesó al médico que, en efecto, había recibido varias noches la visita del diablo, quien la había poseído, causándole gran placer aquel contacto infernal, pero que recurrió a la denuncia "para vengarse de su amante nocturno", que la había abandonado. No hay duda que antes del matrimonio esta mujer estaba tarada en su mente, o acaso surgiese la lesión neuropática por el dolor de la muerte de su marido, al que quiso guardar fidelidad perpetua.

Voivenel dice acerca de la mitomanía que el enfermo experimenta, en sus sueños o en sus morbosos desahogos, la satisfacción sexual que su vida habitual les niega. Freud amplía esta definición hablando de los síntomas, diciendo que la crisis histérica, con sus contorsiones, el hecho de crisparse, de poner los ojos en blanco y suspirar, "no es sino una satisfacción imaginativa del acto sexual prohibido". Y otros psicoanalistas, que a las ideas poco originales agregaron otras menos originales todavía, que "la crisis histérica, aunque su finalidad aparezca más o menos disimulada, no es sino un equivalente al coito, y la pérdida del conocimiento más o menos completa que ocasiona es de la misma naturaleza que la ocasionada por el tacto sexual normal." (Regis y Hesnard, *El psicoanálisis.*)

Estos freudianos son terribles; en el sólo hecho de espantarse una mosca, se creen autorizados para atribuir al ademán unas significación sexual indiscutible. ¡Allá ellos!

Los casos más célebres de la castidad criminal, han sido recopilados por Pablo Voivenel en su libro *La castidad perversa,* de donde resumimos el siguiente:

Caso Gitón. *Le Journal* publicó una brillante crónica del extraño suceso acaecido en un pueblo de Gien. "Una joven, la señorita Marta Gitón, de treinta y un años, débil y enfermiza desde su infancia y con llagas tuberculosas en las piernas, había quedado lisiada y sólo podía andar con muletas. Como era muy piadosa, decidió ir a Lourdes a implorar su curación, y en 1924 la señorita Gitón, a quien sus padres hubieron de llevar en brazos al tren de peregrinos, partió para Lourdes. De allí volvió andando por su pie, y ágil.

Ante esta curación inesperada, la creyente población de la pequeña subprefectura acogió con efusión a la protagonista del milagro. Estas fiestas, ¡ay!, tuvieron su amargura, y al día siguiente la señorita Gitón recibía en su domicilio un anónimo insultante.



Desde aquel día, y por espacio de dos años, el o los misteriosos corresponsales de la protagonista del milagro no cesaron de perseguirla con una lluvia de cartas y cartas abiertas, en que las peores amenazas se mezclaban con suciedades y acusaciones abominables.

La Gitón se consagraba a catequesis, patronatos y otras obras piadosas de la pequeña ciudad, además de actuar como secretaria de un abogado. Las amenazas y acusaciones se extendieron por un parte al Padre Basseville, director de las obras piadosas en que se ocupaba la Gitón, y por otra a M. Vallet.

Cansada de esta persecución escribe el redactor de *Le Journal,* la señorita Gitón se decidió al fin a presentar una denuncia contra el desconocido en la Delegación de Orleáns, constituyéndose al mismo tiempo en parte de la querella.

Así siguieron las cosas, y el anónimo corresponsal seguía molestando a su destinataria, cuando el 3 de noviembre de 1927, al entrar la Gitón en su casa, fué agredida, recibiendo once puñaladas.

La Delegación de Orleáns, que, por no tener pruebas materiales, había dejado en suspenso el asunto, se puso en movimiento al recibir noticias de esta tentativa criminal. El juez de instrucción, Plontz, y el procurador de la República, M. Hayes, se trasladaron a Gien, en tanto que de las investigaciones policíacas se encargaban un comisario y dos agentes.

Las sospechas habían recaído hacía algún tiempo en otra joven de Gien, Mlle. G..., antigua compañera de colegio de la Gitón, y de su misma edad, joven muy exaltada y celosa, al parecer, de la aureola que el milagro había proporcionado a la Gitón.

El profesor Locard, de Lyon, y otros grafólogos, se encargaron de reconocer los anónimos, y desde luego observaron una desconcertante semejanza con la letra de Mlle. G...; pero la policía de Orleáns realizó un registro en casa de dicha señorita, sin poder encontrar pruebas de que fuera la corresponsal, y al mismo tiempo la autora, o cuando menos instigadora, de la criminal tentativa de que había sido objeto la Gitón, y de que sólo por un segundo milagro había salido indemne, pues ni una sola de las once puñaladas que recibiera era peligrosa.

La pequeña subprefectura está muy agitada en estos sucesos, y muchos de sus habitantes no están muy lejos de creer en un nuevo milagro, en tanto que otros no ocultan su opinión de que esta semitragedia,

que ha puesto en movimiento a la policía y a la justicia, no es sino una comedia.

Toda la población, sin embargo, condena unánimemente el escándalo, y hasta los adversarios políticos del P. Basseville, párroco director de las obras piadosas en que la Gitón se ocupa, llegan a declarar que nada puede alterar su confianza o disminuir su respeto por el venerable sacerdote.

Monsieur Bouthiller, comisario de la policía móvil, se ocupa únicamente de investigar sobre los golpes y heridas sufridas por la señorita Gitón, y el activo agente espera dilucidar hoy mismo el asunto encomendado a su sagacidad; entre tanto, la Delegación de Orleáns trata de descubrir al autor de los anónimos, que, seguramente, es el mismo autor del atentado.

Efectivamente, en el primer correo llegó una carta dirigida al hermano de la Gitón, en la que se decía: "Tu hermana, esa sucia ave de mal agüero, está ahora bien sangrada; lo esencial es que no salga de ésta."

Monsieur Bouthiller, por su parte, recibió otra carta en que también se le daba cuenta de la agresión sufrida por la señorita Gitón, y el sello de ambas cartas prueba que las dos se habían echado al correo en Gien, precisamente a la hora en que la agresión tenía lugar.

El redactor fué a visitar a la Gitón. Con perfecta calma—agrega—me explicó las razones, no sólo de su sospecha, sino de su certidumbre, de que el autor de las abominables cartas no es otro que el autor del atentado del que acaba de ser víctima.

—Acuso formalmente a Mlle. G... como autora de los anónimos —me dijo—. Como pruebas puedo alegar, no sólo la semejanza que los grafólogos han encontrado entre la letra de los anónimos y la de Mlle. G..., sino las circunstancias de que en los anónimos se alude a hechos sólo conocidos por Mlle. G... y por mí. Es tanto el odio que me tiene, que, cuando alguna vez hemos estado juntas, no acertaba a disimularlo.

Pero hay otro testimonio, que es una nueva interrogante en este extraño asunto. El doctor Toubol fué quien prestó los primeros cuidados a la Gitón y vendó sus heridas poco después del atentado. Por tanto, después de visitar a la herida fuí a casa del doctor para pedirle algunos detalles sobre las heridas que aquélla recibiera y gravedad de las mismas. Y el doctor me dió esta extraordinaria respuesta:

—No son seis, ni once heridas, como se ha dicho; son dieciséis heridas las que he encontrado a la señorita Gitón; pero, añade el doctor,



ninguna de ellas tiene realmente más gravedad que un arañazo hecho con la punta de un alfiler. Ni siquiera había señales de haberse vertido sangre, y no he necesitado hacer el menor vendaje. La Gitón afirma que la atacaron por detrás y que ofreció resistencia, lo cual encuentro muy improbable, pues los arañazos forman dos grupos perfectamente regulares; el primero está situado entre la columna vertebral y la parte superior del omoplato derecho; lo forman seis arañazos paralelos que ocupan aproximadamente el espacio que cubriría una pieza de cinco francos. El segundo grupo, formado por diez arañazos análogos, ocupa aproximadamente el mismo espacio. Por otra parte, estas heridas no coinciden con las desgarraduras que presenta el abrigo de la Gitón.

—Entonces, doctor, ¿cree usted que se trata de un engaño?

—Usted comprenderá que no puedo contestar de un modo categórico a esta pregunta, pero la citada es una hipótesis muy plausible y le repito que las heridas de la señorita Gitón no ofrecen mayor gravedad que los arañazos que se pudieran haber hecho con un alfiler.

Parece realmente inverosímil, dada la importancia de estas declaraciones, que el juez de instrucción no haya llamado a declarar al doctor Toubol.

En resumen, convicta de esta comedia, fué sometida la Gitón a un interrogatorio sobre los anónimos, el cual duró desde las diez de la mañana hasta mediodía, y continuó desde las dos de la tarde hasta el anochecer, pero nada llegó a turbar la calma verdaderamente desconcertante de la joven. Se hizo un registro en casa de Mlle. L..., amiga de la Gitón, con la esperanza de descubrir algún indicio sobre los anónimos que continuaban llegando. Sólo en el mes de octubre, a las ocho o diez personas a quienes el autor de los anónimos amenazaba e injuriaba, habían recibido más de ciento cincuenta cartas, que se unieron al sumario.

El registro efectuado en casa de Mlle. L... no dió ningún resultado, pero un agente de policía practicó un registro en el domicilio de la Gitón, el cual dió resultados inesperados. En primer lugar, halló varias hojas de papel secante, en que no solamente encontró señales de una letra parecida a la de los anónimos, que es diferente de la escritura normal de la Gitón, sino que pudo leer también los nombres y direcciones de las personas que generalmente recibían los anónimos. Encontró además papel semejante al utilizado en los anónimos, y, por último, un frasco de goma, y no hay que olvidar que los anónimos,

enviados de ordinario sin sobre, consistían tan sólo en una hoja de papel pegada por los bordes.

Todos estos hallazgos fueron mostrados a la Gitón, llegando al fin a alterar su calma, verdaderamente desconcertante hasta entonces.

Así, pues, el autor de las cartas que durante dos años habían sembrado la discordia entre tantas personas; el autor de las abominables injurias y groseras alusiones y de tantas amenazas diarias; el autor de la infame campaña que no respetaba ni aun a personas de vida notoriamente intachable, no era otra que la señorita Gitón, la del milagro, ya descubierta el día anterior como simuladora del atentado."

El doctor Voivenel explica extensamente todo el proceso psicopatológico de tan extraordinaria conducta, empezando por analizar las circunstancias que concurrían en la joven para no hacerla ni siquiera apreciable el amor: fea, débil, enferma, sin dinero... y demasiado beata. Ante un espectáculo así, no habrá un hombre que se decida. Todo su ardor sexual había de buscar una válvula de escape de tantas emociones acumuladas, empezando por los anónimos, escribiéndose ella misma, para deleitarse con la emoción que otras personas experimentasen al leerlos.

La pobre fea, vieja, católica y sentimental hasta la exageración, no podía llamar la atención como no fuese por su desdichada figura: ella tenía, a pesar de todo, la consciencia de su natural ridiculez, y esa figura desmedrada, sin atractivos ni físicos ni morales, tenía que llamar la atención en torno de sí, fuese como fuese, porque no se resignaba a pasar desapercibida, sin que nadie se ocupase de ella. Y esto le pasa a muchas de nuestras castas solteronas, sin necesidad de ir a buscarlas a Francia. No hay mejor defensa contra las tentaciones de la carne que un rostro sin encantos y un cuerpo sin atractivos. Y si a éstos se añade el orgullo de sentirse casta, una mujer en tales condiciones puede estar segura de que los hombres también tenemos una idea bastante aceptable de lo que es el sacrificio...

Sí, lectores; ya hemos visto en qué consiste la castidad, cuáles son sus ventajas, cuáles sus inconvenientes infinitamente mayores que aquéllas. Ahora, el que quiera ser casto, que su dios se lo premie, porque la Naturaleza, la obra del verdadero Dios, esa, lector, no perdona nunca estos crímenes que se cometen contra ella en pago a los sanos deleites que noblemente nos brinda.

# INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA..... 5

RELIGION Y CASTIDAD

El concepto de castidad.—Los santos.—Razones.—Influencia del cristianismo.—¡Duro con los paganos!—Tormentos insoportables.—Las juergas en los conventos.—San Vitelio y las prostitutas.—Las santas mujeres y los ardores de su sexo.—Santos y vírgenes que se acuestan juntos.—Vírgenes de cuarenta años. Contra la ley, la trampa.—Una explicación.—El fracaso de los ascetas..... 7

¿DONDE ESTA LA CASTIDAD?

Castos por naturaleza.—Lo que dijo Lutero.—Actitud de los pensadores.—Formas hipócritas de castidad.—Ha de mostrarse desnuda..—Los pueblos salvajes nos dan ejemplos.—Disciplina mental.—Los fakires indios.—La prueba trágica.—Sectas mahometanas.—Mortificaciión y castdad.—¿Es mejor la lujuria?—El erotismo santo.—San Juan de la Cruz.—La continencia de los religiosos.—Una anécdota de D. Alfonso de Borbón..... 19

CASTIDAD Y AMOR EN PUGNA

Célibes y casados.—Armonía difícil.—Eternos rivales.—Razones psicológicas de la pugna.—La inmoralidad.—Opiniones de un médico "fósil".—Castidad matrimonail.—En amor, todo es "pesado".—El noviazgo de los católicos.—Relaciones sexuales de los esposos.—Las antiguas profesas.—La virtud no se encuentra por ninguna parte.—El dilema.—La novia casta, es un contrasentido.—Un Dios comprensivo..... 35

EL EROTISMO DE LOS CASTOS

Diferencia entre castidad y erotismo.—La mezcolanza de lo divino y lo humano.—Disección de la castidad.—¡Cuatro veces en la noche!—Procedimientos para ser asceta.—El carácter.—Castidad de los artistas.—El vago no puede ser casto.—Valores eróticos.—Errores masculinos.—La moral de hace tres lustros.—Conceptos modernos.—E lcinturón de castidad.—Anécdotas curiosas. La actitud de las damas medievales.—Los amantes tontos o el "menage a trois"..... 37

Páginas

MISION DE LA VOLUNTAD

Educación de la voluntad.—La fe.—El franciscano lascivo.—Víctima, y no culpable.—Un religioso modelo.—Fuerza física y fuerza intelectual.—La gula y la lujuria.—El niño ante la castidad.—El peligro del orgullo.—Nadie confiesa que es casto.—Las castas que engañan.—Escasa influencia de la voluntad.—Hipocresía femenina.—Poderosos y humildes.—Represión de los impulsos extemporáneos.—La opinión de Vachet.—La ausencia de la belleza, motivo de castidad.—La vieja ardiente..... 63

LA VENGANZA DE LA NATURALEZA

Trastornos de la castidad.—Los síntomas.—El peligro social de los castos.—El miedo a las mujeres.—Leda y el cisne.—Las solteronas.—Sus grandes amores.—Senos colgantes y ovarios secos.—Las que se quedan para vestir santos.—La solterona es lisa por naturaleza.—Las brujas y el diablo.—La amante del Gran Cornudo.—El caso Giton.—El placer de los anónimos.—La castidad es un crimen..... 79

# PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I
Castidad ..... 16

LAMINA II
Mujeres del Sudán..... 17

LAMINA III
Fakir indio ..... 32

LAMINA IV
La Promesa (cuadro de Calderón)..... 33

LAMINA V
Anatomía (cuadro de Rembrandt)..... 48

LAMINA VI
María Magdalena..... 49

LAMINA VII
El cinturón de castidad..... 64

LAMINA VIII
Leda y el cisne (cuadro de Miguel Angel)..... 65